

HISTORIAS DE MATERIAL DE MONTAÑA

Chema Lanillos



**UN HOMENAJE A LOS FABRICANTES DE MATERIAL DE MONTAÑA,
ADEREZADO CON HISTORIAS Y ANÉCDOTAS DEL PROPIO AUTOR.**

LIBRO GRATUITO

Este libro ha sido escrito sin ningún ánimo de lucro. Es distribuido de manera gratuita para el disfrute de los lectores y lectoras. Espero que ustedes lo disfruten y lo compartan con otros interesados/as en los deportes de montaña y enamoradas/os sobre la historia de los equipos y material de montaña.

HISTORIAS DE MATERIAL DE MONTAÑA

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Tienes en tus manos un libro un poco heterodoxo. Es decir, un poco peculiar, que no seguirá las doctrinas usuales de la literatura. Se mezclarán en un solo relato dos géneros totalmente diferentes. Por un lado pequeñas, amenas y sencillas historias, verídicas, autobiográficas, reales de escalada y montaña, o muy, muy inspiradas en hechos reales. Por otro lado estas historias desenfadadas, algunas veces con ciertas pinceladas de humor se mezclarán con información y datos acerca de material y equipos de montaña y escalada, sus diseños, sus fabricantes, inventores, empresas del sector y otras curiosidades. Una mezcla muy innovadora que genera entretenimiento y conocimiento de manera lúdica y que nadie antes ha usado de esta forma, creando un estilo nuevo de literatura que podríamos llamar narrativa didáctica. Tómese el lector esta licencia literaria o libertad narrativa, como el montañero que explora una nueva ruta o el alpinista que progresa por un itinerario de terreno mixto, pasando alternativamente de la roca a la nieve y el hielo, en donde al final, lo que cuenta realmente es la belleza en conjunto del itinerario realizado.

Este libro es, por un lado, un homenaje a ese material de montaña que usamos a menudo y a sus, muchas veces anónimos, fabricantes o inventores. Y por otro lado, a todos esos practicantes de los deportes de montaña, también anónimos, que no son deportistas de élite, pero que pueblan los escenarios de montaña. Ya sea en grandes zonas de montaña, como en humildes parajes al aire libre, con el único objetivo de disfrutar de esta maravillosa actividad que, en mi opinión, va más allá de una disciplina deportiva.

Qué poco se habla del material de montaña, del equipamiento necesario, de las herramientas para las aventuras y las proezas del montañismo y del alpinismo, en proporción a la importancia que tienen. Qué poco se las tiene en cuenta, a pesar de que, sin ellas, muchas gestas no hubieran sido posibles. O sencillamente, sin apuntar tan alto, sin esos equipos, las actividades que hacen diariamente miles de aficionados a la escalada, al alpinismo o al “sencillo” montañismo en todo el mundo, no se podrían llevar a cabo.

En las revistas, en los periódicos, en las páginas web, en las redes, en las televisiones, se habla, sobre todo, de las historias épicas de los montañeros, alpinistas y los escaladores. Pero rara vez se comenta algo sobre el equipo que esas personas usaron en tal o cual expedición, o en esa apertura de ruta de escalada en una pared virgen o cuando superaron un bulder de belleza y dificultad extrema. En general, sólo se

menciona a los protagonistas de la gesta y se realza, por ejemplo, la perseverancia o las cualidades físicas de los protagonistas. Quedando olvidado que, para la realización de estas actividades deportivas en la montaña, es de necesidad obligada usar unos dispositivos y equipos muy especiales y sofisticados, muchas veces de difícil fabricación y complejo diseño.

Existen muchos protagonistas anónimos en cada día de escalada o en cada ruta de montañismo. Protagonistas que quizás dos o tres años antes estaban diseñando y fabricando una frontal para poder caminar de noche en un valle perdido, o investigando y fabricando una cuerda más ligera y resistente, para que podamos escalar nuestras vías preferidas, y así cientos y cientos de ejemplos. A muchísimas personas hábiles, inteligentes e ingeniosas en todo el mundo, que pasaron y pasan desapercibidas, deberíamos darles más protagonismo y agradecimiento público. Porque sin ellas y sus aportaciones al mundo del equipamiento y material de montaña, nosotros, nosotras, los y las alpinistas, las escaladoras y los montañeros...no seríamos nadie.

Este es un libro perfectamente apropiado para el público en general. Pero es verdad que, si tienes unos conocimientos mínimos sobre material de montaña, su utilización y sus usos, sacarás más jugo a estas páginas. Pero, aunque no sea así, te aseguro, que te será grato hacer los recorridos históricos que te propongo y que la lectura de este libro te animará a conocer más y mejor las vicisitudes y pormenores de todo ese magnífico, peculiar y técnico material que cargamos en nuestras mochilas y del que sabemos tan poco.

También, y esta idea que voy a comentar quizás surja desde mi complejo de ya veterano montañero, las temáticas, los enfoques y las formas de afrontar los aspectos que recorren este libro, son un poco retro, nostálgicos, vintage. Con recuerdos a los pioneros y “anónimos” fabricantes de material de montaña, sus inventos y su evolución. Aderezados de relatos reales y verídicos, casi en su totalidad propios, que, aunque protagonizados por un humilde y también “anónimo” practicante de los deportes de montaña, no por ello menos importante. Ya que, gracias a muchos practicantes como yo, los fabricantes de equipos pueden vivir y mantener sus negocios. Las compañías y empresas de fabricación y distribución de material de montaña no viven de los deportistas de élite. Viven del gran público, y ahí estamos casi todos.

Recuerdo un día que me disponía a escalar una vía sencilla de varios largos con unos amigos veteranos como yo. Mientras preparaba el material en la base de la pared dejé algunos “cacharros” de escalada en el suelo. Un joven que estaba junto a mí y vio mi material de escalada, me preguntó si podía tocar esos Friends tan antiguos de vástago rígido que yo tenía, de los que había oído hablar, pero nunca había tenido la oportunidad de tener uno en las manos. Lo cogió, lo manipuló y lo observó como si

fuera una curiosa rareza del pasado. A continuación, me lo dio y lo colgué de mi arnés. Diez minutos más tarde ya lo estaba yo colocando, mientras escalaba, en una grieta perfecta de granito bajo la mirada atenta de ese joven desde la base de la pared.

Este libro intentará ser una curiosa mezcla entre un paseo virtual por una antigua feria comercial de material de montaña y un paseo literario por un museo de montaña y barrios de tiendas de antigüedades, con su atmosfera de recuerdo y nostalgia. Si buscas actualidad, tecnicismos y novedades de material, este no es el lugar. Pero si buscas pasar unos buenos ratos, al mismo tiempo que aprendes algo más sobre lo que llevas en tu mochila en tus aventuras de montaña, entonces sí, este es tu lugar.

Nota del autor:

No se ha querido poner nombre a los protagonistas de las historias de forma premeditada, para realzar los nombres de los fabricantes de material y de las empresas y compañías. Estas últimas además se escriben en mayúsculas, para acentuar su importancia en este libro.

Se utilizan dos diferentes tipos de letras para facilitar al lector a diferenciar lo que es propiamente el relato sobre los protagonistas de las historias contadas por un lado y lo que son las historias sobre el material y los fabricantes de equipos de montaña por otro. Como hemos dicho en la introducción, esto es una licencia literaria poco común, pero debe tomarse como una lectura en *terreno mixto*, como decimos en argot alpinístico, que requiere más atención, pero en conjunto ofrece pasajes de gran belleza.

Para ponerse en contacto con el autor: chema.spain.2016@gmail.com

Gracias Emiliana por tu ayuda y tu trabajo en este proyecto "loco" de un enamorado de la montaña y de ti.

RELATO 1 EXCÉNTRICO

El fisurero excéntrico encajaba perfectamente en la grieta, parecía que la fisonomía de esta amplia fisura había sido esculpida por la espontánea geología y por la erosión para que la escaladora emplazara en ese preciso lugar el gran empotrador excéntrico del número 10.



La sensación de la escaladora al colocar el tascón¹, conectar un mosquetón y pasar la cuerda por él, fue idéntica al nombre de la marca que llevaba grabado esta esplendorosa herramienta de parar caídas en escalada. Este voluminoso fisurero es un excéntrico de la marca CALMA.

Este tascón a pesar de tener ya sus años y sus desiguales caras metálicas ralladas por el rozamiento con la roca y desgastadas por mil batallas, sigue siendo útil como el primer día, aunque se le haya tenido que cambiar ya varias veces el cordino o la cinta estrecha que lo atraviesa por dos veces y que permite conectarle un mosquetón para poder usarlo como anclaje en oquedades y grietas de la roca.

Fisurero excéntrico o también llamado empotrador excéntrico junto a un mosquetón.

Una vez emplazado este empotrador en la fisura, la escaladora encaró un tramo difícil de escalada en fisura, pero sabe que, si sus facultades no llegan a la altura de progresar con efectividad en los próximos metros, este seguro, este anclaje, colocado a prueba de bombas, le parará la caída y eso la hizo sentir de nuevo la calma necesaria para concentrarse en los movimientos de progresión sobre la roca y no en los miedos de una posible caída.



¹ Una manera coloquial del llamar a los fisureros o empotradores excéntricos grandes. Porque es una pieza que se "atasca" en la grieta.

La marca CALMA de material de montaña, fue fundada por Luis del Mazo y Carlos Arenal en los ochenta y de esos pioneros salieron ideas magníficas que nos hicieron poder soñar en paredes verticales con ascensiones que antes de sus inventos se prometían más difíciles. Nos dieron herramientas para poder disfrutar más y mejor de nuestras ansias de escalar. Pies de gato con goma procedente de las ruedas de los aviones que se adherían a la roca de manera nunca vista, los maravillosos artilugios para la época llamados “Amigos del Galayar”, una copia española de los fisureros de levas articuladas que se adaptaban al ancho de las fisuras de manera automática, llamados por todos “Friends”.

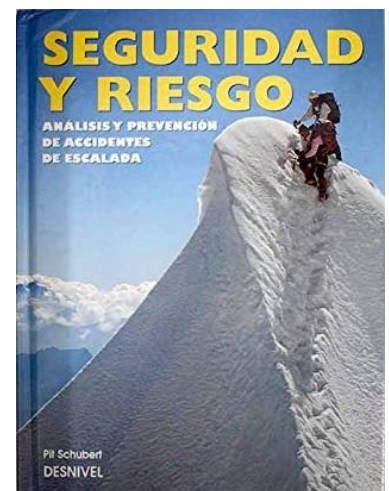


La versión española de estos “Friends”, los anteriores mencionados “Amigos del Galayar” comenzaron su vida en un taller del hermano de Carlos Arenal. Allí limaron, cortaron, fresaron... y cuando tuvieron sus primeras creaciones, los probaron en las fisuras de la Pedriza haciendo uso de sacos terreros tirados al vacío, en vez de escaladores, en estos primeros compases, para evitar riesgos. Así poco a poco, los fueron mejorando y les hicieron unas pruebas de resistencia en los laboratorios de Construcciones Aeronáuticas S.A. CASA, actualmente AIRBUS y también en la Escuela de Ingenieros de Madrid. Incluso el archiconocido, reconocido y eminencia

como autoridad de opinión en material de montaña, el alemán Pitt Schubert realizó un test a estos dispositivos españoles.



Pitt Schubert fue el fundador y jefe de la comisión de seguridad del Club Alpino Alemán. Para los tiempos en que este experto les expidió un certificado de calidad de los “Amigos del Galayar”, estos dos pioneros españoles ya tenían taller propio y manufacturaban sus “Friends” para los escaladores españoles, que estaban encantados de usarlos. Unos dispositivos de tecnología sofisticada, con piezas que se movían con



El archiconocido libro sobre seguridad en montaña de Pitt Schubert. Una biblia entre los del gremio.

precisión y muy lejos de la simplicidad y sencillez de un fisurero excéntrico, que básicamente era un taco de metal, pero no por ello menos efectivo y que nuestra escaladora acababa de colocar en una fisura de manera precisa y cuidadosa.

La perfecta colocación del empotrador excéntrico del número 10 de la marca CALMA, por parte de la escaladora, la efectividad de este artilugio, de este artefacto, de “tecnología” simple y evidente, pero efectiva y la franqueza de la roca, permitió que, aunque la escaladora dudara en un paso, perdiendo la tensión necesaria para progresar con seguridad en una fisura casi vertical de granito, haya parado, sin inmutarse ni un centímetro, este fisurero la caída de la escaladora. Que, aunque no demasiado grande, si pudiera haber tenido consecuencias graves, si este elemento de geometría caprichosa, desigual, hueco en su interior, pero de robustez total, se hubiera salido del lugar alojado.

Ahora, la escaladora, colgada de la cuerda sobre el vacío, lo miraba con atención, pero con cara de confianza, como el que mira a un amigo...que, aunque “excéntrico”, ya sabes, raro, poco común, inusual y un poco pesado, está en su lugar cuando se le necesita.

La escaladora dirigió la mirada hacia abajo, a su compañero de cordada, que mantenía las manos en tensión sujetando la cuerda con firmeza y con actitud de alerta al haber visto la caída y todavía no saber, si el momento de atención plena que requiere para una caída, había finalizado u otro acontecimiento inesperado les esperaba.

La escaladora alzó la voz y dijo a su compañero: ¡Oye tronco!, a partir de ahora te voy a llamar excéntrico número 100. Y unas carcajadas de ambos resonaron con eco entre las paredes verticales.

RELATO 2 FRIENDS

Cada vez que compraba un nuevo cacharro de escalada, le entraban infinitas ganas de ir a estrenarlo. Pensaba en qué lugar podría usar su flamante artilugio. Esta vez era un Friend número 6, de vástago flexible, de la casa SALEWA.

SALEWA es una mítica marca alemana nacida en 1935 de la mano de Josef Liebhart. Pero es en 1948 cuando tiene su nuevo renacimiento, y aparte de vender fundas para las cámaras de fotos Agfa, vendía su producto estrella: los bastones para esquiar de madera de avellano.

Quizás un buen sitio para ir haciéndole trabajar al Friend, podrían ser las fisuras de la Sierra de la Cabrera, en alguna de sus agujas o directamente en el Pico de la Miel.

En ese momento se acordó de que no hacía mucho había escalado la pequeña aguja de Astarté, cerca del pueblo madrileño de Valdemanco y que se había “arrastrado” con poca elegancia por la vía *Juan sin pan*, y que no estaría mal volver a repetirla, con la nueva herramienta y quizás progresar por su fisura con un poco más de elegancia.



Mientras preparaba la mochila para el día siguiente, observaba con atención su flamante Friend, reluciente, sin arañazos, sin heridas de guerra todavía...su anillo de cinta textil limpio, escrupulosamente cosido, su vástago de cable metálico flexible, recubierto con una funda de plástico intacta, su gatillo, ergonómicamente perfecto para que se alojen los dedos índice y corazón. Con ayuda del pulgar en el extremo del vástago, como el que pone una inyección, movió las cuatro levas en movimiento suave y progresivo. Levas de formas matemáticamente perfectas y caprichosas,

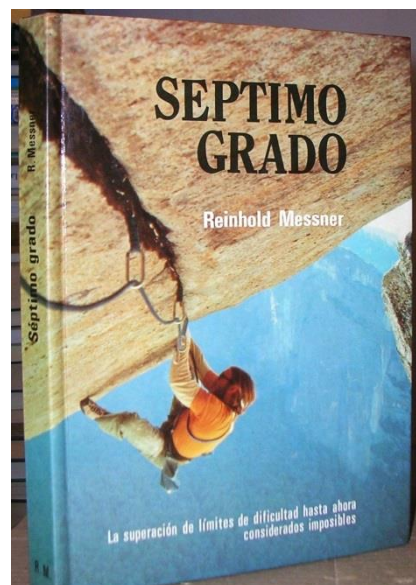
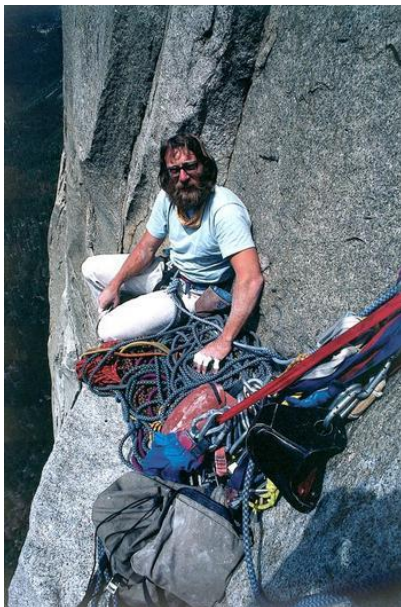
dibujando una curva, que en realidad es una porción de una espiral logarítmica, una curva que progresivamente se van abriendo más y más y que hace que estas levas siempre se mantengan en contacto con las paredes de roca de las fisuras, sin importar su anchura, siempre que se mantengan entre los límites de cierre que el Friend tenga por su rango de tamaño.

¿Por qué tendrá el material nuevo de escalada ese magnetismo al mirarlo por primera vez? Serán sus tecnológicos diseños, su lustre de colores llamativos y vivos... o será que sabemos que nuestra vida dependerá de ellos en el futuro, que estaremos en sus manos y que si lo usamos en la forma precisa podremos volver a nuestras casas y abrazar a nuestros seres queridos.

Este ingenioso aparato del Friend, fue una consecuencia imaginativa del americano Ray Jardine en los 70, basada en las ideas del ruso Vitaly Abalakov, ese que se inventó hacer un puente de hielo con un tornillo y luego meter un cordino por ese agujero, para así poder crear de la nada un anclaje en paredes de hielo. Pero esa es otra historia.

Esta idea de curva con ángulo, de las levas de los Friends, que la va haciendo abrirse, convirtiéndose en una espiral logarítmica, fue primeramente una creación de la naturaleza. Por ejemplo, la vemos en algunas galaxias, en un huracán o una borrasca vista desde el espacio, en la forma de la concha de un caracol o en cómo se aproxima el halcón a su presa circunvalándola cada vez más cerca y más cerrado a ella, en forma aproximada de espiral logarítmica.

Ray Jardine, el padre americano del Friend, fue el segundo escalador en pasar por la mítica fisura, en Yosemite, Separate Reality y esa foto se convirtió en la portada del Libro de Reinhold Messner, Séptimo Grado.



Ray, aunque ya tenía sus prototipos preparados desde hacía tiempo, tuvo que esperar hasta 1978 para que la recién creada empresa inglesa WILD COUNTRY se los sacara al mercado.

Volviendo a nuestro feliz y orgulloso escalador que estrena Friend y ya escalando en la vía *Juan sin Pan* con un amigo, en las agujas cerca del pueblo de Valdemanco, y en una posición incómoda. Su mano buscó, con cierto nerviosismo, el nuevo Friend número 6, colgado de su arnés. Por fin lo encontró y lo colocó. Entró a la perfección y eso le permitió hacer los siguientes pasos más relajado.

La vía era corta y la acabaron pronto y como ya habían hecho algunas otras de la zona durante el día, y quedaba apenas una hora de luz de este invierno “estival” deciden que el próximo objetivo es llegar tranquilamente al pueblo a poco menos de una hora andando y tomar una merecida cerveza. La llegada al pueblo fue casi al anochecer y antes de entrar en el bar desplegaron todo el material de escalada en el maletero del coche e hicieron recuento. Ese ritual clásico post escalada, para que cada uno se lleve a su casa lo que es de su propiedad. Pero a los primeros compases del reparto y de poner orden a los mosquetones, fisureros y Friends, algo faltaba de manera evidente...al primer golpe de vista, el nuevo Friend no estaba. Dos miradas que se cruzan y la compenetración creada entre los dos amigos por años y muchas vías escaladas juntos hace que los dos, sin hablarse, lleguen a la misma conclusión en su pensamiento: El Friend número 6 de SALEWA se ha quedado olvidado en la fisura.

RELATO 3 SPIT y MAZA CASSIN

El joven, a sus 24 años, había llegado con mucha ilusión a vivir a un pueblo pequeño de las montañas con su pareja. Atrás dejaban la ciudad y una nueva perspectiva de la vida iba a empezar en ellos. Una de las cosas que más le motivaba de ese nuevo entorno, era que, al ser escalador, ahora “tenía” un terreno de juego para su exploración, un terreno donde buscar vías de escalada, sobre todo las que no aparecían en las guías, ni en las revistas de escalada. Se iba a convertir en un “local” y eso le iba a permitir conocer la zona de manera exhaustiva. Quizás también le permitiría localizar zonas donde abrir alguna vía, aunque fuera modesta, dada la falta de experiencia que tenía en esas artes.

Muchas tardes se las pasaba, él solo, por los montes no lejos de su casa. Deambulaba por riscos, bosques, paredes perdidas y poco frecuentadas, a las que llegaba por estrechos senderos que no sabía si eran de personas o jabalís. En algunos de esos riscos o de esas pequeñas paredes encontraba buriles oxidados de escalada, en condiciones ya lamentables. Vete tú a saber quién coloco esos buriles.

Una de esas tardes vio a lo lejos unas paredes de granito, lo suficientemente verticales, que podían prometer la posibilidad de abrir alguna vía, de al menos, dos largos de longitud. Intuyó un pequeño sendero ascendente que parecía que se dirigía a esa zona rocosa, una vez más sin saber si era de personas, cabras, vacas o jabalís. El bosque no le permitía ver las paredes hasta que estuvo literalmente al pie de ellas. La primera impresión fue buena, al principio bastante vertical, pero con aspecto de no ser muy difícil de escalar y luego se iban tumbando, perdiendo dificultad, pero con posibilidades de sacar dos largos de unos treinta metros cada uno.

Encontró tres o cuatro clásicos buriles roñosos y oxidados, salpicados de manera poco lógica por la pared. Por lo que esta prueba evidente, delataba que no era el primero que miraba esta pared con ojos de escalador y que otros antes que él, ya habían hincado el diente en este granito firme y franco. Seguramente, luego, pasó al olvido esta zona y ahora el joven la redescubría.

Realizó algunas visitas más a la pared, como siempre en solitario. En algunas de esas visitas, descendió en rapel desde la parte superior y así poder ver más de cerca los detalles y posibilidades de escalada del muro granítico. Pasados unos días y estudiado el lugar en donde se podía empezar a abrir una vía, el joven se dirigió a la tienda más técnica y especializada en escalada en esa época en la ciudad. Se llamaba Ama Dablam, comandada por Carlos Gallego, un experto en material de montaña, que se había hecho un hueco como distribuidor y comercializador de material técnico y de buena calidad. Allí compró casi lo último en seguridad de anclajes de roca en esa época: varios Spit y un mango “espitador” para instalarlos en la roca.

Un Spit es un taco metálico autoperforante expansivo...es decir, un artilugio metálico en forma de cilindro, para dejarlo instalado en las paredes de roca, en donde se atornilla una chapa de escalada para poder luego conectar un mosquetón a ella y con la ayuda de la cuerda parar una caída de un escalador. Un “espitador” o mandril, es una empuñadura o mango para perforar la roca con el propio spit, ya que estos tienen unos dientes que van horadando la roca poco a poco y posteriormente meter a martillazos estos anclajes en la roca junto con una pequeña cuña metálica que provoca la expansión del spit.



En su momento esos anclajes para roca eran de lo más seguro en la escalada, pero con el paso de los años se vio que envejecían mal y no eran tan fiables como al principio se pensó, especialmente en rocas blandas. Pasados los años los anclajes de expansión parabolt y los anclajes químicos sustituyeron a los spit en casi todas las vías de escalada.

Spit, que nombre más cómico, significa en inglés escupitajo, es un nombre quizás poco apropiado para un anclaje de este tipo, porque lejos de hacer honor a su nombre, instalar uno de ellos en la roca costaba mucho esfuerzo y tiempo, no como el acto, casi automático de escupir. En realidad, el nombre de este anclaje proviene de las siglas del nombre de la empresa francesa que comercializó este tipo de anclaje: *Société de Prospection et d'Inventions Técnicas* (SPIT). Una empresa que nació en 1951 pero que dejó de fabricar este tipo de anclaje en 2017.



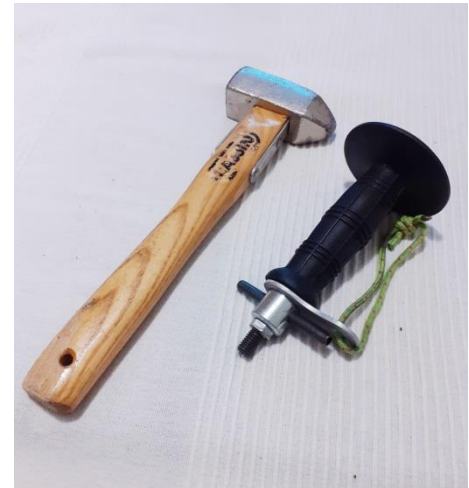
El joven no tenía casi experiencia en instalar Spits, solo había instalado cuatro o cinco, curiosamente en una zona de escalada en Oruro (Bolivia). La historia fue un poco peculiar. Resulta que después de estar con unos vascos escalando algunas montañas de los Andes Bolivianos, él se quedó un tiempo más en Bolivia y los vascos le dieron unos 20 spits, unas 10 chapas y un spitador pequeño que se habían traído a la “expedición” por si se tenían que bajar de algún sitio haciendo rapeles. Finalmente, no los habían usado y dieron este material al joven porque tenía planeado visitar a un conocido en esta ciudad de Oruro y escalar allí con él en una pequeña zona de escalada que había con cortas vías de un largo. Al llegar a esta ciudad vio que allí nadie escalaba con la cuerda por abajo. Era el año 1991 y todavía no había llegado material o conocimiento para instalar seguros fijos en la roca y escalar desde abajo. No era de extrañar, porque tampoco había pies de gato, escalaban con botas de futbol a las que limaban los tacos.

Cuando querían escalar una vía, subían andando arriba, montaban un anillo con una maroma a una roca grande y poniendo un mosquetón o dos montaban un descuelgue o polea para poner la cuerda de escalada y escalar con la cuerda por arriba. Así que cuando llegó este españolito joven con las chapas, los spits, los pies de gato y las cintas exprés se montó un poco de revuelo positivo entre la comunidad de escaladores. El joven equipó una vía fácil de no más de seis o siete chapas e hizo una demostración de cómo escalar desde debajo de primero. Los escaladores locales tuvieron variopintas reacciones. Algunos lo vieron una temeridad y otros quedaron fascinados. El joven españolito donó las dos o tres chapas que le quedaron y una cantidad mayor de spits que también le quedaron y se fue una semana a visitar el Salar de Uyuni al sur del país. Después volvió por Oruro y vio que había una auténtica revolución por allí entre los escaladores, todos querían escalar de primero desde abajo. Habían equipado otra vía con los spits donados por el joven y como no tenían suficientes chapas, las habían hecho modificando un poco con un taladro las chapas que unen el cinturón del coche a la carrocería interior del vehículo. Todo un engendro, pero funcionaba. Esa fue la primera, corta y curiosa experiencia del joven metiendo spits.

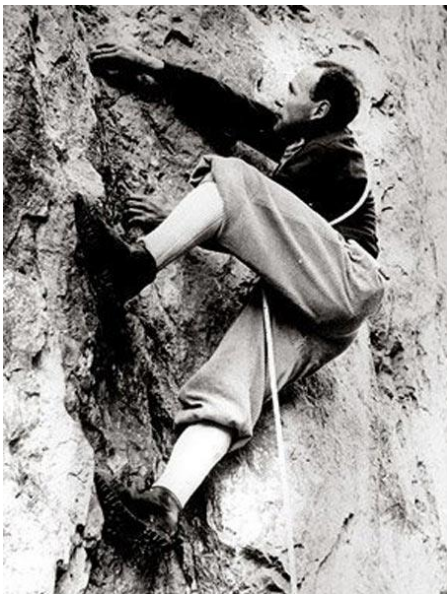
Pero ahora el joven ya estaba de vuelta de aquel viaje, y ahora iba a empezar la pequeña aventurilla de equipar algunas vías en esa pared cerca del pueblo donde vivía.

El joven se descolgó en la pared vertical desde un árbol que estaba en lo alto y allí se puso a perforar el granito con el spitador martillazo tras martillazo, Así pasó la tarde casi hasta el anochecer y con la última luz acabó el agujero. Puso la cuña o cono de expansión dentro del casquillo que forma el spit y metió el conjunto en el agujero que había “taladrado” milímetro a milímetro con bastante trabajo y sufrimiento. Se dispuso a dar los últimos y más fuertes martillazos para que la cuña expansionara el spit y el anclaje se quedara instalado. Para toda la maniobra había utilizado una maza de

escalada. Un martillo especial de escalada de la marca CASSIN, con mango de madera. Mientras había estado golpeando en la soledad absoluta, solo acompañado y mecido por el viento fuerte que había esa tarde, había tenido tiempo para pensar en muchas cosas y una de ellas fue pensar en la marca de la maza que estaba usando. Algo sabía de qué ese nombre era alguien importante en el mundo de la escalada en Italia.



Riccardo Cassin fue un alpinista y empresario italiano de material de montaña. Realizó primeras ascensiones muy conocidas, como por ejemplo la primera ascensión en 1934 al pico Piccolissima de las Tres cimas de Lavaredo en Italia, o la primera ascensión de la cara norte de los Grandes Jorasses (macizo de Mont Blanc) en 1938. También realizó expediciones al Himalaya. En 1958 dirigió la expedición al Gasherbrum IV en la que Walter Bonatti y Carlo Mauri coronaron la cima por primera vez.



Y ahora el joven colgado de la cuerda con su arnés en la pared vertical, en su soledad, cada vez que martilleaba el spit veía el nombre CASSIN estampado en el metal de la maza y pintado en el mango de madera. Estaba seguro de que no se le iba a olvidar ese nombre en la vida. Era como que con cada martillazo el nombre de Cassin se grabara también estampado en su mente, en su cerebro. El granito estaba durísimo y tardó mucho más de lo que pensaba en horadar el pequeño agujero necesario para instalar el casquillo o taco del spit y en un soniquete mental se repetía: Spit, Cassin, Spit, Cassin...las dos marcas comerciales protagonistas de ese momento.

Desgraciadamente, por motivos laborales, pasaron varias semanas antes de que el joven volviera a poder acercarse hasta la pared perdida en el pinar para instalar un segundo anclaje. Llegó a pie de pared con su mochila a primera hora de la tarde, cogió la cuerda, una eslinga larga y un par de mosquetones con seguro para montar, como ya hizo la otra vez, un rapel desde un árbol. Fue bajando poco a poco en la vertical de la pared y de repente freno en seco, bloqueó el descensor para no seguir bajando y poder, sobre todo, tener las manos libres. Sobre todo, para llevárselas a la cabeza, no podía creer lo que estaba viendo. La pared estaba plagada de anclajes, decenas por

todos lados, nuevos, flamantes, con chapas en donde ensartar los mosquetones, anclajes buenos, de los caros. Habían sido equipadas, estimando por encima, unas cinco vías completas, de dos largos, con reuniones perfectas en mitad de la pared. El sentimiento que tuvo fue contradictorio, se sentía usurpado, violado, robado, frustrado y con rabia de que alguien le hubiera arrebatado la posibilidad de haber abierto “sus” vías de escalada. Pero por otro lado se impregnaba de una alegría contenida al ver que lo que había imaginado, se había hecho realidad sin ningún esfuerzo y sin ninguna inversión económica.

Tiempo después se enteró de que la Escuela Oficial de Alta Montaña había equipado esta pared para poder dar cursos de escalada. Lo hicieron con un taladro a gasolina y habían tardado unos cuatro días en terminar todo el trabajo.

RELATO 4 FISUREROS, BICOINS Y STOPERS

Peña Sirio es un pico o risco enorme de la Pedriza, al que se puede subir a su cumbre escalando por vías diversas de varios largos o, siendo la opción más fácil, subir por una senda bastante vertical y por terreno más o menos escarpado hasta la base que existe debajo de su cima y desde allí, a un solo largo corto de escalada más o menos fácil, llegar a su cima por una chimenea incomoda, estrecha y un tanto agobiante, pero limpia y franca, como casi todo el granito de estas latitudes.

Los tres amigos tenían planeado subir precisamente por ese terreno escarpado para llegar hasta esa base unos 20 metros bajo la cumbre y desde allí con el material de escalada llegar a la cumbre sin más complicaciones, para luego, además de disfrutar de tener unas vistas espectaculares desde el punto culminante de este risco, gozar el bonito rapel volado que se hace desde la cumbre para llegar de nuevo a la base donde se suele dejar las mochilas.

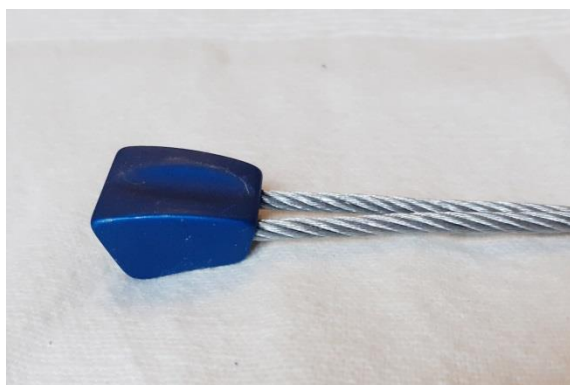
El más joven de los tres amigos, preparó su material de escalada. No mucho, suficiente para este corto largo de escalada. Algunos fisureros, algunas cintas exprés y algún mosquetón de seguro para montar la reunión y se dispuso a empezar a escalar de primero siendo asegurado por otro de los amigos. El tercero, de menos experiencia, observaba con atención los movimientos de su compañero según iba progresando despacio por la roca y vio que se paraba para instalar un fisurero, ya que había un paso raro y con un poquito de dificultad para encaramarse a la chimenea estrecha que lleva hasta la cumbre. El fisurero que estaba instalando era un stopper número 5 de la marca DMM, de cable de acero.



DMM es una compañía galesa a las orillas del lago Llyn Padarn, en la región de Gwynedd, fundada en 1981 y que empezó con cuatro empleados y ahora tiene más de 200 personas en nómina. Los cuatro empleados originales, eran en realidad cuatro amigos que empezaron en un cobertizo a fabricar material de escalada. Empezaron a hacer fisureros con tuercas que ellos mismos limaban en su interior para quitar las roscas. Ahora también hacen mucho material para el sector profesional de trabajos en generadores eólicos o poda en altura.



El fisurero, que el más joven de los amigos estaba emplazando en la fisura granítica, tenía un cable de acero inoxidable de 3 mm y una cuña metálica de diseño trabajado mezcla de varias aleaciones. El cable es lo suficiente rígido para poner el fisurero en emplazamientos por encima de la cabeza, pero lo suficiente flexible como para reducir la posibilidad de que se mueva de su emplazamiento. Cada uno de los empotradores de un juego completo es de un color diferente, para facilitar la búsqueda del tamaño correcto cuando están colgados del arnés. Este en concreto es de color azul oscuro y está perfilado de una manera cuidada para que se adapte de la mejor manera posible a las grietas irregulares. Una etiqueta plástica termoretractilada sobre el empalme del cable indica que es un producto que ha pasado los estándares de la Unión Europea y que tiene una resistencia de 12 Kn. (1.200 kilos). Es decir, es una herramienta de autoprotección que da gusto llevarla colgada del arnés y colocarla con finura y arte en las grietas para que en caso de que demos “un mal paso” y tuviera que hacer su trabajo, nos permita poder volver al bar del pueblo y disfrutar de contar nuestras historias de escaladas y caídas que fueron paradas afortunadamente por fisureros manufacturados a miles de kilómetros de nuestras zonas habituales de escalada.



El joven llegó a la cumbre con más dificultad de la esperada, la chimenea de acceso a la cumbre que todas las guías de escalada calificaban de fácil, era como una ratonera asfixiante, estrecha, sin agarres de ningún tipo y en donde el propio casco de escalada se quedaba atascado y no podías mover la cabeza, ni para la derecha, ni para la

izquierda. Como un ser reptante, apoyando como podía espalda, rodillas, hombros, palmas de la mano y pies fue avanzando dificultosamente, centímetro a centímetro y los 20 metros se le hicieron eternos.

Una vez en la cumbre, montó reunión e “invitó” a uno de sus amigos a subir, ya de segundo. Éste fue progresando lentamente, debido a su falta de experiencia y unos metros antes de alcanzar la chimenea y de poder aproximarse al fisurero colocado en la grieta y poder retirarlo, tuvo una caída y quedó colgado de la cuerda sin mayores consecuencias. Intentó un par de veces más dar el paso de acceso a la chimenea, pero fue inútil, no lo conseguía, se escurría. El otro amigo también lo intentó, pero justo en el lugar en donde el otro resbaló, desistió de intentarlo, diciendo que era muy difícil para él, para sorpresa del más joven que estaba en la cumbre. Si ninguno de los dos subía a la cumbre, o al menos llegaba al lugar donde estaba colocado el fisurero, no podrían recuperarlo, porque el rapel de bajada era por otro de los lados del risco, lejos de poder alcanzar el fisurero y retirarlo, incluso haciendo un péndulo.

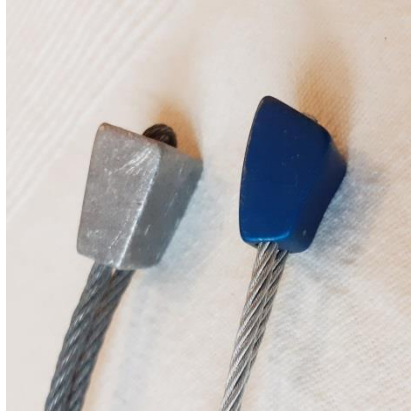
El joven en la cumbre se quedaba decepcionado, por una parte, por no poder compartir con sus amigos la cumbre y el fantástico rapel que desde allí hay hasta la plataforma donde estaban sus amigos y, por otra parte, por la evidencia de que iba a perder un fisurero magnífico, que tampoco tenía tanto uso y todavía le quedaban muchas aventuras que vivir. Por supuesto junto al fisurero también se perderían dos mosquetones y una eslinga que había sido instalada junto al fisurero.



Le vino a la cabeza que cuando buscaba información para comprarse un juego de fisureros estuvo ojeando la web de DMM, en inglés claro, vio las fotos de los diferentes modelos que esta compañía ofrecía de fisureros stoppers de diferentes colores y quedó enamorado de ellos, era lo que buscaba. Desde entonces le habían acompañado en varias aventurillas y uno de ellos se iba a quedar huérfano en las cercanías de la cumbre de Peña Sirio junto con dos mosquetones y una cinta casi a estrenar.

Los fisureros tiene formas geométricas peculiares, muy estudiadas, que buscan fundamentalmente que estos se queden anclados sin moverse en los lugares donde se les emplaza. Para alguien a quien le guste el estudio de la geometría espacial, es un entretenimiento agradable observar con detenimiento las formas de los fisureros.

Los fisureros o empotradores pasivos, es decir que no tienen piezas que se muevan, como, por ejemplo, los de levas, más conocidos como Friends o Camalot, se les podría clasificar de una manera aproximada, aunque hay muchas variantes en sus formas, de la siguiente manera:



Diferencia de forma entre fisurero bicoins y stopper

En primer lugar, los de forma de cuña de tronco de pirámide rectangular, o lo que es lo mismo, una pirámide rectangular truncada, a los que se les suele llamar “Bicoins”. Luego están los “Stoppers” que tienen, más o menos, la misma forma que los anteriores pero el tronco, es decir la cuña, esta curvada. En algunos países podrían no hacer distinción entre estos dos tipos de fisureros, llamándoles a ambos con el mismo nombre. Un tercer tipo de fisurero sería el que se llama “Offset”, con forma de tronco de pirámide trapezoidal irregular y se inventó para fisuras abiertas hacia fuera. Y por último estarían los excéntricos, con forma extraña de prisma hexagonal excéntrica de bases laterales no paralelas. Nos quedarían algunos más por mencionar con identidad propia, como los empotradores americanos en forma de T (Titon) que ya hace años que no se fabrican u otros muchos modelos de variopintas formas, pero que no son tan populares como los que hemos mencionado.



Fisurero Offset



Fisurero Excéntrico

Por alguna extraña razón a este joven, que ahora se encontraba a solas en la cumbre, siempre le había gustado ver material de montaña ya fuera en las tiendas o, ahora más modernamente, también a través de internet, con esas magnificas fotografías en alta resolución, en las que se ve el más mínimo detalle del equipo o del dispositivo.

Dos verdaderos locos del material de montaña son Stephane Pennequin o Marty Karabin. Ambos con museos personales de material de montaña de todas las épocas y lugares del mundo. El primero tiene un museo de fisureros en Ajaccio, en la isla de Córcega (Francia) y el segundo en Arizona (EE.UU.), recopila dispositivos y material de escalada de todo el mundo. Se pueden ver en su web friends enormes de más de 200mm de rango de apertura, incluso uno del tamaño de una persona, en donde Marty posa a su lado en una fotografía.



Marty Karabin (EEUU) y Stephane Pennequin (Córcega)

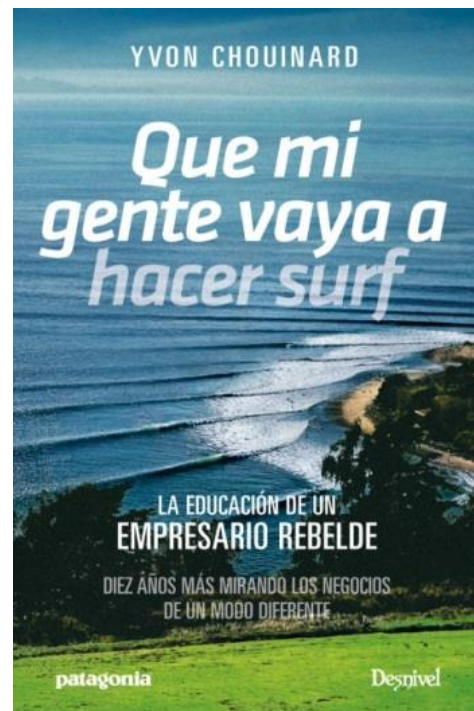
Todo esto lo había descubierto nuestro joven escalador, en muchas horas navegando por internet, y ahora en la soledad de la cumbre, se sentía triste por tener que dejar abandonado su fisurero DMM número 5 en una grieta olvidada, triste como el que deja abandonado a su hijo en un lugar inhóspito.

RELATO 5 ROPA PATAGONIA

Le decía la mujer a su pareja, uno de esos montañeros todoterreno, que practica un poco de todo, pero no es muy bueno en nada, que en los tiempos en que ella vivía en Irlanda, allá por los años 1996 o 97 la única tienda donde se podía compra ropa de montaña en Dublín era la tienda del fabricante PATAGONIA. La conversación venía al caso porque ella tenía algunas prendas de muy buena calidad y técnicas, como siempre es la ropa que manufactura esta prestigiosa casa comercial.

Unas prendas de unas prestaciones quizás un poco superiores para la actividad que ella hacía de montañismo...más bien senderismo, en los montes cerca de Dublín, especialmente en Wicklow. Ella explicaba, que en esa época en Irlanda no había forma de comprar otras marcas más baratas y más proporcionales, quizás, a las actividades de las que ella disfrutaba al aire libre.

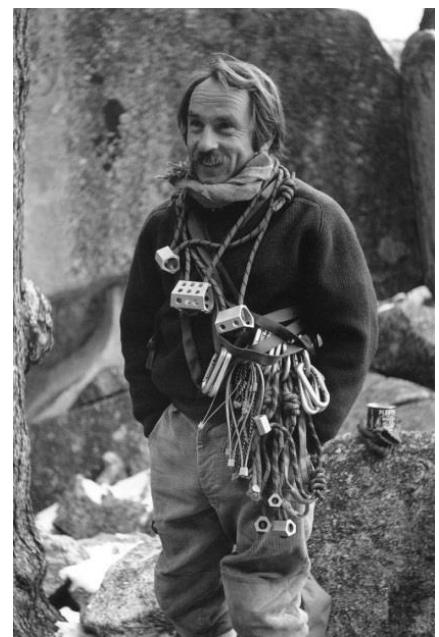
Su pareja, dudaba de que solo existiera esa tienda de ropa de montaña en esos años en Dublín, ya que las veces que él había viajado a esa ciudad, precisamente porque ella tiene todavía muchos amigos allí de esa época y viajan de vez en cuando, él había estado en la tienda Great Outdoors. Una tienda muy grande de montaña que tiene material y equipamiento de variadas marcas y de variadas gamas y que al parecer lleva en la ciudad de Dublín desde los años 70.



La verdad es que a los dos les gustaba enfrascarse en estas discusiones ligeras, que eran más un divertimento, que motivo para el distanciamiento. Él había leído hacía poco tiempo el libro *Que mi gente vaya a hacer surf* de Yvon Chouinard, el fundador de la compañía Patagonia y desde hacía un tiempo se había empezado a poner la ropa PATAGONIA de ella, de su pareja, que curiosamente le quedaba bien, aunque tuviera él unas tallas más que ella. El motivo era que en los años 90 la ropa se llevaba muy holgada y ahora, ese seguir la moda de los 90, le permitía a él disfrutar de estas prendas de calidad magnífica, que estaban en un estado muy bueno, por cierto, pero con un cierto aire vintage.

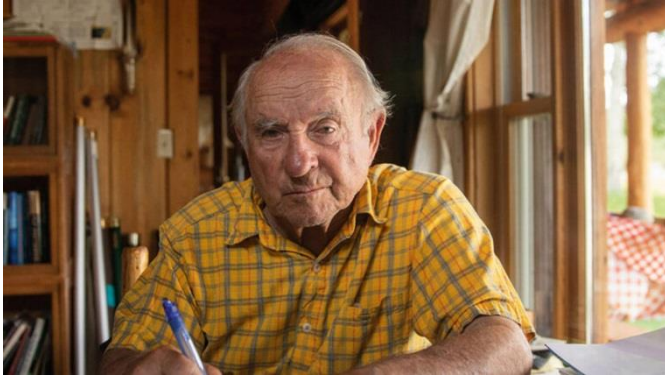


Patagonia es una compañía súper conocida en el mundo de las actividades de montaña que sobre todo hace ropa técnica para las actividades al aire libre. Aunque su origen se remonta a 1973 aproximadamente, en California, de la mano del visionario escalador y alpinista Yvon Chouinard, realmente ya en 1957 Chouinard empezó haciendo clavos y pitones para escalar en las rocas de Yosemite en una vieja forja que compró de segunda mano. Enseguida tuvo mucho éxito la ferretería alpina que producía, vendiéndola él mismo a los escaladores de la zona y creando la compañía CHOUINARD EQUIPMENT Ltd. Pero fue hacia 1973 cuando la línea de producción textil empezó a despegar con vida propia dentro de CHOUINARD EQUIPMENT Ltd. Se pensó en ponerle un nombre diferente y hacer como una



Yvon Chouinard.

compañía paralela. Finalmente se decidió bautizar a la fabricación de ropa como PATAGONIA y como símbolo unas siluetas de montañas inspiradas en el Fitzroy, un pico emblemático de la Patagonia en la frontera de Argentina y Chile.



Yvon Chouinard años más tarde que en la foto anterior.



La gran innovación y éxito de esta compañía radicó en investigar con nuevos tejidos para confeccionar la ropa de montaña. Los 70 eran años en donde la gente de los deportes de montaña usaba sobre todo algodón, lana y pluma para sus capas de ropa. Pero estos materiales generaban problemas de absorción de humedad, tanto del propio deportista por la transpiración, como por la posible lluvia, quedando estos tejidos sin sus características de confort y generando en los montañeros más frío que protección.

Patagonia empezó a buscar un tejido que no absorbiera la humedad de la lluvia y del sudor y que seicara rápido. La mujer de Yvon Chouinard encontró un tejido sintético que se usaba para forrar tapas de inodoros y algunas veces también para hacer la alfombrilla que se pone alrededor de estos, a juego con la tapa, que podía cumplir con estas cualidades. Empezaron a probar con estos tejidos y se dieron cuenta de que era lo que ellos buscaban, por lo que PATAGONIA empezó a apostar por tejidos sintéticos, el poliéster para fabricar chaquetas, que ahora llamamos forros polares y el polipropileno para la ropa interior. Los primeros rollos de tela sintética se los suministró a Chouinard la empresa americana MALDEN MILLS. Esta empresa, creada en 1906, fue la verdadera inventora de este tejido con esos materiales, inventaron el conocido tejido Polartec. Los primeros rollos de ese tejido suministrados a PATAGONIA eran de unos colores bastante feos, pero la marca empezó a confeccionar forros polares con esos colores y aun así tuvieron bastante éxito.



En el año 1989, después de que a la compañía CHOUINARD EQUIPMENT Ltd la demandaran por posibles responsabilidades de equipos fabricados, Yvon Chouinard decidió abandonar la fabricación de material “duro”, es decir, clavos, fisureros, piolets, etc. y vender esa línea de negocio a sus empleados. Estos fundaron BLACK DIAMOND EQUIPMENT que perdura, con una muy buena reputación, hasta nuestros días.

Por lo que Chouinard se quedó solo con PATAGONIA y desde entonces ha crecido por todo el mundo como una de las más prestigiosas empresas de ropa de montaña, vistiendo a miles de alpinistas y apoyando muchos proyectos de protección del medio ambiente.

Nuestra pareja protagonista de esta historia seguía vistiendo y hablando de las prendas de esta ejemplar compañía. Prendas que tenían ese colorido chillón, de verdes y amarillos fosforitos, rosas fucsias y azules intensos, que tanto se pusieron de moda en los años 80 y 90 entre los escaladores y montañeros.

Tiempo después, un día él vio, por casualidad, en el fondo del armario de ella una chaqueta de plumas que nunca había visto. La sacó y vio que era un plumas fantástico de expedición, súper abultado por la cantidad de plumón que albergaba. Era de la marca PATAGONIA una vez más.



Delataba, entre otros detalles y la cantidad de pluma que contenía, que era un plumas para momentos especialmente fríos, porque los tiradores de los cierres de las cremalleras no tenían esas cuerdecitas cortas y finas extras que se ponen para poder abrir y cerrar la cremallera con facilidad, aunque tengas guantes. En este caso eran unos cordoncitos más largos y gruesos, para que, incluso, con manoplas o guantes súper gordos se pudieran coger con facilidad y cerrar o abrir las cremalleras.

A la primera persona a la que se le ocurrió meter plumas de pato en una chaqueta fue al australiano George Ingle Finch, que nació en 1888. Un científico y pionero en nuevas técnicas aplicadas al montañismo, que desarrolló el uso de botellas de oxígeno para subir a grandes montañas en el Himalaya. Finch y el capitán Geoffrey Bruce alcanzaron una altura de 8.321 metros en el intento de ascenso al Everest del año 1922 por una expedición británica. Esta altura estableció un récord mundial de altitud que no se batió hasta 29 años después cuando Edmund Hillary alcanzó la cima del Everest. En ese intento de ascensión de Finch en 1922 al monte Everest llevaba puesta una chaqueta, confeccionada con tela de globo aerostático y rellena de plumas.



-Oye, ¿y estas plumas que tenías medio escondido en el armario? ¿Dónde y cuándo lo usabas en Irlanda?

-Ah! Para ir al estadio de rugby de Dublín, el antiguo Lansdowne Road Stadium, a ver los partidos de las seis naciones, que hacía un frío de morirte.

Un plumas de expedición para ir a ver el rugby, pensó él, mientras la miraba con cara de resignación.

RELATO 6 PIOLET

El veterano montañero llevaba ya tiempo buscando un piolet antiguo clásico de mango de madera. No era fácil encontrarlo y los que había en el mercado de internet eran caros. Buscaba por tiendas de objetos antiguos de segunda mano en la zona del rastro de Madrid y por más que preguntaba en todas las tiendas, no aparecía ninguno. Aunque la opción más fácil era comprarlo por internet y pagar un precio elevado, el veterano montañero no perdía la esperanza de cruzarse algún día con alguno perdido en algún anticuario o almoneda a buen precio. Y esa esperanza se hizo realidad un día al pasar por delante de un escaparate y ver un piolet antiguo, exactamente del tipo que él había deseado. El precio era razonable, aunque caro para su economía. Dudó un poco si comprarlo, pero después de una llamada a su mujer y animarle ésta a que lo hiciera, disolvieron todas sus dudas.

El piolet, de la casa austriaca STUBAI, era de mango de madera y cabeza, es decir la hoja y la pala, de acero forjado de una sola pieza. No tenía agujero en el centro de la cabeza, lo que se llama la cruz del piolet, lo que este echo delataba su antigüedad, ya que los primeros piolets con agujeros para poner un mosquetón en la cruz se empezaron a fabricar a principio o mediados de los años sesenta. Quizás fue el guía francés Andre Contamine el primero en diseñar un piolet con agujero en la cruz, siendo fabricado por la marca CHARLET MOSER del valle de Chamonix. Pero no deberíamos poner la mano en el fuego con este dato, porque ya por aquel entonces quizás la marca SIMOND, también del valle de Chamonix, ya estaba fabricando piolets de estas características en esas fechas.





El guía francés André Contamine

Este piolet de madera STUBAI tenía que ser definitivamente anterior a los años sesenta. Algunas otras características también delataban su antigüedad, como por ejemplo la longitud del mango que tenía setenta centímetros, más al estilo de los piolets de los años cuarenta, cincuenta. También la rectitud de la hoja correspondía con los piolets de esa época. La hoja de los piolets empezó a curvarse en la década de los años sesenta y principios de los setenta.

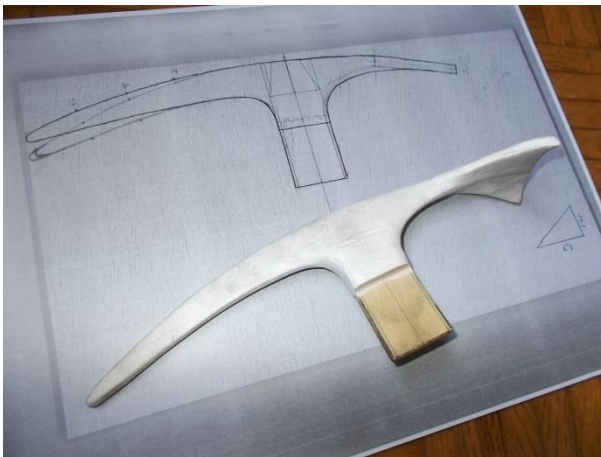
STUBAI nació en el año 1897 en el Tirol Austriaco y además de piolets, la cooperativa realiza otras herramientas metálicas. Esta marca fabricó muchos piolets para las tropas de montaña austriacas y alemanas en la segunda guerra mundial. Quizás el que tenía ahora en sus manos nuestro amigo era de esa época.

Nuestro montañero veterano se sentía super contento cada vez que veía el piolet clásico de mango de madera colgado en la pared de su salón. Había valido la pena la inversión. Daba gusto pasar la mano por las diferentes partes del piolet. Estaba perfectamente terminado. Había una continuidad perfecta cuando la mano pasaba de la madera al metal y viceversa. Estaba todo cuidadosamente ensamblado y



engarzado. La parte metálica del piolet presentaba muchas curvas, perfectamente trabajadas y suavizadas por el herrero y cuando pasabas la mano por ellas, sentías que estabas tocando una obra de arte. Era curioso, valía más un piolet antiguo que uno moderno...y esos pensamientos le llevaron a nuestro ingenuo montañero veterano a pensar que como él era un poco manitas, quizás podría hacer reproducciones en metal y madera de piolets antiguos y venderlos a precios competitivos. No para ser utilizados en la montaña, sino como elementos de decoración y que estuvieran tan bien hechos que uno tuviera que verlos con atención para ver la diferencia. Viendo los precios tan elevados que tenían los originales, quizás la gente pagaría cuarenta o cincuenta euros por una buena reproducción que decorara el salón de los enamorados del montañismo clásico y romántico.

Por supuesto, la parte metálica de acero de la cabeza no lo podría hacer por forja, porque eso requeriría una herrería en toda regla y un herrero loco que quisiera y supiera hacerlo. Tendría que hacer un molde y llevarlo a alguna fundición pequeña para que hicieran las piezas en un metal pesado como el acero y de aspecto similar, pero fácilmente fundible. Después, el mango, al ser de madera, sería más fácil de fabricar. Se puso manos a la obra y realizó primero una réplica idéntica a la cabeza del piolet en madera. Esta sería el modelo que permitiría más tarde hacer el molde de arena que se suele usar en las fundiciones para rellenarlos con el metal licuado a altas temperaturas. El problema fue que cuando se puso en contacto con una fundición de un pueblo cercano le preguntaron que cuantas piezas quería hacer. Él les contestó que de momento para hacer una prueba o prototipo con dos era suficiente. El señor de la fundición casi se muere de la risa, porque ellos trabajaban con pedidos de un mínimo de mil piezas para que les saliera rentable a ellos y económico al cliente. En este caso, por hacerle un favor, se las podían hacer, pero a un precio bastante caro. Nuestro



montañero veterano veía que los cálculos de coste de la réplica que quería construir no iban a ser como él esperaba, pero aun así accedió al menos a hacer un par de ejemplares y ver cómo quedaban.

Plano del diseño del piolet y molde positivo en madera hecho por el autor para ser usado posteriormente en la fundición para hacer el molde negativo.

Cuando le entregaron las piezas metálicas terminadas en la fundición, tuvo que dedicar mucho tiempo y esfuerzo de lima para dejar las piezas, más toscas de lo que esperaba, como un verdadero piolet, liso, suave y perfilado, con un acabado perfecto. Esto aumentó muchísimo el tiempo de mano de obra que habría que dedicar a cada ejemplar, por lo que las ilusiones de hacer réplicas de piolet a bajo coste, se esfumaban poco a poco.

Mientras estuvo haciendo el diseño del modelo en madera de la réplica de la cabeza del piolet, se estuvo documentando mucho sobre la historia y diseño de los piolets.

Descubrió, por ejemplo, que la familia SIMOND, originaria del valle de Chamonix en los Alpes franceses, había estado haciendo piolets desde 1860 y la empresa fue pasando de padres a hijos y a nietos. Fabricaron, por ejemplo, los piolets que se llevaron en la expedición británica al Everest en el año 1953 y que culmina con la primera ascensión a esa montaña de la mano de Edmund Hillary y el sherpa Tenzing Norgay. Desde 2008 esta compañía forma parte de la red de la marca comercial DECATHLON, fabricando numeroso y variado material de montaña.



Los herreros Francois Simond y Adolphe Simond.

También descubrió que la marca CHARLET MOSER viene de los nombres de sus dos fundadores: Gerard Moser y Jerman Charlet, artesanos y herreros del valle de Chamonix como sus paisanos de la familia SIMOND. Estos dos magníficos herreros, manufacturaron el famoso piolet “Super Conta”, todavía de mango largo y de madera, diseñado por el guía de montaña André Contamine, que lo usaba para enseñar su famosa progresión en rampas de hielo con la técnica francesa. Una técnica que permitía subir por rampas de hielo y nieve dura de bastante inclinación con un solo piolet, hasta que la proliferación del uso de crampones de puntas delanteras y de piolets más modernos y más cortos fue dejando esta técnica en el olvido, para pasar a la de piolet tracción, más fácil, más natural y más rápida.

Terminada de limar y pulir la cabeza del piolet que nuestro montañero veterano había obtenido de la fundición, se dio cuenta de que el brillo y estado del metal delataba claramente que no era una pieza metálica antigua y que tenía que “inventar” algún método para hacer que ese metal pareciera que tenía sesenta años. Lejías, vinagres y productos similares hicieron que el brillante metal se tornara en algo más parecido a “antiguo”. Unos arañazos aquí, unos golpes allá y algún frotamiento con tierras negras y barro terminaron de camuflar el reluciente metal en algo más creíble desde el punto de vista del paso del tiempo. Con el regatón del piolet, también metálico, hizo algo similar.

Ahora quedaba el mango. Tenía el mismo problema. Las maderas con las que lo iba a fabricar eran flamantes y tendría que idear una forma de convertir madera nueva en una madera que pareciera que había sido manufacturada antes de la segunda guerra mundial. Otro problema añadido era que los listones que ofrecía el mercado eran o cuadrados o rectangulares, por lo que habría que hacer un trabajito de carpintero para convertirlos en la forma de ovalo característica de los mangos de piolet.



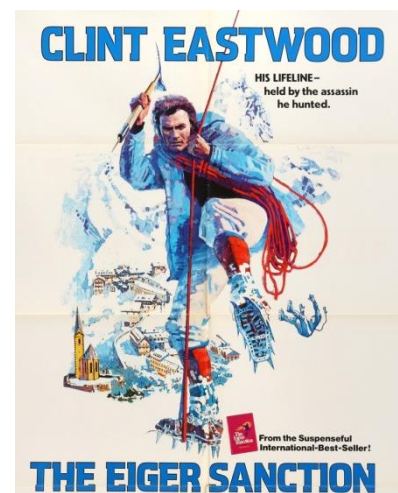
que, posteriormente, lo fabricó con el nombre de “message”. Un tipo con una fuerza vital enorme, que ya a los dieciséis años escaló el Cervino. También inventó, en los años setenta, el piolet de mango super corto y hoja super inclinada llamado “Terrordactyls” que revolucionó la forma de escalar en hielo y que hizo que todos los fabricantes de piolets lo quisieran imitar.



MacInnes fue asesor de seguridad en la película protagonizada por Clint Eastwood *La sanción del Eiger*. Seguramente contratado por su experiencia en rescates de montaña en su Escocia natal, en donde fue todo un pionero en este tema. Este personaje tiene mil historias de montaña, ya que participó en numerosas expediciones y escaladas míticas, como la primera escalada británica al pilar Bonatti, que tuvo que acabar con muchas dificultades después de sufrir un golpe de una piedra en la cabeza y producirle una fractura craneal el primer día. Aun así, continuó la escalada que les ocupó tres días más.

El paso de los piolets de mango de madera a los de mango metálico es otra bonita historia escrita entre varios protagonistas, pero en especial por el escocés Hamish MacInnes, un excéntrico personaje que a los diecisiete años construyó un coche pieza a pieza, que diseñó a finales de los cuarenta o principio de los cincuenta el primer piolet de mango metálico y

quisieran imitar. A España llegaron de la mano del importador y vendedor de material de montaña Carlos Gallego que tuvo la suerte de tomarse unos whiskys con este personaje en Leicester (Inglaterra) en una visita a las instalaciones del fabricante PECK, que era la empresa que fabricaba los piolets inventados por Hamish MacInnes.





Terminadas las tareas de carpintero aficionado con el mango del piolet, quedaba la ardua tarea de convertir una madera de color claro, nueva y moderna en una madera más oscura y con aspecto de los años 50. La solución vino casualmente cuando el montañero veterano al prepararse una café instantáneo se dio cuenta de que este producto granulado, cuando se

humedecía con agua teñía bastante todo lo que tocaba. Impregnó la madera con una cantidad generosa de café soluble granulado mezclado con un pelín de agua. La madera tomó un color oscuro a vetas, con un aspecto a madera vieja, antigua. El resultado fue perfecto y después de someter al mango a golpes, arrastrarlo por el suelo y propinarle otros maltratos, tenía un aspecto de madera con solera e historias que contar.

El montañero veterano montó todas las piezas del piolet cuidadosamente y con esmero. El resultado era bastante bueno. Suficiente para poder colgar ese piolet “antiguo” en la pared del salón y que diera el pego de que era de los años 50.

Meses después, este montañero veterano había indagado y leído tanto sobre los piolets, que le pareció interesante compartir esas historias en una conferencia para el público interesado en la librería de montaña DESNIVEL en el corazón de Madrid. Aunque no hubo mucho éxito de público, si interesó la historia a unos periodistas que tenían un programa de radio de deportes de montaña en RNE que se llamaba *Sin Atajos*, por lo que le invitaron al programa y le hicieron una entrevista. Lo que nunca pudo pensar este montañero es que después de esa entrevista, se quedaría como colaborador en el programa para hablar de vez en cuando sobre múltiples y diversas otras historias de montaña, alpinismo y escalada.

RELATO 7 CLAVOS Y PITONES

Los tres jóvenes amigos llegaron de noche a la zona de escalada de Leiva en la Sierra Espuña (Murcia) y durmieron con sus sacos y aislantes en unos soportales de una antigua casa forestal, no lejos de las paredes. Se habían cruzado esa noche, mientras subían a la sierra con el coche, con unos muflones. Una especie de cabras montesas salvajes que habían traído desde las montañas marroquíes para repoblar esta zona de montaña baja.

Corrían los finales de los años ochenta y el mundo de la escalada estaba viviendo una revolución en España con nuevas formas de aseguramiento a la roca, como los fisureros o empotradores y mecanismos de levas como los friends. Aunque todavía el espíritu de los antiguos sistemas de montar seguros en la roca andaba en el ambiente, como era el caso de los clavos y pitones, aunque ya estuvieran más o menos en desuso.

Al día siguiente los tres amigos decidieron escalar una vía no muy difícil de la pared principal de Leiva. Uno de ellos apenas tenía experiencia de escalar, por lo que una vez que terminaron el primer largo, viendo que lo pasó mal, pidió a sus compañeros que le descendieran con la cuerda hasta el suelo. Los otros dos amigos continuaron la ruta lentamente, dado que no dominaban un alto grado de escalada e iban progresando como podían con su V+ raspado.

La roca era caliza, muy agradecida, con muchos agujeros y grietas a las que agarrarse. Los dos amigos fueron ganando altura al mismo tiempo que emoción, ya que las vistas desde esa altura de la pared les resultaban ya impresionantes, porque tampoco estaban tan acostumbrados a paredes de varios largos.

Intentar seguir el itinerario que ellos consideraban que sería la línea correcta de la vía que querían escalar no era fácil, porque una vez dentro de la pared se pierden las referencias y todo se multiplicaba en dimensiones. No había una línea limpia, clara y definida de la vía, por lo que iban orientándose por los diedros, placas y fisuras como buenamente podían.

Uno de ellos, que aparentemente tenía un poco más de experiencia, comenzó a escalar de primero en el tercer largo sin mucho convencimiento de saber por dónde discurría exactamente la vía. Escalados ya bastantes metros, la cuerda se le acababa sin haber llegado realmente a ninguna reunión o lugar posible para realizarla. Como este escalador todavía era un poco novato y él lo sabía, ante la posibilidad de que ocurriera algo así, portaba en una pequeña mochila a la espalda junto con algo de agua dos clavos y una maza para poder usar en caso de que tuvieran que bajarse de algún sitio o como ahora estaba intuyendo, necesitara montar una reunión en cualquier sitio con algo más que con los fisureros que llevaba.

Aunque esta eventualidad no había sido buscada, de alguna manera la “necesidad” de meter uno o dos clavos le hacía ilusión. Nunca había hecho esto antes y si se veía a sí mismo en esta situación, parecería que era un verdadero escalador clásico.

Llegó a una pequeña repisa que le pareció, más o menos, un buen emplazamiento para montar una reunión improvisada e instaló un fisurero, que quedó fenomenal, luego otro más a su derecha. Pasó la cuerda por ambos y también se unió a ellos con su cabo de anclaje. Cogió con cuidado la mochilita que llevaba en la espalda, dio un traguito a la botella de agua y sacó los dos clavos que llevaba. Miró sus formas y después de evaluarlos decidió cuál de los dos podría adaptarse mejor a una pequeña, pero profunda, grieta que tenía por encima de su cabeza. El joven no entendía mucho de los diferentes tipos de clavos que había en el mercado. Había de muchas formas, tamaños y de diferentes aleaciones de metal. El que iba a instalar creía recordar que el vendedor le había dicho que se llamaba *universal*. Tenía el agujero donde meter el mosquetón girado unos 45 grados respecto a la línea longitudinal del clavo y de esta manera trabajaba bien ya fuera en fisuras horizontales como verticales. También le dijo que este modelo en concreto era un clavo de acero semi duro, por lo que podía adaptarse más o menos bien a rocas blandas tipo caliza o duras tipo granito. Por lo que le hacía doblemente “polifacético”. El nombre *universal* era un tanto pretencioso, pero había sido bien elegido para entender rápidamente sus posibilidades.



El clavo o pitón que se disponía a martillar nuestro joven escalador, que también algunas veces los llamaba así la gente, era nuevo a estrenar y pudo ver claramente el nombre del fabricante, era un clavo FADERS.

En los años cuarenta un ingeniero suizo que vivió en Barcelona crea una marca de material de montaña. La bautiza QUER, como su apellido, su nombre es Sigfrid Quer. El logo de la marca es el apellido Quer con una enorme y redonda Q y un piolet clásico de la época atravesando en horizontal la palabra. Fabricó durante los siguientes años mosquetones, pitones, piolets y otro material diverso de escalada y espeleología.



Por los años setenta la dirección de la empresa pasa a Ramon Serra y la compañía cambia de nombre a FADERS. Nombre que surge de unir FA-DE-R-S (Fabricados DEportivos Ramon Serra). La empresa sigue fabricando material de escalada y en 1980 fabrica su primer mosquetón en duraluminio, un material que tiene una gran resistencia, pero mucho más ligero que el acero.



La marca FADERS acabaría finalmente absorbida por otra gran conocida marca catalana del mundo de la montaña, FIXE, en el año 2011, y así nació el grupo TECH ROCK. Posteriormente, con la adquisición de otras dos empresas, también grandes

conocidas en este ámbito, la fabricante de cuerdas ROCA y la fabricante de los Friends “Alien” ALIEN CAMS conformaron una nueva empresa, que el año 2018 recuperó el nombre original de FIXE y se le añadió la palabra CLIMBING.



Alien

Metido el clavo en la grieta, acondicionó con los dos fisureros una reunión más o menos respetable. Su compañero se puso a escalar camino de esta reunión y al llegar a ella le faltó tiempo para decir:

-Qué, habrás disfrutado metiendo el clavo, ¿No? Ya sabía yo que esto iba a pasar. ¡Vamos, tira! que todavía nos queda un largo e intenta no “tener” que meter otro clavo. Se les dibujó una pequeña sonrisa a ambos.

Aquel fue el primer día y el último que este joven escalador metió un clavo de escalada. Ya se agotaban los tiempos de usar estas reliquias a y otros sistemas de protección más modernos y rápidos se impondrían de manera definitiva.

El clavo quedó en aquella pared y nunca más volvió por allí este escalador para saber qué pasó con aquel “anecdótico” pitón. Seguramente se retiraría muchos años después, cuando se reequipó toda la pared con anclajes modernos.

RELATO 8 ROPA DE MONTAÑA

El joven montañero, que despertaba su motivación por el alpinismo en los años noventa, tenía falta de ropa y equipo adecuado para sus objetivos y no digamos falta de conocimientos. Apenas había pisado la nieve tres o cuatro veces en sus montañas cercanas del sistema central de la península ibérica. Nunca se había puesto unos crampones y había llevado alguna vez en la mochila un piolet, pero nunca lo había utilizado. Pero ese verano se había planteado junto con otro amigo ascender el Mont Blanc en los Alpes franceses.

Allí se plantaron, en Chamonix, el corazón de los Alpes franceses. El joven montañero usaba unas botas blandas de cuero que le había regalado, de segunda mano, un amigo, un plumas que le había prestado su hermano, unos pantalones de ski baratos comprados en los supermercados Pryca (posteriormente Carrefour), un casco de bicicleta y unos crampones automáticos que también le habían prestado. Ni qué decir tiene que estos crampones no eran los apropiados para la bota flexible de cuero que usaba el joven montañero. Los crampones automáticos requieren de una bota rígida con sus correspondientes rebordes o labios en la puntera y talón para ajustar el sistema automático del crampón. Como la bota flexible de cuero tenía un mínimo reborde de la costura a la suela, era aquí donde engarzaban a duras penas los cierres delanteros y traseros del crampón. Este inadecuado tándem generaba una incómoda presión en el pie, ya que este era lo único que le suministraba un poco de rigidez al conjunto. Pasadas unas horas el pie empezaba a resentirse y unas ampollas, por el rozamiento de los cierres del crampón en el talón, acababan apareciendo. Como el crampón había que apretarlo mucho, para que no se saliera de los estrechos rebordes de la bota, además, aparecía un progresivo dolor en todo el pie debido a la presión que imprimía el crampón. En fin, una verdadera porquería de conjunto que más o menos funcionaba, pero que, si se estaba mucho tiempo con él, los pies quedaban bastante resentidos, en el amplio sentido de la palabra.



De camino al Mont Blanc.

El conjunto de la indumentaria estaba aderezado con unos calzoncillos largos del padre del joven de algodón. Nada de tejidos técnicos de poliamidas o similar como ropa interior. Si no de algodón, que enseguida se humedecían con el sudor y les costaba muchísimo secarse. Además, como el pantalón de ski daba mucho calor, la mayor

parte del tiempo lo llevaba quitado y los calzoncillos largos de algodón se empapaban con el contacto con la nieve, ya que los guetres que llevaba eran bastante malos y no ajustaban muy bien. Los guetres los había robado en el servicio militar obligatorio, vamos, cuando hizo la “mili”, del almacén de abastecimiento e intendencia del cuartel.



En los Alpes con calzoncillos largos de algodón, chaqueta de plumas y en la derecha con los mismos calzoncillos, sudadera amarilla de algodón *Action Levi's* y guetres del ejército.



Aun así, para un inexperto que “aprendió” a ponerse los crampones en el glaciar de Bossons un día antes de acometer el pico más alto de los Alpes, la experiencia fue positiva gracias a que la climatología fue benévola con ellos. Llegaron, él y su amigo, por encima del refugio Vallot, ya muy cerca de la cumbre. Se tuvieron que dar la vuelta por un fuerte viento, en el que era difícil caminar sin gafas de ventisca, que por supuesto él no llevaba.

Los avatares de este joven montañero, por no tener la equipación necesaria, no acabaron aquí. Al año siguiente, sin mucha más experiencia y con el mismo arrojo inconsciente, emprendió una “expedición” a los Andes bolivianos. Allí le estaba esperando una amiga, con la que podría hacer algo de alta montaña. Esta vez quiso, al menos, llevar lo necesario para tener bien protegidos pies y manos, por lo que compró unas botas duras de plástico KOFLACH, modelo Viva Soft, unos crampones GRIVEL y unos guantes de expedición MILLET.

Para remontarnos al inicio de la marca KOFLACH nos tenemos que ir hasta el pueblo de Mooskirchen (Austria) en el año 1898, donde Franz Herunter funda una cooperativa para suministros militares y civiles y se convierte en el primer fabricante de calzado deportivo de Austria. Allí se produjeron botas de montaña para el ejército austrohúngaro y zapatos de trabajo para la población rural.



Las botas Koflach modelo Viva Soft del autor.

En 1917 se traslada la fábrica al cercano pueblo de Köflach y hasta 1925 se fabrica principalmente calzado de trabajo para la minería y calzado de caza. En 1926 empieza también a confeccionar calzado para esquiar y de montaña y adopta el nombre de KOFLACH AG. La empresa pasa por varias manos en las décadas siguientes y en 1986 deja de fabricar botas de montaña de cuero, fabricando solo las de plástico. En 1991 empieza a fabricar también botas de plástico con ruedas incorporadas, como si fueran patines en línea con el nombre de ULTRA WHEELS.



En el año 1998 celebra su centenario y en ese momento las botas de montaña KOFLACH son muy populares para alta montaña y expediciones. Pero en 2002 cierra la fábrica en Köflach y seis años después, en el 2008, desaparece del mercado. Sorprendentemente al año siguiente un grupo de inversores de Suiza compra la marca volviendo al mercado en 2010.

La refundada KOFLACH estuvo presente en la "Outdoor Exhibition 2010 de Friedrichshafen" de Alemania, con una pequeña, pero excelente selección de botas de montañismo de plástico para la temporada del 2011.

En 2012 la empresa española Aneto Import se convirtió en su distribuidor en España. Esta noticia apareció en el número 310 de la revista Desnivel en el año 2012, pero a día de hoy no sabemos nada más sobre KOFLACH y su distribuidor en España.

El joven montañero de camino a Bolivia conoció en el avión a uno grupo de vascos que también iban a hacer montaña a los Andes Bolivianos. Gente muy maja, que desde el primer momento le ayudaron y le hicieron el viaje muy ameno con sus bromas y gracias. Con ellos, con su amiga española y con dos argentinas altísimas, que se unieron a la movida, fueron a la zona del pico Condoriri y pequeño Alpamayo, unas atractivas montañas de más de 5.000 metros. Allí el joven iba vestido como si fuera a

hacer una vía de escalada deportiva, es decir con mallas, camiseta de publicidad que le habían regalado en algún sitio y una sudadera vieja de algodón de color amarillo chillón con las palabras *Action Levi's* en grande.



El autor en la cumbre del Pequeño Alpamayo de 5.300 m. en mallas de algodón y sudadera.

Eso sí, cuando acometía alguno de los picos, se ponía sus botas nuevas KOFLACH y sus crampones automáticos GRIVEL. Los guantes MILLET, que también se había comprado para la ocasión, no los usaba porque como llevaba otros de repuesto más baratos,

usaba estos para no gastar los nuevos. Tuvo suerte el joven montañero con la meteorología, porque esos días tuvieron un tiempo magnífico. Si hubiera sido de otro modo, quizás su indumentaria de escalador deportivo le hubiera hecho pasar “algo” de frío.

La familia de herreros apellidados GRIVEL ya fabricaban herramientas agrícolas en 1818 en Courmayeur, en los Alpes italianos, pero ese año empezaron a fabricar unas herramientas para vendérselas a unos turistas excéntricos y adinerados que venían a subir montañas. En 1909, el ingeniero inglés Oscar Eckenstein encargó a Henry Grivel la fabricación de los primeros crampones GRIVEL modernos.



El taller de GRIVEL en 1930

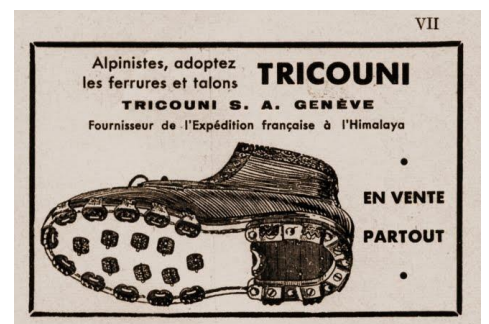
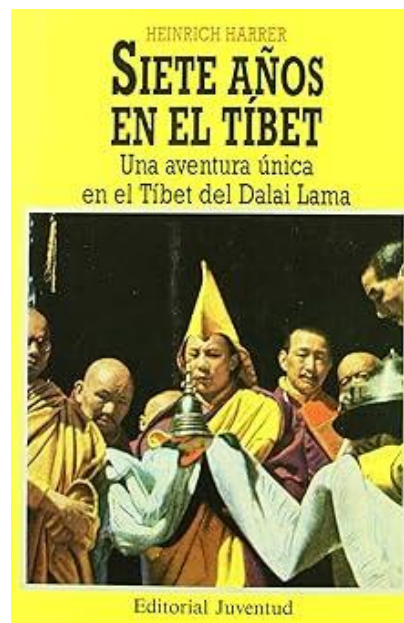
Uno de los problemas que tenían los crampones de la época es que eran de diez puntas y no tenían puntas frontales, por lo que la progresión tenía que ser apoyando toda la planta del pie y no se podía encarar

la progresión de cara a la ruta en la que se ascendía, sino que se iban poniendo los pies de forma lateral, progresando de forma más lenta y más incómoda. Pero en 1929,

Laurent Grivel, el hijo de Henry Grivel, inventó los crampones con puntas frontales, que permitían a los escaladores estar de frente mientras ascendían las pendientes de hielo y nieve. Esta innovación fue muy importante para la conquista de la norte del Eiger en 1938. En esa escalada eran cuatro los escaladores que la emprendieron, pero solo dos de ellos llevaban crampones de doce puntas, es decir, con puntas frontales, por lo que estos dos lideraron la escalada y los otros dos tuvieron un papel secundario. Uno de estos últimos fue el famoso Heinrich Harrer, que luego pasó siete años en el Tíbet. Harrer ni siquiera llevó crampones a la escalada de la norte del Eiger, en un error de cálculo, pensando que encontraría más roca que hielo, llevó unas botas con TRICOUNIS, unos pinchitos y puntas metálicas que te las ponía el zapatero en la suela de las botas. Por lo que Heinrich Harrer tuvo que ir de segundo en la escalada aprovechando la huella que dejaban sus compañeros.



Crampones sin puntas delanteras (10 puntas) y en la derecha con puntas delanteras (12 puntas).



Los integrantes de la primera ascensión a la cara norte del Eiger.

GRIVEL creó en 1936 un crampon ligero y resistente utilizando una aleación de níquel, cromo y molibdeno. Solo pesaban 360 gramos el par, algo muy revolucionario para la época. Estos crampones se han utilizado para conquistar los tres picos más altos del mundo: el Everest, el K2 y el Kangchenjunga.

Aunque en 1979 Jean Paul Frechin inventa algo muy importante para la seguridad a la hora de usar unos crampones, los antizuecos, una lámina de goma colocada en la parte inferior del crampon para que la nieve no se acumule, creando una especie de zueco, que impide clavar las puntas del crampon, con el consiguiente riesgo de resbalar.

Es en el 2003 cuando GRIVEL reinventa los antizuecos. La lámina de goma esta vez no es plana, tiene una forma curvada hacia fuera, que al pisar se comprime y al levantar el pie se expande y expulsa la nieve que se podría acumular en la parte inferior del crampon.



En 2018 se celebró el 200 aniversario de la empresa con una gran fiesta. Esta celebración también marcó la renovación de la histórica fábrica de Courmayeur donde se instaló el museo "Espace Grivel" que cuenta la historia de la empresa. GRIVEL sigue fabricando, hoy en día, todo tipo de material de montaña.



Al joven montañero lo dejamos escalando montañas en Bolivia con sus mallas y sudaderas baratas de la época. Después de hacer una ascensión al pequeño Alpamayo y un intento al Condoriri, fue de nuevo con la cuadrilla de vascos, su amiga y las dos grandes argentinas a intentar el ascenso a la segunda montaña más alta de los Andes bolivianos, el Illimani, de 6.400 metros. El itinerario comienza en un pueblo que se llama Pinaya, al que llegaron con todo el material en unos camiones desde La Paz. Desde allí, con ayuda de unos burros para las cargas y petates, caminaron hasta Puente Roto, el lugar donde se monta el campamento base. Allí prepararon una cena rápida con los infierrillos y uno de los vascos le preguntó al joven montañero si pretendía subir a una montaña de más de 6.000 metros en mallas y una sudadera de algodón. A lo que el joven respondió, que tenía un plumas que le había prestado su hermano, por

si empezaba a hacer frío. Los vascos no daban crédito y como tenían ropa técnica de sobra, con buen criterio y con sentimiento paternal hacia el joven, le ofrecieron prestarle un forro polar y unos pantalones peto técnicos de la casa DIAMIR para el día del asalto final a la cima. Al día siguiente, ya sin ayuda de los burros para las cargas, iniciaron el ascenso hasta el campo intermedio que se llama *Nido de Cóndores*. Allí, mal durmieron esperando a levantarse muy temprano, antes del amanecer, para acometer los 1.000 metros de desnivel, por nieve helada, que les separaban de la cumbre. Nuestro joven estaba bastante confortable con la ropa prestada. Calzaba sus botas KOFLACH, sus crampones GRIVEL, pero sus guantes de expedición MILLET los mantenía en la mochila, para usarlos solo si realmente hacía mucho frío y así no desgastarlos.



El autor en la cumbre del Illimani y una foto de detalle con los pantalones de Diamir y el forro polar que le prestaron.



DIAMIR es una marca de origen vasco, en concreto nació en una buhardilla de Getxo (Bizkaia) en el año 1980. Hacían con una máquina de coser a pedales prendas de forma artesanal a partir de tejidos y plumas recicladas de otras prendas. Allí confeccionaron un saco de plumas que lo llamaron Nanga Parbat y que se usó en una expedición a esa montaña. Diamir es el nombre de esta montaña en uno de los idiomas locales, además del nombre de una de sus vertientes.

Desde entonces, las prendas DIAMIR acompañaron a muchas expediciones de montaña. Luego tuvieron una época en la que solo equipaban a cuerpos profesionales que trabajaban en ámbitos naturales, pero de nuevo van a fabricar prendas de montaña para el público en general.

El joven montañero alcanzó la cumbre del Illimani junto con los vascos, su amiga y las dos argentinas en un día espléndido, pero bastante frío. La experiencia fue muy positiva y emocionante para alguien, como él, sin mucha experiencia.

Bajando de esa gran montaña el joven experimentó lo que algunos montañeros conocen como el efecto tercer hombre. Es decir, que al estar solo y normalmente en alguna situación difícil, aparece la presencia de alguien imaginario que acompaña y “ayuda” a la persona que siente esa presencia. El joven no quería quedarse solo al ir bajando de la montaña, pero como era el que tenía menos experiencia, bajaba más lento y finalmente se quedó rezagado y fue ahí donde empezó a escuchar como si otra persona le acompañara detrás de él, aunque cada vez que se volvía para verlo, allí no había nadie. Una y otra vez oyó que alguien le acompañaba. Quizás la altura, el cansancio y el miedo a quedarse solo y que nadie se diera cuenta en caso de que le pasara algo, creó esa sensación fantasmal de que alguien le acompañaba. Caminó despacio y muy atento a cada pisada hasta que llegó al campamento intermedio, donde estaban ya los demás. Desde ese lugar ya no había que pisar más nieve, porque el camino de vuelta al campo base al día siguiente se hacía por caminos de roca y tierra.

Allí, en el campo intermedio, se dio cuenta de que un dedo de la mano derecha no lo sentía, estaba como el corcho, evidentemente con síntomas leves de congelación. Se lo comentó a uno de los vascos y este le dijo que era raro, que con los buenos guantes que tenía no tendría que haber tenido ningún problema. Pero el joven montañero le confesó que llevó los buenos guantes de expedición MILLET en la mochila todo el tiempo y que había estado usando los malos, porque en ningún momento, viendo que había un día soleado, pensó que los buenos guantes serían necesarios. Por lo que se hizo toda la ascensión con unos guantes mediocres y húmedos, que fue lo que le generó el principio de congelación. Todo por no querer gastar los guantes buenos, cosa de los rácanos inexpertos.



Años más tarde, nuestro joven se convirtió en ya un adulto, con más experiencia en montaña y decidió conocer el Himalaya de cerca, realizando una pequeña expedición a un pico de 6000 metros. Fue allí con unos amigos y esta vez sí que se equipó bien. Aparte de una buena



ropa interior y una segunda capa de forro polar, fue vestido de arriba abajo con ropa de la marca española SOLO CLIMB comprada en una emblemática tienda de montaña de Madrid que se llamaba Gonza Sport fundada en 1960 y que cerró después de 55 años de trayectoria.

La marca SOLO CLIMB es obra de Francisco (Paco) Aguado o el Calavera, como era conocido. Uno de los mejores alpinistas que ha tenido este país.

Paco Aguado comenzó a principios en los años 70 como escalador “clásico”, con pantalón bávaro y camisa a cuadros y rápidamente empezó a despuntar. A finales de esa década realizó muy buenas escaladas en los Alpes. Aprendió también una nueva forma de escalar visitando el Verdon (Francia) y trayéndola a España, escalando más en libre y menos agarrándose a los clavos y mosquetones.

El verano de 1980 fue el que marcó un antes y un después en la trayectoria de Paco. En once días escaló siete caras norte en los Alpes, cuatro de ellas en solitario. Algunas de ellas, las rutas míticas que aparecen en las posiciones más relevantes del famoso libro: *Las cien mejores ascensiones de los Alpes* de Gaston Rebuffat. Por ejemplo, la numero 99, la cara Norte de Les Droites, en 22 horas de escalada en solitario. También abrió vías en solitario en los Andes de Perú, escaló en la Patagonia y en el Thalay Sagar, en el himalaya indio.

Pero una de las proezas que todo el mundo recuerda de Paco Aguado, fue mucho antes que todas esas escaladas: Con 17 años y en solitario, en el año 1974 escaló la cara sur del Yelmo en la Pedriza, abriendo una vía, casi por casualidad y casi por obligación. En realidad, quería escalar otra vía ya abierta, pero se confundió y no tuvo más remedio que tirar para arriba, solo y sin cuerda. Ahora esa vía aparece en todas las guías de escalada con el nombre de *La Calavera*. Después de este historial en solitario, el nombre de la marca que creo Paco Aguado no podía ser otro que SOLO CLIMB.



Paco Aguado

A nuestro joven montañero, que le dejamos equipándose en la tienda con ropa SOLO CLIMB le fue bien en el Himalaya con su modesto objetivo. Consiguió cima en el Chulu Far East. A sus botas ya veteranas KOFLACH les puso un cubrebotas para mayor seguridad de calor en los pies, usó de nuevo sus crampones GRIVEL y llevó puestos sus guantes de expedición MILLET. Es decir, por fin tenía un equipo apropiado. Aunque siguió haciendo montaña por muchos sitios y durante muchos años, nunca más hizo lo que es propiamente dicho, una expedición de montaña. Paradojas de la vida.



El autor vestido de SOLO CLIMB en la cumbre del Chulu Far East (Nepal) y con solo el forro de la misma marca.



RELATO 9 MOCHILAS

La historia o biografía de un montañero se puede escribir recordando las mochilas que ha tenido a lo largo de su vida. Esto es lo que vamos a hacer con este montañero veterano, que ha tenido seis diferentes mochilas hasta día de hoy.

La primera fue allá por los años 80, con estructura de aluminio. Y cuando decimos estructura de aluminio, hablamos de toda una estructura, normalmente casi más grande que la propia mochila. Es decir que no eran unas pequeñas laminas internas que le daban cuerpo y rigidez a la mochila, eran literalmente unos tubos que formaban una gran estructura en forma de rectángulo sobre la que iba montada la mochila. Tanto era así que, si uno quería, podía retirar la mochila de la estructura y utilizar solo la estructura con sus hombreras o tirantes para llevar cosas diversas a la espalda de una forma más o menos cómoda. Por ejemplo, los guardas de refugio algunas veces las utilizaban para llevar un saco de algo o una garrafa grande o cajas, hasta el refugio.



Con esa mochila, cuando era niño, fue a los campamentos de verano y le alargó la vida hasta bien entrada la juventud en sus actividades de montaña. Era una mochila roja y azul, con bolsillos grandes en los laterales. Era una mochila incómoda, la estructura se solía clavar en la espalda y se solía ir enganchar en la vegetación a la que caminabas por sitios estrechos y con vegetación alta.

Cuando nuestro montañero se fue dando cuenta de que iban a ser muchas las veces que saldría al monte y muchas las horas cargando peso, decidió cambiar a una mochila más técnica y se agenció una moderna, regulable y ergonómica mochila de la marca ALPINA muy confortable, sin armadura, solo dos pequeños listoncillos interiores



de aluminio, que le daban un poco de rigidez a la estructura de la espalda, que estaba perfectamente acolchada y con un tacto suave de tejido de felpa. Una mochila cómoda y funcional, de color verde y rosa, no muy grande, de unos 40 litros, pero suficiente para acometer actividades de fin de semana.

Fotos encontradas en internet de mochilas idénticas a las mencionadas.

Las mochilas ALPINA se empezaron a fabricar en el año 1926 en Barcelona. ESPORTIVA AKSA compró la marca en 1997, después de que ésta quebrara. Lamentablemente dejaron de fabricar las mochilas en 2010, pero ocho años más tarde, en 2018, reanudaron la fabricación de las mochilas. La marca ESPORTIVA AKSA, dirigida por Jordi Costa y su hija Eulàlia Costa, tiene mucho material antiguo en depósito de la marca ALPINA, preciosas reliquias de toda su historia y que en el año 2020 algunas fueron cedidas temporalmente para la exposición conmemorativa del centenario de la Federació d'Entitats Excursionistes de Catalunya (FEEC). Cedió, por ejemplo, la mochila ALPINA que usó Oscar Cadiach para la ascensión del Everest en 1985. Que junto con Antoni Sors y Carles Vallès, fueron los primeros alpinistas catalanes en alcanzar la cima del Everest. Oscar Cadiach ha sido también el primer alpinista catalán en coronar los catorce ochomiles sin servirse de oxígeno suplementario.



Las mochilas ALPINA estuvieron presentes en la expedición en la que en el año 1974 los alpinistas Jordi Pons, Josep Manuel Anglada y Emili Civis, alcanzaron la cima del Annapurna Este (8.026 m), en el Himalaya del Nepal, convirtiéndose en la primera cima de un ocho mil de una expedición catalana y española.

ALPINA diseñó una mochila especial, con el nombre de Super Walker, para esa expedición con la experiencia y asesoramiento de Anglada y Pons, dotada de carcasa anatómica en nylon y base de cuero reforzado también con nylon con capacidad de 42 o 62 litros porque ofrecía la opción de adaptar unos bolsillos laterales, además de la posibilidad de transportar esquís.

Nuestro montañero del relato hizo algunas ascensiones por Alpes y Andes con esta mochila, por supuesto también mucha montaña por la península y la usó como mochilero cruzando Bolivia de norte a sur viajando en la caja de camiones, es decir en la parte de atrás de los camiones, ya fueran con carga o sin carga. Todavía recuerda

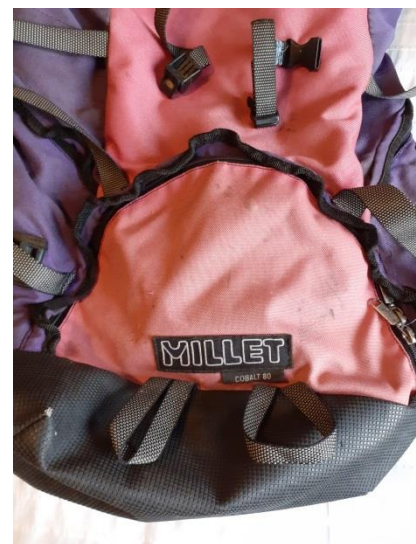
una noche que paso al raso, durmiendo junto a su mochila ALPINA, en lo alto de una carga de ajos que llevaba un camión y que pinchó al final del día en medio de la selva y no pudo reanudar su camino hasta bien entrada la mañana siguiente, cuando consiguieron arreglar la rueda con medios rudimentarios.

Una cosa que aprendió nuestro montañero de otros mochileros es que cuando quieres utilizar la mochila para estos menesteres, es decir, dando vueltas por el mundo, y la mochila acaba siendo arrastrada por suelos de estaciones de autobuses, portaequipajes cochambrosos, cajas de camiones sucias, maleteros de microbuses, atada a burros de carga y otras mil situaciones diversas que someten a la mochila al peor de los maltratos, es muy buena idea desmontar parte de los tirantes u hombreras de la mochila y meterla en un saco de plástico vacío de rafia y volver a montar los tirantes a través de unos cortes hechos en el saco, quedando así protegida para la dura vida de la mochila del trotamundos mochilero.

La siguiente mochila que tuvo se la regalaron, era un pedazo de mochila enorme. Una MILLET modelo Cobalt 80, es decir, que con la extensión que suelen tener las mochilas en la parte superior tenía una capacidad de 80 litros. En realidad, el amigo que se la regalo, lo que quería era deshacerse de ella. O se la habían regalado y no le gustaba o la había comprado y luego no le gustaba. El amigo dijo al montañero veterano, en el



momento de regalarle la mochila y con ánimo de buscar un aspecto positivo a lo que era una mochila enorme, que, si un día tenía que hacer un vivac improvisado, podría usarla como pata de elefante. Una denominación en el mundo de la montaña a una media funda de vivac, es decir una funda para meterse hasta la cintura y que complementada, con una buena ropa de



torso ayuda a pasar una noche fría a la intemperie. El montañero agradeció el intento de convertir el inmenso tamaño de la mochila en algo positivo, pero sabía de sobra que le estaban regalando una mochila que no era apropiada para sus actividades. Sabía que, la mayoría de las veces, se pasearía con ella medio vacía por las montañas.

En 1921 la pareja formada Marc Millet y su mujer Hermance fabricaban mochilas y bolsas para la compra para los clientes de su tienda de comestibles, cerca de Lyon. Unos



problemas de salud de Marc hicieron que la pareja decidiera mudarse más cerca del aire puro de las cumbres en 1928 instalándose en Annecy, cerca de los Alpes. En 1937 muere Marc y su mujer Hermance se hace cargo de la empresa hasta poder cederle la dirección a sus hijos, René y Raymond, en 1945.

Tras asumir la responsabilidad de la empresa, los hermanos Millet decidieron colaborar con el alpinista Louis Lachenal, que les ayudó a diseñar las primeras mochilas de alpinismo, incluidas las de la expedición al Annapurna en 1950, la primera montaña de 8.000 metros en ser conquistada, y que consiguió coronar el propio Lachenal junto a Maurice Herzog.



Walter Bonatti es contratado por MILLET en 1959, convirtiéndose así en el primer alpinista contratado como asesor técnico. En 1964 MILLET empiezan a fabricar, por primera vez en Europa, mochilas completamente de nailon, siendo más ligeras e impermeables que sus predecesoras de algodón. En 1977 la empresa continúa su ascenso y diversifica su negocio en el sector de la ropa, creando chaquetas de montaña con membrana GORE-TEX y chaquetas de plumón. En 1978 Reinhold Messner se incorporó al equipo MILLET y desarrolló la chaqueta EVEREST GTX 3L para su expedición de 1978, en la que consiguió la primera ascensión al Everest sin oxígeno.



Desde el año 2010 MILLET se ha ido convirtiendo en socio oficial de las compañías de los guías de Chamonix, de Grindelwald a los pies del Eiger, de Hakuba en Japón y de la del Cervino. En 2014, Millet fue adquirida por el holding suizo CALIDA, y en enero de 2022, Calida acordó vender MILLET a Jean-Pierre

Millet, nieto de los fundadores de MILLET, y a Inspiring Sport Capital (ISC), una empresa dedicada a la industria del deporte.

La siguiente mochila que tuvo nuestro montañero veterano y usó en alternancia con la gigante de MILLET fue una ARTIACH modelo *Ataque 35* de la *serie 8.000*. Era una mochila de 35 litros muy ancha en la parte inferior y más estrecha en la superior. Le dijo el vendedor que había sido diseñada así para que se adaptara bien a rutas de esquí de travesía, al tener el centro de gravedad más bajo. Pero el montañero veterano nunca la usó para esa actividad.



En realidad, la mochila fue un medio regalo de una tienda de material de montaña bien conocida en Madrid, GONZA SPORT. Y fue un medio regalo porque en esta tienda se equiparon el montañero y un amigo para ir a una pequeñita expedición a un 6.000 al Himalaya del Nepal en el año 1999. Allí compraron, en una sola tarde, un montón de cosas y al final de la compra, se le ocurrió decir al vendedor, que les podía hacer un regalito a cada uno, por haber gastado tanto dinero en la tienda. El vendedor se refería a un regalito tipo unos calcetines o similar. Pero los dos amigos le propusieron que, si les regalaba una mochila ARTIACH para los dos, ellos harían cuentas entre ellos de quien se la quedaba, y le traerían una foto de la expedición con el nombre de la tienda en alguna prenda. El vendedor no muy convencido accedió y les regaló la mochila ARTIACH. Después el montañero le pago la mitad del precio de la mochila a su amigo y este con ese dinero se compró algunas cosas que necesitaba para la “expedición”. Es decir que la mochila que uso nuestro montañero en Nepal le salió a mitad de precio.

La foto que le trajeron, terminada la aventurilla por el Himalaya, se pudo ver, junto con otra decena de ellas, de otras variopintas expediciones, colgada en la tienda de GONZA SPORT hasta que este establecimiento cerró.

En el año 1928 Narciso Hidalgo y Álvaro Artiach, dos amigos amantes de la naturaleza invierten sus ahorros en fundar SPORT RADIO, un comercio de Zaragoza para el deporte y las emisoras de radioaficionado. Uno de ellos era piragüista y montañero y el otro cazador.

En los años 30 y 40 fabricaron y vendieron una gran variedad de equipo y material de actividades al aire libre. Importaban madera de hickory (nogal) de Noruega para hacer skis, panel marino (contrachapado) de Guinea para piraguas y pólvora de Italia y Japón para cartuchos para caza. Empezaron también con las tiendas de campaña, mochilas, pantalones y anoraks para esquí y otros artículos para deportes.

En los años 50 lo que había sido una pequeña tienda de deportes y de emisoras de radioaficionado se convierte en CASA ARTIACH y en los 60 gracias al auge del campismo en España, la empresa da trabajo a 140 personas en una nueva planta de 3.500 m2 especializada en la fabricación de material de acampada, montañismo y náutica.

En la década de los 70, CASA ARTIACH es la empresa española más importante en camping, acampada montañera y para el ejército con productos como, tiendas de campaña, mochilas, sacos de dormir, remolques tienda, colchonetas y una línea de náutica y piscinas plegables. En el 86 nace dentro de ARTIACH la marca TRANGO, más centrado en ropa de montaña y de ciudad, inspirada en el estilo de montaña. Ropa con laminados transpirables con costuras selladas, forros polares, tejidos elásticos, soft-shells, etc.



En los años 90 la actividad de camping decrece en España y aparece una nueva tendencia de la población a hacer deportes de montaña de una manera más exigente y técnica, por lo que TRANGO/ARTIACH se moderniza en sus diseños y materiales e incorpora GORE-TEX y POLARTEC importados a España desde Estados Unidos.

A partir del 2000 y progresivamente en los próximos años TRANGO/ARTIACH pasa a ser TRANGOWORLD, agrupando a todas las líneas de producción de las anteriores dos marcas. Esta marca sigue fabricando ropa y otro material técnico para el montañismo y alpinismo.



Con esa mochila de la marca ARTIACH nuestro amigo, aparte de ir a Nepal, se paseó por casi todos los espacios de montaña de España y fue la que utilizó fundamentalmente en los seis años que estuvo como voluntario en el grupo de rescate en montaña de Cruz Roja en la Sierra de Guadarrama alrededor del año 2015.

Tres décadas después todavía seguía teniendo la enorme mochila MILLET, pero con algunas reparaciones artesanales que había tenido que hacer para poder seguir usándola, además de muchos cosidos de costuras que se iban rompiendo con el uso. Con la de ARTIACH estaba pasando lo mismo, las costuras empezaban a romperse o desgastarse y no había mes que no tuviera que coser y reparar como buenamente podía los descosidos y desgastes del material. La mochila había tenido mucha batalla cuando era voluntario de Cruz Roja, no solo por uso normal, sino también de ir pasando de malas maneras por un montón de maleteros de vehículos 4x4, siendo arrastrada por suelos de ambulancias y tirada de cualquier manera, en cualquier lugar, en muchas de las intervenciones en las que participó.

Por lo que, ¡llego el momento de comprar una nueva mochila! Y lo que no sabía en ese momento nuestro montañero veterano es que viajaría con esta última mochila hasta Nueva Zelanda para conocer los Alpes neozelandeses. No hizo actividad técnica, ni grandes ascensiones allí, pero pudo ver de cerca estas montañas realizando rutas de senderismo por los valles.

Quizás esta última mochila que compro, una DEUTER modelo 35+ Guide, es la que más le ha gustado por varias razones. La espalda es confortable y cómoda. Recorre de arriba abajo de la mochila una cremallera, lo que te permite acceder muy rápido a la parte baja de la mochila o a su



interior sin abrirla por arriba. El cinturón se puede quitar, si fuera necesario, en caso de quererla usar con arnés de escalada y que éste sea operativo. Al mismo tiempo el cinturón tiene unos portamateriales, como tienen los arneses, porque si has decidido no retirar el cinturón, llevando el arnés puesto, no podrías acceder con facilidad a los portamateriales del arnés para enganchar los diferentes cacharros que se llevan y de esta manera los puedes colocar en el portamaterial del cinturón de la mochila. Tiene también dos portas piolets muy fáciles de usar y rápidos. Y además, el material textil de la que está hecha es muy fuerte y resistente.



Tiene también unos pequeños detalles, que le gustan: silbato incorporado en la hebilla del cierre de la cinta del pecho, pequeña esterilla en su interior, que puede ser usada para

sentarse en superficies húmedas o incómodas, una etiqueta en su interior con las instrucciones a seguir si hay un accidente y tienes que avisar a los grupos de rescate, un clip de enganche para la llave del coche en el bolsillo superior de la mochila. Vamos una mochila muy estudiada y práctica, diseñada por guías de montaña.



Cuando nuestro montañero fue a Nueva Zelanda, le quitó el cinturón y lo puso en su interior y de esa forma la mochila se convirtió en un equipaje de mano perfectamente adaptado a las medidas de los vuelos.



En estas islas, recorrió varios valles haciendo senderismo y además pudo colaborar en algunas actividades de formación con el grupo de rescate en montaña de Christchurch en la isla sur, ya que al ser voluntario de Cruz Roja en Madrid había solicitado poder colaborar con ellos durante los tres meses que estaría por esas tierras.

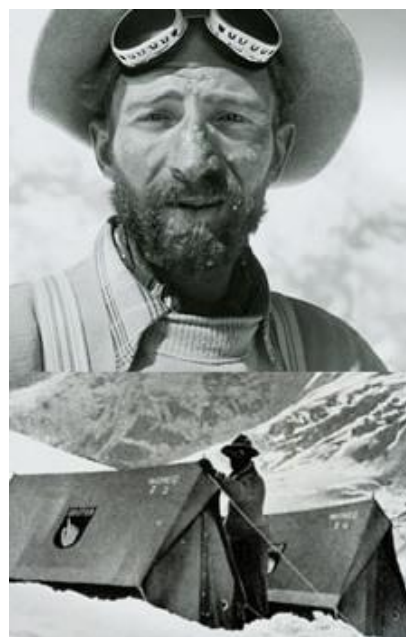


Hans Deuter fundó la empresa DEUTER en 1898 en Augsburgo, Alemania, realizando la fabricación de sacos de correo para la Real Oficina de Correos Bávara. La visión innovadora de Deuter pronto llevó a la empresa a diversificar su producción, gracias a la demanda del sector militar.

El nombre de la empresa forma parte de algunos momentos históricos del alpinismo. En 1938 Anderl Heckmair realiza el primer ascenso a la norte del Eiger con las mochilas Deuter. También las mochilas y tiendas de la marca alemana estuvieron en la expedición de Hermann Buhl que en 1953 consiguió por primera vez la cima en el Nanga Parbat.

El gran Peter Habeler usó siempre material Deuter en sus expediciones, siendo además consejero de la marca y Gerlinde Kanterbrunner, la primera mujer en subir a los 14 ochomiles sin oxígeno usó las nuevas gamas de mochilas para mujeres alpinistas de DEUTER.

Hermann Buhl



RELATO 10 CUERDAS Y MOSQUETONES

Corrían los años finales de los 80 y el joven apenas había salido a escalar tres o cuatro veces en su vida, pero desde el primer día que lo hizo quedó fascinado por la actividad. Enseguida quiso tener su propio equipo de escalada y así poder ir a escalar siempre que quisiera, y encontrara compañero, sin tener que depender de otros con equipo, pero no tenía muchos recursos económicos y el equipo de escalada era caro. Además, quería comprar casi todo de golpe, porque lo único que tenía eran los pies de gato y el arnés de la marca ROCA, que desde el principio valoró que era el mínimo equipo necesario para cuando algún amigo le llevaba a escalar. Por lo que, para hacerse de forma inmediata con todo lo necesario para poder escalar con algún amigo que no tuviera material, debía hacer una buena inversión económica, con un dinero que no tenía.

El joven acababa de terminar los estudios de formación profesional y estaba ese verano más o menos ocioso por casa de los padres a la espera de empezar la universidad. Vio una solución a sus “problemas” en una oportunidad de trabajo para el verano que le comentó su hermano mayor. A través de unos conocidos se había enterado de que necesitaban un camarero en un pueblo pequeño y perdido de Guadalajara que se llamaba Corduente. Irse allí suponía estar todo el mes de agosto y parte de septiembre “exiliado”, ya que el trabajo suponía estar alojado en la propia pensión que tenía el bar, trabajar todos los días de la semana y tener solo un par de horas de descanso a media tarde. Pero aceptar la oferta también suponía conseguir el dinero para el equipo de escalar de forma “rápida” y sin demasiados quebraderos de cabeza.

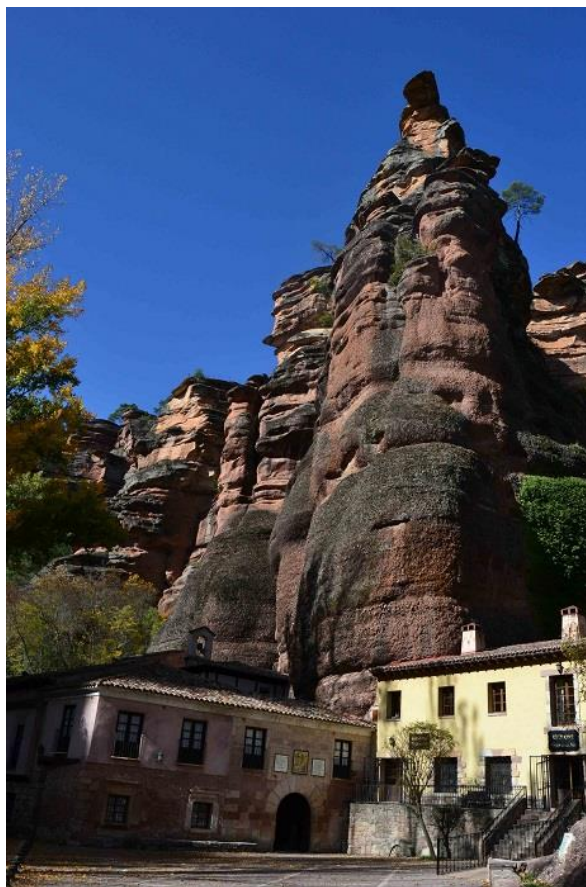


Ayuntamiento, plaza y bar-hostal en donde trabajo el autor. Corduente (Guadalajara).

De esta forma nuestro joven se aventuró a pasar un pintoresco verano en el pueblo de Corduente, no lejos de Molina de Aragón. Su trabajo era duro, sobre todo por el número de horas y por una especie de síndrome del día de la marmota, en donde un

día era prácticamente igual al anterior. Solo el pequeño descanso de media tarde rompía un poco la monotonía, en el que aprovechaba para dar un paseo por el pueblo, echarse la siesta, visitar el otro bar del pueblo y poco más. Un día le prestaron una bicicleta, lo que le permitió aventurarse a sitios un poco más lejos durante su descanso. Decidió ir hasta un sitio del que oía hablar a la gente en el bar. Según había oído, era un paraje bonito, junto al río y con un chiringuito donde tomar algo. Se llamaba el Barranco de la Hoz.

Cuando llegó allí con la bicicleta, no daba crédito a lo que vio. Él, que estaba en ese pueblo trabajando para comprar material de escalada, se encontró en ese paraje con unas paredes impresionantes, preciosas, bastantes altas...vamos, un muy buen sitio para escalar, a pesar de su roca más o menos blanda y rojiza. Quedó enamorado del sitio, recorrió parte del cañón con la bicicleta y cuando volvió de nuevo al trabajo del bar por la tarde, le comentó a su jefe el hallazgo. Éste se quedó un poco perplejo al escuchar al joven las maravillas que contaba del lugar. Que si era un posible paraíso de la escalada, que si era un tesoro natural de la geología, que si era un paraje de una gran belleza y con muchas posibilidades.



Después de las fiestas de este pequeño pueblo en septiembre, el trabajo de camarero acabó y el joven se pudo marchar de nuevo a Madrid con suficiente dinero en el bolsillo como para comprar su deseado equipo de escalada.

Una vez ya en Madrid, y pasadas unas semanas, le pidió a su padre que le llevara en coche a una tienda del barrio de Vallecas en Madrid. La tienda se llamaba *El Torreón* y allí de una sola tacada compró: dos cuerdas de 9 mm de la marca ROCA, tres mosquetones con seguro, suficientes metros de cinta plana y mosquetones para hacer diez cintas expres, un juego completo de fisureros bicoins, algún mosquetón más para llevar los fisureros, un descensor de ocho, un recupera fisureros, tres fisureros excéntricos para fisuras más anchas y dos cintas largas planas para hacer reuniones. El chico de la tienda no daba crédito, estaba teniendo una muy buena tarde de ventas y el padre del joven miraba y observaba con extrañeza todos esos achiperres que estaba comprando su hijo, preguntándose a sí mismo, que aparte de para matarse, para qué servirían todos esos cacharros.

Joan Roca Ballesta funda la empresa ROCA en 1891 dedicándose a la manufacturación de trenzados de manera mecánica y cordelería. Quedaba todavía muy lejos el año que esta empresa fabricara su primera cuerda para escalar. En 1927 los hijos de Roca, Jaume, Joan y Antoni toman el relevo en la empresa, siendo esta, en esa época, un gran fabricante para el sector naval. Más tarde en 1934 ROCA fue pionera en el desarrollo de mangueras de lino de alta presión.



Los talleres de ROCA en diferentes épocas y algunos de sus protagonistas.

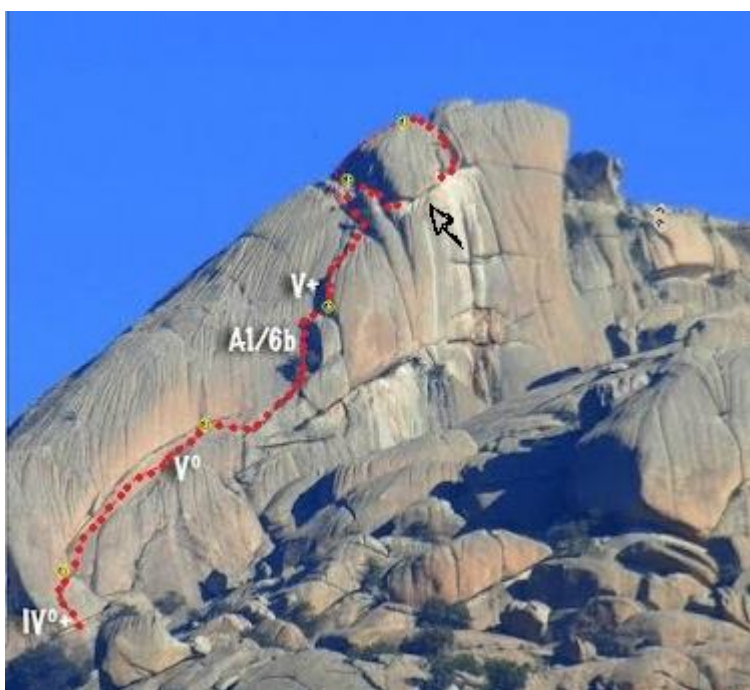
En 1963 el super conocido alpinista José Manuel Anglada presta su cuerda a un amigo, con la mala suerte de que esta se deteriora. Este amigo, ante la imposibilidad de comprar una nueva, busca a alguien que pueda hacer una idéntica. Y es ahí donde aparece Joan Roca hijo y la relación, para el futuro, de esta empresa con el mundo de la escalada. Años más tarde, en 1970 ROCA superó los ensayos como fabricante de cuerdas para ser homologado por la UIAA (Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo), convirtiéndose así en la primera empresa española con esa certificación.

En la década de los 80 empezó a fabricar cintas de poliamida y cuerdas hidrófugas. En 1991 cumplió su centenario convertida en una empresa de prestigio internacional, siendo miles de escaladores de todo el mundo usando sus cuerdas. La empresa gozó de muy buena salud hasta que muchos años más tarde, en 2012 una crisis financiera les hace presentar concurso de acreedores y TECH ROCK (ahora FIXE CLIMBING) compra la empresa evitando la desaparición de la marca. Aunque la fabricación se reanudó en la sede de siempre de ROCA en Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona) más tarde se trasladan a Sant Quirze de Besora, más cercanos a los Pirineos, pero con el mismo espíritu de siempre, con maquinaria más moderna y con una calidad reconocida internacionalmente.



Al joven escalador, con el equipo recién comprado, le faltó tiempo para llamar a un amigo y proponerle ir a escalar el fin de semana a la Pedriza (Madrid). La idea sería descubrir dos zonas nuevas de escalada, que desconocían. Bueno, en realidad, tenían tan poca experiencia, que desconocían casi todas las zonas. La noche del viernes, el joven todavía en su casa y con la excitación de que al día siguiente iría escalar, veló esa noche su equipo nuevo ya metido en la mochila, como Don Quijote veló sus armas antes de hacerse “caballero”.

En principio el joven escalador, con su reluciente material y como voz cantante de la “expedición” con su amigo quería escalar el sábado la vía Félix Barroeta al pico de Peña Sirio, con unos 200 m de longitud y unos cuatro o cinco largos hasta la cumbre. Terminada esa vía dormirían en saco haciendo vivac junto a ese pico y al día siguiente



El croquis de la vía original Félix Barroeta a Peña Sirio en la Pedriza (Madrid).

caminarían hasta el Yelmo, otro pico emblemático de la zona para intentar otra vía.

El periplo desde donde vivían hasta llegar a la zona de escalada, no les permitió llegar muy temprano a la base de la vía. Tuvieron que coger un tren de cercanías hasta la estación de Chamartín de Madrid, de allí caminar un poco hasta el lugar en donde partían los autobuses al pueblo de

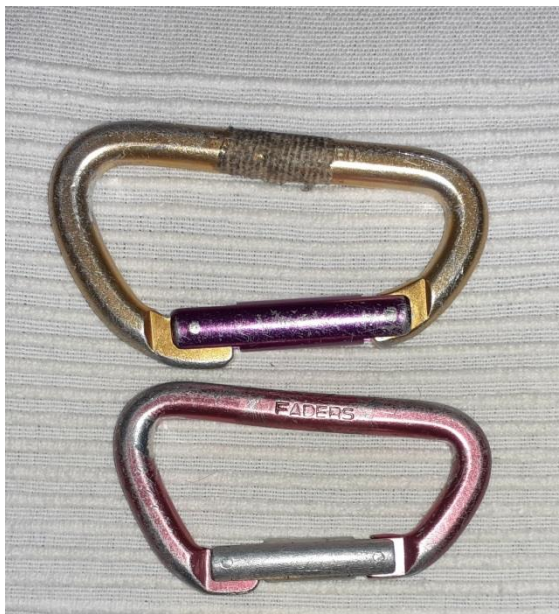
Manzanares el Real, capital de esta zona de escalada. Después de una hora de trayecto en autobús todavía les esperaba otra hora y media caminando hasta la base de la pared con mochila

de fin de semana y el material de escalada a la espalda. Al llegar no pensaron en la hora que era, ni lo que podría llevarles de tiempo escalar la vía. Simplemente se colocaron todo el equipo, la mayoría reluciente, dejaron las mochilas abajo con las cosas no necesarias, como comida, sacos de dormir, etc. Y se pusieron a escalar.

Las cintas expres nuevas que había montado el joven escalador de manera artesanal, es decir, uniendo dos mosquetones con un trozo de cinta que había comprado por metros y que posteriormente el mismo había cerrado atando un nudo, habían sido

confeccionadas con unos peculiares mosquetones, de la marca española FADERS, comprados el mismo día que el resto de su flamante equipo. Eran unos mosquetones que a simple vista se veían más pequeños de lo normal, pero que el vendedor había asegurado que tenían una resistencia prácticamente igual a la de los mosquetones de tamaño estándar, siendo estos más ligeros y ¡más baratos! En realidad, eran unos mosquetones diseñados para escalada deportiva, en donde se utiliza una sola cuerda. En cambio, para escalada clásica de varios largos, en donde normalmente se utilizaban dos cuerdas y a veces, según las situaciones y cuerdas, se pasan dos cuerdas por el mismo mosquetón, quedaban un poco justo de tamaño, pero más o menos cumplían su misión en estas situaciones a costa de “pagar” un poco más de rozamiento de la cuerda por el mosquetón.

La resistencia que se veía estampada en el mosquetón era de 2100 Kg. en su eje longitudinal y de 600 Kg. en su eje transversal. En principio una resistencia aceptable para poder usarlos de forma segura. Estos mosquetones serían usados durante bastantes años por nuestro joven, hasta que empezó a renovar el material mucho tiempo después. Aun así, los siguió utilizando tiempo después como mosquetones auxiliares para llevar cordinos en el arnés, el quitafisureros o cosas similares.

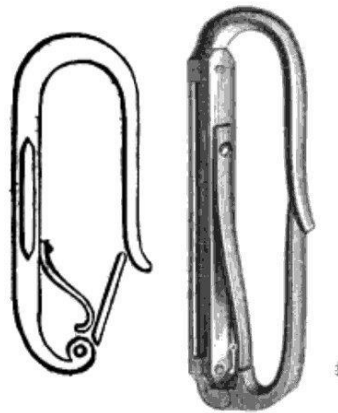


Mosquetón pequeño de FADERS comparado con uno normal y su resistencia: 2100 kg y 600 kg.

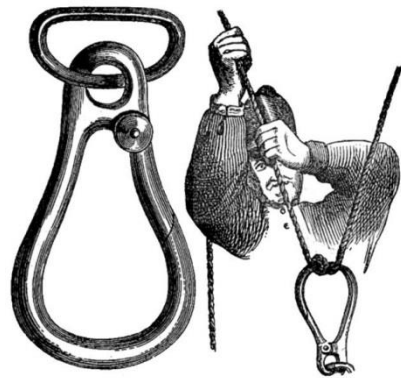
Algunos dispositivos similares a los mosquetones de escalada ya se usaban desde en el siglo XVII, como, por ejemplo, unos ganchos con gatillo para colgar las carabinas, arma de fuego de cañón corto que usaba la caballería, que se debía colgar y descolgar rápidamente en la batalla. De hecho, el nombre original del mosquetón de escalada es *carabiner* en inglés y alemán, en referencia a este uso que acabamos de explicar.



Herrajes de caballería y otras disciplinas que inspiraron los futuros mosquetones de escalada.



Muchas referencias de documentación comentan que a principios del siglo XX los bomberos de Alemania usaban un gran mosquetón, propiamente dicho, para ciertas maniobras de cuerdas y que este puede ser el origen más técnico de los actuales mosquetones. Otras investigaciones designan al conocido escalador alemán Otto Herzog, allá por 1910, como el padre del mosquetón moderno inspirado en el gran mosquetón con forma de calabaza alargada que usaban los bomberos de Alemania de esa época como hemos dicho antes.



Pero investigaciones más en detalle sobre el tema aportan fotos del año 1892 en donde se ven a alpinistas de la época con mosquetones en su equipo. Así que no se sabe a ciencia cierta el origen del uso del mosquetón tal y como lo conocemos hoy.

En aquellos tiempos cuando los escaladores llegaban a una clavija (clavo) de escalada ya instalada o por lo contrario, la colocaban ellos mismos a martillazos. De alguna forma tenían que pasar la cuerda por la anilla de ésta. Sin mosquetones solían usar dos métodos. El primero era utilizar un pequeño cordino para hacer un anillo holgado que pasara por la anilla y rodeara la cuerda del escalador, rematando el cordino con un nudo para cerrarlo y el segundo era el básico y evidente sistema de desencordarse, pasar la

Mosquetón supuestamente utilizado por Otto Herzog en 1920, con un pitón (clavo) de la época. Imagen del Archivo Fotográfico del Museo de la Montaña Messner.

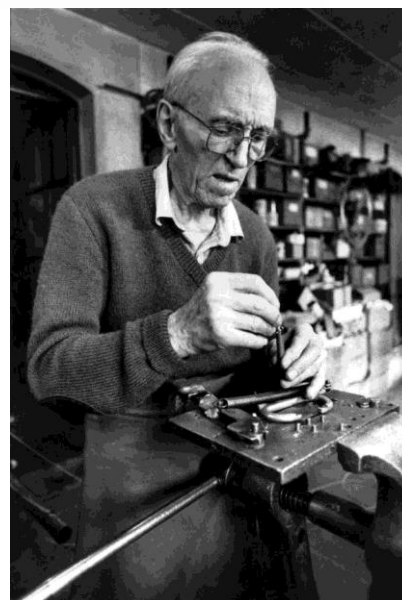


cuerda por la anilla y volverse a encordar. Ambos sistemas eran lentos, precarios, peligrosos y poco prácticos, así que la llegada del mosquetón fue una revolución.

Al principio los mosquetones fueron fabricados de acero, por lo que eran pesados y llevar varios era un lastre significativo a la hora de escalar. Posteriormente en la década de los cuarenta y cincuenta algunos escaladores empiezan a fabricarlos con aleaciones de aluminio, consiguiendo que fueran mucho más ligeros, aunque tuvieron que cambiar un poco su diseño y forma para conseguir resistencias suficientes para ser utilizados con seguridad.



Quizás la figura más conocida de esa época y precursor del mosquetón moderno fue el alpinista francés Pierre Allain. Ya desde 1933 trabajaba para conseguir un mosquetón más ligero, lo consiguió usando duraluminio, una aleación de aluminio y cobre. También se dio cuenta que si en vez de fabricar un mosquetón simétrico, como se hacía normalmente, se diseñaba de manera un poco asimétrica, mejoraría la forma de trabajo de éste, incluso si el gatillo estaba abierto. Posteriormente usó otra aleación de aluminio mezclado con zinc, llamado zicral. Pierre Allain fue un gran inventor e innovador de la época además de un gran alpinista. Fue uno de los padres del boulder, de los descensores, de los pies de gato y de las chaquetas de plumas.



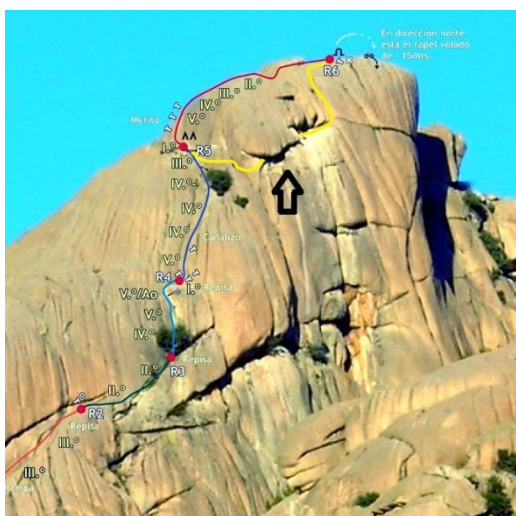
A lo largo de la historia del mosquetón han sido muchas las innovaciones, que han mejorado las características o los posibles usos de éstos. Por ejemplo, el primer mosquetón con seguro de rosca, la aparición del gatillo curvo que facilitó mucho la acción de meter la cuerda dentro del mosquetón con una sola mano, el gatillo de

alambre que además de aligerar el peso, disminuye las autoaperturas que generan las vibraciones u oscilaciones radiales generadas por la cuerda al detener una caída. Otra innovación super ingeniosa es el seguro automático en sus diversas versiones, que con solo meter la cuerda en el mosquetón y soltar el gatillo este queda bloqueado sin posibilidad de abrirse.

Los dos jóvenes escaladores, al tiempo que progresaban en la vía, no se percataban que, en esa época del año, los días ya no eran tan largos y que el sol estaba bajando hacia el horizonte más rápido y temprano de lo que esperaban. Esto, sumado a la lentitud de su escalada, la dificultad en montar reuniones, las numerosas dudas que se les plateaban sobre la ruta y el tiempo infinito en resolverlas por su falta de experiencia, hizo que cuando todavía les quedaba dos largos hasta la cima, la luz fuera descendiendo poco a poco sin ellos percatarse de la situación. Justo en ese momento, tras la penúltima reunión, tenían que acometer un pasaje con el nombre del *paso del espeleólogo*, que no era otra cosa que unos metros de escalada por una especie de pequeño túnel rocoso, al que se accedía por el que llamaban el *paso de decisión*.

Desde la reunión se colocaba un pie en una placa enfrente del escalador, en la que parecía que el pie se iba a escurrir en cuanto se intentara dar el paso, pero por el contrario, justo hacer este paso con decisión hacía que el pie colocado en la placa de enfrente ganara en adherencia y quedara bien asentado en la roca. Este emocionante

paso era el principio del tramo “oculto” tipo cuevita del *paso del espeleólogo*.



El croquis de la vía Felix Barroeta en Peña Sirio. En amarillo la vía original con el paso de espeleólogo, marcado con una flecha, que ya nadie hace.

Al joven escalador, con su reluciente equipo de escalada, le costó mucho acometer el *paso de decisión* y estuvo un largo rato hasta decidirse a hacer este movimiento y quedarse pegado con sus pies al otro lado de la reunión en la placa de adherencia.

Posteriormente, cuando se fue internando en la cuevita, la falta de luz por la hora y la natural oscuridad del paraje hizo que el escalador viera poco allí dentro y solo distinguiera la salida de esta unos pocos metros más arriba. Una vez superado este tramo de escalada, llegó a la última reunión, dándose cuenta, que la poca luz del sol que

quedaba se mezclaba con la de una espléndida luna llena. Vamos, que se les estaba haciendo de noche todavía a un largo de la cumbre.

Un rato después llegó el compañero a la reunión, visiblemente asustado por la falta de luz. Pero nuestro joven, que “lideraba la expedición” y estrenaba equipo, parecía más calmado y pudo terminar el último largo ayudado por la luz de la luna sin demasiados problemas. Ya los dos en la cumbre, a duras penas encontraron la instalación, que hacía las veces de cabecera de rapel volado, que indicaba la guía de escaladas de la zona que había que hacer para bajar allí. Una vez pasadas las cuerdas por la instalación, lanzaron los otros extremos de las cuerdas al vacío, pero no sabían a ciencia cierta donde acababan éstas, ya que la oscuridad nos les permitía ver con claridad el fondo oscuro a donde se dirigían las cuerdas. Se intuía, desde donde estaban ellos, que había bastante cuerda sobrante en el suelo, como a unos 15 metros. Por lo que apostaron por pensar que allí acababa el rapel y tenían cuerda de sobra para bajar sin mayor problema. Así lo hicieron y sin mayores complicaciones y con la ayuda de la luz de la luna llena llegaron al suelo. El problema es que desde ahí hasta el lugar donde habían dejado las mochilas, donde comenzaron la vía, existía un destrepe rocambolesco, que desconocían. Aun a plena luz del día, solía ser bastante laberíntico el recorrido, sin sendero y entre rocas hasta pie de vía, por lo que con la luz de la luna se convirtió en una segunda aventura inesperada para los dos jóvenes. El joven que había realizado toda la vía de segundo, es decir el que no era el flamante propietario del nuevo equipo de escalada, a esas alturas, se encontraba bastante nervioso y afectado por las circunstancias, sin mucha capacidad para pensar en positivo. Más de una hora de vueltas para arriba y para abajo les costó hacer ese recorrido, que en condiciones normales hubieran tardado veinte minutos.

Llegar hasta las mochilas fue una fiesta, allí tenían agua, comida, el saco de dormir y demás complementos. Después de cenar, se acomodaron con los aislantes y los sacos para dormir en vivac. Desde allí podían ver cómo una pequeña tormenta se desarrollaba en la lejanía de las altas cumbres. No parecía que amenazara a los dos jóvenes, dada su lejanía, pero ponía un inquietante ingrediente más al tortuoso día que habían tenido.

Ya en la paz y el calor del saco, siendo aproximadamente medianoche, el joven que había liderado la aventurilla le preguntó a su compañero que a qué hora quería levantarse para que fueran andando hasta el otro pico, al que tenían planeado escalar el domingo. Al joven le faltó tiempo para responder, que lo único que haría al día siguiente sería levantarse, recoger todo y marcharse a su casa y pensar seriamente si esto de la escalada clásica era para él. El joven propietario del nuevo equipo de escalada pensó que no era para tanto, sencillamente se les había hecho tarde. Pero intuyó que tendría que buscar nuevos candidatos en el futuro para sus aventurillas de escalada.

RELATO 11 CAMILLA

Fueron muchas las intervenciones en las que el veterano montañero voluntario de Cruz Roja Montaña tuvo que usar la camilla de rescate en montaña modelo LECCO de la marca KONG, conocida comúnmente como la *camilla percha*. Como siempre pasa con las intervenciones de rescate en montaña, cada una de ellas, es muy diferente de la anterior, con unas características y peculiaridades propias. O porque hay que hacerla de noche, o porque era invierno y hacía mucho frío, o porque la víctima tenía una lesión peculiar, o porque la víctima pesaba mucho y no había forma de llevar la camilla, en fin, cada una es un mundo.

No sabía cuál de ellas contar a unos amigos que se habían interesado por ese tipo de peculiares actividades en la montaña. Sobre todo, les había resultado curioso el nombre de *camilla percha*.

El nombre proviene de que, una vez montada la camilla, no tiene agarraderas para cogerla con las manos como una camilla al uso, sino que una especie de cuernos de aluminio acolchados se colocan en los dos extremos de la camilla y se cuelga de los hombros de los dos rescatadores que la movilizan. Este sistema permite a estas dos personas moverse con más soltura y relativa comodidad en terrenos irregulares. Es decir, la camilla se cuelga como una percha de los



hombros de las personas que realizan el rescate. Además, es una camilla, que retirados los “cuernos” para ser llevada a los hombros, puede ser izada por un cable de acero desde un helicóptero o movida colgada de una cuerda, además de poder hacer con ella otras muchas especiales maniobras necesarias en rescates de montaña.

Empezó contándoles una de las muchas situaciones en las que el veterano voluntario había utilizado este tipo de camilla. Fue un día que atendieron a un ciclista que había tenido una caída grave en una curva de una pista forestal de montaña. El ciclista derrapó en la curva a gran velocidad y las calas de las zapatillas no se salieron del pedal automático y le produjo la rotura abierta de tibia y peroné. El equipo de Cruz Roja accedió a la zona con una ambulancia convencional a través de varios kilómetros de la larga pista forestal llena de muchas irregularidades y baches. Una vez atendido el ciclista, se valoró que movilizarle por tierra con la ambulancia por esa larga pista llena de baches, resaltes e irregularidades podría ser contraproducente para la lesión grave que tenía y que tal vez sacarle de allí por helicóptero sería más indicado. Se informó de esta situación al centro de coordinación de emergencias y mandaron a un helicóptero del grupo de rescate en montaña de bomberos.

Aunque la familia italiana Bonaiti ya en el año 1830 empezó a trabajar el hierro en su gran fragua obteniendo, tras varios procesos “industriales”, clavos, hebillas, cadenas, herramientas agrícolas, etc. No es hasta los años cincuenta que la empresa familiar llamada GIUSEPPE Y HERMANOS BONAITI, empezó a fabricar un mosquetón de acero para alpinismo, asesorados por el alpinista Riccardo Cassin. Este nuevo artilugio fabricado tuvo mucho éxito, por lo que posteriormente tuvieron que ampliar las instalaciones para mejorar la productividad. Fue en 1977 cuando la familia Bonaiti creó la marca KONG y su conocido emblema de la firma en forma oval como si fuera un mosquetón, que había sido el germen de esta gran compañía.

Posteriormente empezaron a fabricar poleas, descensores, y bloqueadores para cuerdas, cascos, arneses, pero sobre todo se especializaron en artículos específicos para el rescate en montaña como camillas.

Con la colaboración de los cuerpos de rescate, KONG diseñó el palo pescante “Stelvio”, un accesorio que permite subir o bajar camillas u otras cargas desde el borde de paredes rocosas sin que la cuerda roce en el borde del precipicio. También el trípode de rescate “Cevedale” y la innovadora camilla “Lecco” que, gracias a la característica única de poder ser desmontada y transportada fácilmente en la espalda, se convierte en una pieza clave en los rescates de montaña. La camilla, de 16 kilos, es un conjunto de piezas ligeras de metal, que se ensamblan de manera rápida, con práctica, en unos tres minutos.



Al llegar el helicóptero a la zona, rápidamente se dio cuenta el piloto de que no podía aterrizar junto al lugar del accidente, ya que la pista forestal y en concreto la curva del accidente estaba en medio del bosque y los árboles impedían cualquier

posibilidad de aterrizaje. Por lo que el piloto decidió apoyarse con un patín en una gran roca en las inmediaciones y así pudieron bajarse los rescatadores y acercarse rápidamente caminando al lugar. Estos rápidamente decidieron que la mejor forma de evacuar a la víctima era montar la camilla percha de KONG, pero sin sus accesorios “cuernos” de transporte en tierra, sino con las cintas para ser izada al helicóptero a través del torno de cable de acero que los helicópteros de rescate suelen tener. Se montó la camilla entre los integrantes del grupo de rescate de bomberos y los miembros de Cruz Roja. Estos últimos lo tenían muy entrenado, no porque la usaran a menudo, sino porque era una práctica que se solía hacer a menudo en los ratos libres de las guardias, incluso a veces cronometrándose para ver quién era capaz de rebajar el tiempo necesario en el montaje de esta camilla.

El pobre ciclista se vio por unos segundos rápidamente izado por el aire hasta que fue metido dentro del helicóptero y trasladado a un helipuerto donde fue transferido a la ambulancia y trasladado a un hospital por carretera.

Otra de las historias que contó el veterano voluntario a sus amigos con relación al uso de esta peculiar camilla con “cuernos”, fue el accidente, en un caluroso verano, de un señor que se fracturó el tobillo en las inmediaciones de las Cascadas del Purgatorio en el valle del Lozoya en el Parque Nacional de Guadarrama. Consiguieron a duras penas, por una pista en mal estado, acercarse con la ambulancia de Cruz Roja hasta un punto en donde era imposible continuar. Desde allí debieron continuar caminando, con la camilla en su mochila especial, el último kilómetro y medio que les separaba del lugar del accidente.

Cuando llegaron allí, vieron al señor tumbado en el suelo acompañado por sus compañeros de ruta. Lo primero que pensó el veterano voluntario, y seguramente alguno más de sus compañeros de Cruz Roja, fue que el señor era enorme y que les iba a costar bastante cargarle por el sendero en la camilla percha hasta llegar a la ambulancia. A primera vista cuando se ve montada la camilla con sus soportes para los hombros de los rescatadores, parece tarea fácil llevar a la víctima. Pero cuando te mueves por senderos irregulares y llevas bastante peso, la cosa no es tan fácil, y cada muy poco tiempo te tienes que relevar. Por esa razón es recomendable llevar cuanto más mano de obra mejor. A veces, como el terreno sea difícil y la persona a cargar pesada, cada cinco minutos, o menos, hay que relevarse. La maniobra debe estar muy



Rescate en la Sierra de Gredos por la guardia civil de montaña.

medida y ensayada, para pasar la camilla de los hombros de un rescatador a los de otro, sin que la persona accidentada caiga al suelo.

Una vez inmovilizado el tobillo y “empaquetado” el señor en la camilla con todas las cintas ajustadas en su cuerpo para que no se moviera mientras se le trasladaba al más puro estilo manual, se fue avanzando despacio por el sendero que, aunque más o menos horizontal, era bastante irregular, por lo que había que prestar atención para no resbalar, ya fuera por la arenilla o las piedras. Se fueron

haciendo diferentes relevos y en cada uno de ellos, se pensaba de manera genérica, pero sin verbalizarlo: ¡madre mía!, lo grande que es este hombre y lo que pesa.

RELATO 12 EL OCHO

El joven *verticalero*, este nombre coloquial de *verticalero* se les suele dar a los trabajadores que trabajan reparado cosas colgados de cuerdas, hacía mucho que no practicaba la actividad de descenso de cañones, pero mantenía un buen recuerdo de cuando estuvo trabajando un verano en la Sierra de Guara como guía-monitor de



descenso de cañones con jóvenes para una empresa que se llamaba Sprotur. Eso fue en el año 1990 y ahora 12 años después, parecía que lo básico de la actividad seguía siendo más o menos lo mismo y el material también. Los compañeros de trabajo organizaron una salida de fin de semana para hacer barrancos por el Pirineo. La típica salida en la que se apuntan cuñados, novias e hijos con ganas de aventura.

El autor en sus años de verticalero en Madrid.

Allí se fueron toda la tropa, al valle de Tena en el Pirineo de Huesca. Estos viajes solían salir baratos, al menos como lo suelen hacer los escaladores, montañeros y otra fauna viajera a espacios de naturaleza. Durmiendo en las camionetas transformadas o a veces al raso, en cualquier sitio, tipo porche de ermita, mirador discreto junto a una carretera secundaria o zona de descanso con mesas y bancos. Muy práctico, en este último caso, para cocinar la cena o desayuno con infernillos portátiles y comida traída de casa. El resto del día como se suele hacer actividad se va tirando, con frutos secos, algún sándwich, fruta o un trozo de queso, pan o chocolate. También, por supuesto, alguna vez se hace un “extra” que suele consistir en tomar alguna ración o bocadillo en algún bar. Pero en general con este estilo de viaje, se ahorra mucho en alojamiento y manutención. Sin muchos lujos, pero disfrutando mucho de las actividades que se realizan durante el día.

El joven verticalero preparó el jueves por la noche en su casa el equipo técnico que creía necesitar durante el fin de semana. Todavía tenía algún equipo específico para descenso de cañones de cuando trabajó como guía en la Sierra de Guara, como el neopreno, que usaba también para hacer snorkel, y un bote estanco mediano, muy práctico para guardar las cosas que imprescindiblemente no se pueden mojar, como por ejemplo, las llaves de los coches. También cogió en el último momento unas gafitas de nadar en piscina y las metió en el bote estanco.

Consideró que, con el arnés, cabo de anclaje, casco, algunos mosquetones con seguro y un descensor de ocho, sería suficiente como equipo personal y que sus compañeros de trabajo, que tenían más experiencia en los últimos tiempos, llevarían las cuerdas y otro material que consideraran necesario.



Rapel se ha considerado una de las actividades básicas, principales y más conocidas del mundo del alpinismo. Básicamente porque cuando se sube a una cumbre, muchas veces no se puede bajar de ahí andando y se deben utilizar las cuerdas para poner de nuevo los pies en terreno horizontal. En los tiempos en que nuestro joven verticalero acometía la aventurilla de bajar cañones con sus compañeros de trabajo, fundamentalmente todo el mundo usaba el descensor de ocho para realizar los rapeles en estas actividades.

De este artilugio se podría escribir un libro entero, desde su origen e invención, para lo que fue diseñado y cómo posteriormente los

escaladores y alpinistas le empezaron también a dar otros usos, las múltiples formas de colocar la cuerda en el dispositivo, las variopintas variedades y mejoras que ha habido de un aparato tan simple, la multitud de trucos para usarlo de manera más eficiente, los posibles accidentes que se pueden generar por querer usarlo para todo, en fin, como digo, da para un libro.

Nadie sabe a ciencia cierta quien inventó el ocho. El famoso libro de Gilles Modica sobre la historia y evolución del material de montaña menciona que fue la marca galesa CLOG quien fabricó el primer ocho hacia 1970. Pero si se busca más información al respecto, existe una página web maravillosa de un tal Gary D. Storrick que se ha dedicado años a estudiar y coleccionar dispositivos de rapel (verticalmuseum.com) y documenta bastante bien que según el hiper



De los primeros ochos en el mercado.
Modelo Fisher de los principios de los 60

conocido y máxima autoridad sobre dispositivos y seguridad en el mundo de la montaña, Pit Schubert, el ocho fue inventado por el Dr. Max Pfrimmer, un médico que trabajó como tal en las tropas de montaña en St. Johann, Tirol, Austria, durante la Segunda Guerra Mundial. Pfrimmer documentó su idea de un dispositivo de descenso en su diario el 1 de octubre de 1943. Al parecer, a finales de la década de 1950 Pfrimmer utilizó su ocho para hacer rapel. Pfrimmer ofreció su idea a la tienda de equipamiento deportivo SCHUSTER en Munich, que comercializó su ocho a principios

de los años 60. Pero aún hay más, según las investigaciones que se pueden leer en esta página web el Famau, una especie de ocho con orejas es anterior, con la patente solicitada en enero de 1941. Por lo que, si nos quedamos con este último dato, el descensor ocho nació hace ya una eternidad.

Desde entonces el ocho ha sido un fiel compañero de aventuras de montaña para todo el mundo y ha tenido múltiples variantes y versiones. Por ejemplo, el descensor Oka X de KONG es una versión moderna y sofisticada de ocho diseñado especialmente para descenso de barrancos. Su utilización requiere un amplio conocimiento de sus posibilidades y una escrupulosa lectura de su libro de instrucciones, dada la multitud de posibles usos del dispositivo.



Have you used this ?

"FISHER DESCENDER"

PRICE — 6/6d.

Once again we have produced a new type of Mountaineering Equipment. These have been specially made for us in this country and tested by Sandbergs—Testing, consulting and inspection engineers. They have been tried out by various Mountain Rescue teams with great success. By sharply clicking the rope in the right hand underneath the anchored rope one can lock the descent and remain in that position without the use of one's hands. It can also be used by the second man as a brake in the event of a falling leader. The leader's rope is played out through the Descender and around the waist, the Descender having been fastened to the waist Loops (Hemp)

- — PRICE — 6/6d.
- — WEIGHT ONLY 1 ozs.
- — TESTED BREAKING STRAIN 6,160lbs.
- — WELDS ARE PASSED UNDER X-RAY
- — NO TWISTING OF ROPE
- — EASY AND QUICK TO USE
- — EASY AND SIMPLE TO LOCK ONE POSITION
- — DOUBLE USE AS A WAIST-BRAKE
- — ONE-THIRD THE SIZE OF ANY OTHER DESCENDER

from

'Mountain Equipment'

GEORGE FISHER, 17, LAKE ROAD, KESWICK

Anuncio en la revista británica Mountain Craft del año 1963.

Toda la tropa expedicionaria de descenso de cañones al Pirineo llegó al valle de Tena el viernes por la noche y durmieron en unos porches de una zona de pic nic. Al día siguiente después del desayuno el numeroso grupo se encaminó a descender el cañón del Gorgol en la cercana localidad de Piedrafita de Jaca. Al final el grupo era de diez personas, con cuñados, hijos, hermanos, novias y esposas de los trabajadores verticaleros.

La imagen de un grupo, con toda la equipación para descender cañones, caminando por las aproximaciones de estos, siempre ha sido una imagen algo esperpéntica y fuera de lugar. La vestimenta con el neopreno, más propio de actividades acuáticas en el mar como submarinismo o snorkel, al verla en un contexto de montaña, parece como si se hubieran despistado de destino geográfico. Añade variedad a la imagen del grupo portando el neopreno, las múltiples formas de llevarlo medio puesto o quitado desde el coche hasta la cabecera del cañón. Como hasta que uno no se zambulle en las aguas del cañón, el susodicho neopreno da mucho calor, se lleva, o medio puesto colgando de cintura para abajo, o echo un nudo con las mangas, o puesto la parte de arriba y colgando las perneras o con las perneras sujetas en la cintura o, si es de dos piezas, con medio neopreno puesto y el resto en la mano, o

haciendo una especie de mochila improvisada con el propio neopreno. Es decir, que existen múltiples formas de llevar el neopreno, pero todas bastantes estrafalarias. Quizás los más profesionales, metido en una mochila acuática, que luego usaran en el descenso. Pero claro, este método más profesional, no deja de ser la imagen de un tipo en bañador, con zapatillas de deporte y calcetines blancos, y una mochila rara que va caminando por medio de un bosque. Es decir, también una imagen que deja mucho que desear.

La cosa es que la imagen de los grupos caminando por la montaña de esta guisa produce cierta apariencia cómica. Todo ello aderezado con el resto de equipo: arneses, cuerdas, mosquetones y muchos ochos de marcas diferentes. Todo este equipo, cada uno se lo cuelga como buenamente puede en algún lugar que te ha dejado el aparatoso neopreno. Vamos un cuadro surrealista de primera calidad.

Así avanzaba nuestro grupo expedicionario en dirección a la cabecera del cañón en una corta, pero bonita, aproximación por el bosque. La imagen esperpéntica del grupo, en este caso, estaba amenizada por la cantidad de bromas, exabruptos y vociferos diversos típicos de un grupo en estado de alegría y jolgorio.

Una vez reconstituida la imagen a correctos “aventureros” con los neoprenos bien enfundados y demás equipamiento colocado correctamente, fueron descendiendo, todavía sin rapeles, por el fantasmagórico cañón. Le vino a la memoria al joven verticalero una imagen del pasado, que, si te ocurre rapelando en una cascada en un cañón, no es plato de buen gusto. Hace años, siendo monitor en un campamento de verano con chavales y haciendo rapel, a una de las niñas participantes se le quedó bloqueado el ocho, es decir la cuerda se desplazó desde el cuello del dispositivo a la parte superior del anillo grande y se hizo un gran nudo de alondra que impidió que el ocho se deslizase por la cuerda, quedando totalmente bloqueado y sin posibilidad de descender. Éste es uno de los problemas comunes que puede acarrear el uso de este aparato. Si ocurre esta eventualidad, en principio no es difícil resolverlo. Si tienes algún sitio donde apoyar los pies en el rapel, le quitas peso al dispositivo y vuelves a colocar la cuerda en su correcto lugar. Pero si el rapel es volado o vertical en una pared lisa, sin poder apoyar los pies en ningún sitio o te está cayendo una cascada de agua, resulta muy difícil o casi imposible recolocar la cuerda en su sitio. Para ello existen algunas técnicas especiales para resolver el problema y otros trucos para evitar que esto ocurra. Pero realmente en un rapel en un cañón, con las paredes húmedas y cayéndote agua encima, puede resultar fatal.

En el caso que le ocurrió al joven verticalero con la niña en el campamento, se pudo solucionar la situación de manera fácil, ya que, previniendo cualquier eventualidad de este tipo, la niña bajaba conectada a otra cuerda auxiliar instalada a un descensor en la cabecera del rapel. De esta manera, el joven verticalero en su condición de monitor y como la niña no pesaba mucho, a poco que tiró un poco hacia arriba de la cuerda

auxiliar le quitó peso del ocho y pudo la niña quitarse el ocho, ya que no acertaba a poner la cuerda de nuevo en su lugar, y fue descendida hasta el suelo con la cuerda auxiliar sin mayores complicaciones. Pero si esto ocurría en el descenso de un cañón, se podía estar en una situación comprometida e incluso mortal.

Se fueron sucediendo los rapeles en el cañón con todo el grupo, sin mayores incidencias. Sin que a nadie se le bloqueara el ocho. En uno de ellos el cuñado de uno de sus compañeros de trabajo al terminar el rapel retiró el ocho de la cuerda y se le escapó de las manos, por lo que fue al fondo del río en una especie de marmita o poza grande en un abrir y cerrar de ojos. Resultaba casi imposible ver el fondo, porque, aunque el agua era cristalina y no había mucha profundidad, la espuma generada por la caída del agua impedía ver nada en ese lugar, al menos superficialmente. La cara de la mayoría de los del grupo fue como que se acababa de perder un ocho que sería imposible recuperar.

El joven verticalero sacó sus gafitas de nadar del bote estanco, se las puso y le dijo al triste propietario del ocho que intentaría encontrarlo buceando, en la medida de sus posibilidades. Allí fue en su busca y apareció a los pocos segundos diciendo que le había parecido verlo. Sin dudarlo se hundió de nuevo en la búsqueda y con bastante esfuerzo por la fuerza del agua, cazó el ocho que estaba en fondo. Apareció victorioso en la superficie, levantando el ocho con la mano y mostrando a todos su trofeo. El dueño con alegría, pero con cara de extrañeza y sorpresa dijo: Ese ocho no es el mío, el mío era rojo.

13 SACO DE DORMIR

Quien no haya pasado una o muchas noches durmiendo en un saco de dormir barato deseando que amaneciera lo antes posible y que acabara la tortura de pasar un frio horrible en una noche larga, es que no ha sido un montañero de verdad. Después de una experiencia de este tipo o varias, porque hay mucho reincidente tacaño en gastar dinero en buen equipo, le falta tiempo, normalmente, para ir a una buena tienda y sin escatimar en gastos, comprar un buen saco de dormir y acabar con esas noches interminables y horribles.

La primera noche que pasó nuestro protagonista en estas heladas condiciones fue un invierno en el refugio Victory de Galayos, en la Sierra de Gredos. Como era muy joven y sin experiencia, al proponerle ir a dormir a un refugio, consideró que, con su saco de campamento de verano comprado en unos grandes almacenes, que ya tenía, sería más que de sobra para pasar la noche con un confort mínimo, qué equivocado estaba. Ese pequeño refugio, en aquellos años, era una nevera en toda regla. Aun colocado entre sus dos compañeros, que tenían unos sacos de plumas buenos, pasó una larga y congeladora noche. Estuvo rezando para que amaneciera lo antes posible y ponerse en marcha. Al parecer, un problema añadido fue que, en esa época incipiente como montañero, tampoco tenía colchoneta aislante, sino que utilizaba un colchón inflable de la playa que, aparte de pesar bastante, no había quien calentara ese aire con el calor del cuerpo, no aislaba nada del frio del suelo y dormías toda la noche en una fina superficie de aire frio. El método era bueno para verano, pero no era muy buen sistema para invierno.



Refugio Victory, Sierra de Gredos. (foto de Fran Pascual, pisandocumbres.com)

Como nuestro protagonista era un reincidente tacaño, o como solía él explicarlo: era un experto en rentabilizar los escasos recursos disponibles con soluciones creativas, todavía pasó alguna que otra noche de frio con esa mierda de saco y cuando las condiciones podían ser extremas, como una noche que durmió al raso encima de la nieve, utilizó la técnica de llevarse su mal saco y el de su hermana, igual de malo, y meter uno dentro de otro. El sistema mejoraba bastante, pero no era como dormir en un saco de plumas.

Por fin un verano que iba a ir a los Alpes con unos amigos y ya que pasaban por Andorra de camino hasta allí, decidió comprarse un buen saco, ya que, en este Principado, eran más baratos. Compró un buen saco de la marca PYRENEX con unos 700 g de plumón de primera calidad.



La empresa francesa PYRENEX empieza a fabricar sacos de dormir en el año 1968, pero esta empresa ya tenía una larga historia relacionada con las plumas y el plumón desde 1859 cuando Abel Crabos, el fundador, empieza a recolectar plumas por mercados y granjas.

Su hijo René se uniría tiempo después a la compañía «ABEL CRABOS & FILS» con sede en Saint-Sever. René fue un famoso jugador de rugby y capitán de la selección francesa. En 1940 la mujer de René confecciona unos chalecos de pluma “solidarios” para proteger del frío a los prisioneros franceses procedentes de Saint-Sever. Los chalecos se enviaron a Alemania a través de la Cruz Roja. La empresa continúa hoy en día confeccionando todo tipo de textiles con plumas como edredones, chaquetas, almohadas y sacos de dormir.

Cuando uno investiga sobre quién fue la primera persona a la que se le ocurrió meterse en un saco para pasar la noche, se encuentra con muchas versiones diferentes.



René Crabos

Se menciona en varios sitios que Robert Louis Stevenson, el autor de *La isla del tesoro*, cuando recorrió los montes Cévennes en 1878, acompañado por la burra Modestine y relatado el periplo en un libro, cuenta cómo confeccionó un saco de dormir más o menos impermeable y forrado de lana de oveja.

En 1861 el alpinista inglés y pionero en los Alpes Francis Fox Tuckett inventó un prototipo de saco de dormir alpino, que estaba formado por material de manta con un tejido cubierto de goma por debajo para aislar del suelo.

A poco que se piense con detenimiento, uno puede llegar a la conclusión de que, en realidad, es muy probable que desde hacía siglos a muchas personas se les ocurriera, con materiales diversos como mantas o pieles, hacer una bolsa grande cosida para poder dormir dentro sin que el calor del cuerpo escapara.

El primer saco de dormir producido en fábrica apareció en 1876 de la mano del empresario galés Pryce-Jones y se llamaba *Euklisia*. Este emprendedor fue, de alguna forma, el inventor también de la venta por correo, como si fuera el antiguo “Amazon” desde su país natal Gales.

El saco Euklisia era una manta de lana que se doblaba por la mitad y se podía cerrar lateralmente y equipada con un cojín de goma inflable cosido a la tela. Tuvo muchísimas ventas de su invento con el ejército ruso y a otros muchos lugares.



Nuestro protagonista gozó durmiendo en su saco nuevo en los Alpes y le acompañó en otras muchas aventurillas por España y en los Andes al verano siguiente.

En el viaje a los Alpes conoció, subiendo en el ascensor de la L'Aiguille du Midi, a un tipo chileno que llevaba una mochila de muchos colores, cada pieza textil de la mochila era de diferente color. Le

preguntó por esa peculiar mochila y este le contó que la había hecho el mismo en su taller. El nombre de este montañero era HUGO CHINCHILLA BUSSINGER, vivía en Madrid y se dedicaba a reparar material textil de montaña y también a fabricar lo que le encargaras. Años después cuando nuestro protagonista quiso rellenar con más plumón el saco PYRENEX que había comprado en Andorra, se acordó de este hombre y consiguió su contacto gracias a que solía dejar un cartelito de publicidad en paneles de clubs de montaña y sitios similares. Le hizo el encargo de rellenar con 300 g más de plumón el saco de dormir y el chileno hizo un trabajo impecable. Años después este maestro de la máquina de coser también le hizo otros encargos, como poner unos puños nuevos a una chaqueta de montaña y arreglar una tienda de campaña.

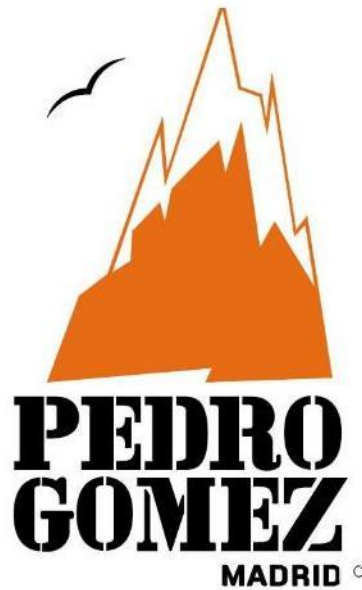
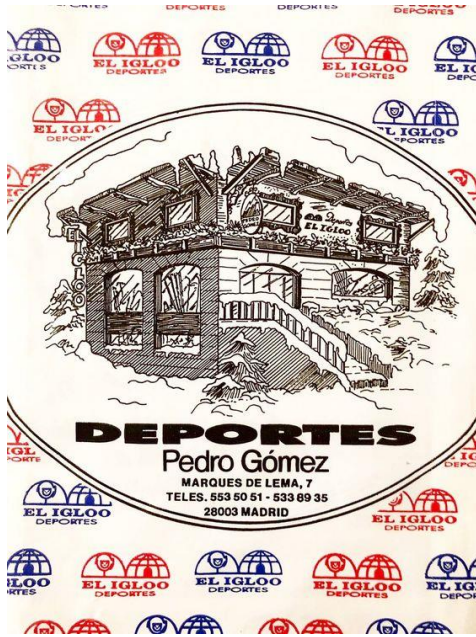
El saco lo quiso mejorar con más plumas, porque fue a una pequeña expedición de montaña a Nepal y en vez de comprar un saco nuevo, mejoró el que ya tenía. El problema es que desde ese momento el saco era demasiado bueno y si no hacía verdadero frío, era una tortura estar dentro por exceso de calor. Por lo que tuvo que buscar uno más ligero para las noches de verano en la montaña.

Encontró lo que buscaba para no sudar como un pollo en las noches menos frías o para los refugios comprando el saco de la marca MILLET modelo Baikal 750. Un modelo con relleno de fibra sintética, diseño en momia y con temperatura de confort de 8 grados. Es decir que por debajo de esa temperatura uno no está confortable durmiendo dentro del saco.



Hablar de fabricantes de sacos de dormir en España, sin ser grandes multinacionales, sino más bien empresas familiares, es hablar de PEDRO GÓMEZ, PLUMAS LAS CRUCES y como peculiar fabricante al por menor de sacos de dormir el escalador JESÚS GÁLVEZ.

PEDRO GÓMEZ cuando era un adolescente, allá por la década de 1940 empieza a trabajar en una camisería y allí aprende el oficio de corte y confección. Después se aficionaría a la montaña y en 1954 fabrica su primer saco de dormir. Los primeros que fabricaba tenían éxito entre sus compañeros de aventura. Empieza a tener más encargos y manufactura también otras prendas para combatir el frío, por ejemplo, chaquetas plumíferos. En 1970 monta una tienda en Madrid con el nombre de El Igloo, que al poco tiempo tiene que ampliar por el éxito de sus ventas.

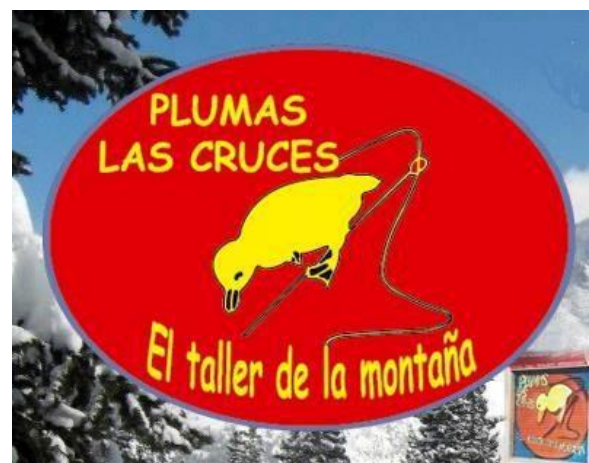


A la izquierda: Antigua publicidad de Pedro Gómez. Centro: Logo actual de Pedro Gómez. Derecha: Pedro Gómez en 2023.

Por allí pasaron los reyes eméritos Juan Carlos y Sofía a comprar, las Koplowitz, la Preysler y presidentes de bancos. Se pusieron super de moda los plumíferos de PEDRO GÓMEZ entre los pijos de Madrid, incluso poco a poco también en otros sectores de la sociedad. Muchas veces cuando los llevabas por las calles de Madrid, te atracaban para quitarte el plumífero. Estaban supercotizados.

En el año 1997 Pedro, con 70 años, medio por jubilación y por circunstancias personales cierra la tienda y la marca en pleno éxito. Ventidos años después, en el 2019, se reabrió la marca con otros dueños y con los consejos de Pedro están vendiendo de nuevo sus famosos plumíferos y muchas cosas más.

PLUMAS LAS CRUCES empieza su aventura en 1994 rellenando sacos de dormir y chaquetas plumíferos para mejorar o recuperar como era el producto original. También realizaban reparaciones de material textil de montaña. Todo ello les llevó a empezar a fabricar sus propios sacos y más tarde a realizar reparaciones más técnicas de todo tipo y adaptaciones personalizadas de sus productos. En el año 2014 firman un acuerdo de colaboración con la marca Inglesa RAB y pasan a ser el servicio oficial de reparaciones de esta marca en España. Dos años después les ocurre lo mismo con GORE-TEX. En 2022, después de empezar también en el sector de la reparación de

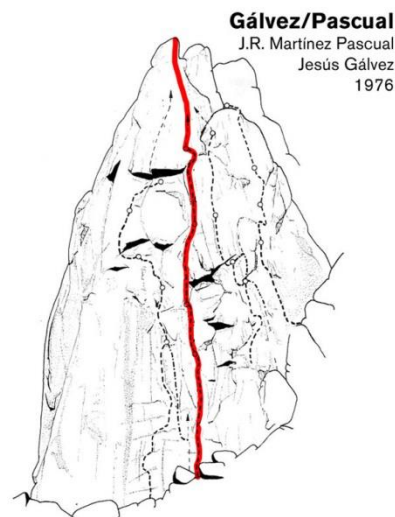


ropa de moto, se les quedan pequeñas las instalaciones y se tienen que mudar a otras más grandes. Allí siguen fabricando sus sacos de dormir de plumas, además de patucos y edredones para campers, y liados también con magníficas reparaciones textiles para que tu saco o plumífero quede como nuevo.

Hablar de JESÚS GÁLVEZ es hablar de historia de la escalada en España. De origen zaragozano se muda a Madrid con cinco años. Con quince años se inicia en el mundo de la escalada y en 1977 con 19 años abre la Gálvez-Pascual (6c) en el Yelmo (La Pedriza) sin pies de gato, todavía con botas



cletas. Abrió varias vías en Ordesa, Montrebei, Terradest, Naranjo de Bulnes, Riglos, Kenia, aparte de un gran historial en Yosemite, apuntándose muchas primeras nacionales. Abre dos vías en El Salto del Ángel de 500m y 900m (Venezuela). Desde 1978, es decir desde que tenía 20 años, fabrica sacos de dormir y otros complementos de pluma de forma autónoma. Gran defensor de aplicar la ética a la forma de abrir vías y la forma de escalar, es un personaje peculiar, underground, alternativo y outsider donde los haya. Todavía sigue vendiendo sus sacos de plumas.



Croquis de otra de las vías abiertas por Gálvez en este caso en el Risco del Pájaro en la Pedriza en 1976.

Nuestro protagonista coincidió con Jesús Gálvez, cuando se sacó el título de profesor de montañismo en la Federación de Montaña en los años 90. Le resultó extraño que una figura de la escalada a nivel nacional se presentara a la especialidad de montañismo y no a la de escalada. Pero, al parecer, por aquellos años sufría unos problemas de espalda que le hacían la vida difícil y no pudo hacer los exámenes de escalada. En esos procesos formativos y de exámenes para obtener la titulación de profesor de montaña en sus diferentes modalidades, nuestro protagonista compartió aula con él y todavía le recuerda de pie al fondo del aula, sin sentarse, porque su espalda no se lo permitía, en un viernes por la tarde. En el momento que el profesor iba a empezar la clase, Jesús Gálvez quiso intervenir y decir algo. Por supuesto todos los demás, profesor incluido, se quedaron en silencio para que su "dios", al que admiraban y respetaban, hablase, y dijo: -Solo decir que los viernes por la tarde no es momento para estar en un aula, los viernes por la tarde son para estar ya en el coche camino de las montañas y pasar allí el fin de semana. Por lo que espero que los profesores valoren que estamos haciendo un esfuerzo al estar aquí reclusos en esta aula a estas horas-.

RELATO 14 CASCO Y PIES DE GATO.

Había una época, los años 80, que escalar con casco, estaba mal visto, lo suyo era ponerse un pañuelo en la cabeza o una cinta para sujetar el pelo largo que solían tener los escaladores de la época. La cosa es que se había pasado de que el casco fuera un elemento de uso normal en la escalada a considerarlo poco glamuroso, un estorbo y ladrón de la “magia” de escalar con lo menos posible. En realidad, la idea era bastante irresponsable desde el punto de vista de la seguridad, pero en los años 80, aunque ya venía la cosa desde los 70, todos los nuevos escaladores empezaron a abandonar la indumentaria clásica y el material de años anteriores. En cambio, las mallas de colores, los pañuelos en el pelo, los friends y las cabelleras largas empezaron a abundar en el sector más hippie de los escaladores.

Nuestro muchacho protagonista de este relato se formó como escalador y montañero entre las dos aguas del tradicionalismo clásico y la emergencia del movimiento de la escalada deportiva, por lo que su estilo, indumentaria y material mezclaba las dos tendencias. También porque él mismo se sentía atraído por las dos corrientes, la del escalador en pantalones bávaros de pana y la del escalador moderno con mallas de colores. Por lo que su aspecto, su filosofía y estilo, a veces tenía un poco de “trastorno” de doble personalidad en un sentido sano y cómico del tema. Por ejemplo, se le podía ver en algunas fotos escalando con un pantalón de chándal viejo ajustado, muy típico de la época y con un casco antiguo de escalada de la marca CASSIN que había heredado del club de montaña del que era socio y que pertenecía a otra generación claramente más antigua, con su



El autor con su casco CASSIN y pantalón de chándal en los años 80.

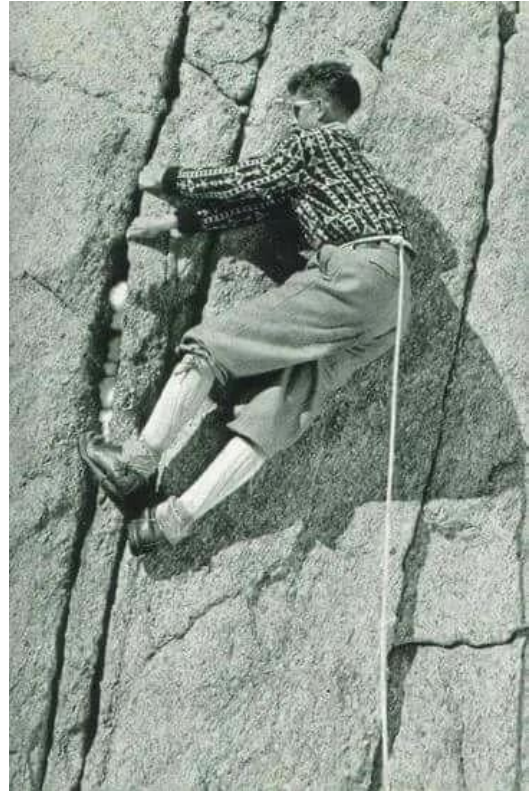


El autor con su casco tipo “champiñon” en los Alpes a principios de los 90.

diseño tipo casco de moto de los años 60.

El muchacho, una mezcla de escalador mediocre, pero con mucha motivación, montañero clásico y alpinista de medio pelo. Se marcharía con unos amigos a Alpes y el de más experiencia, un poco de la antigua escuela, le dijo que tenía que llevar un casco para las ascensiones que tenían previstas. Le pareció poco apropiado llevarse el viejo casco tipo orinal de la marca CASSIN y como no quería comprar uno, se llevó uno de bicicleta tipo champiñón de la época, que era efectivo, pero grande, aparatoso y caluroso al ser corcho blanco, lo que hacía de protección interior y con poca ventilación.

Durante el nacimiento del alpinismo y hasta aproximadamente 1960 los escaladores llevaban la cabeza descubierta o un sombrero o una boina, según las costumbres del lugar o los gustos de los interesados. Se cuenta que Gaston Rébuffat cuando escaló en 1952 la cara norte del Eiger con otros alpinistas franceses llevaba, como protección para las posibles caídas de piedras, un gorro que acolchó con calcetines dentro. Al parecer fue efectivo, porque le tiraron unas piedras escaladores que estaban por encima y su invento evitó un golpe grande en su cabeza. Es curioso que Gaston Rébuffat, conocido por todos como el gran guía francés, divulgador de este deporte con sus numerosos libros y películas, gran pedagogo y defensor del uso del casco, nunca salía en las fotos de sus libros o en sus películas con casco. Una contradicción que nadie se explica y ya demasiado tarde para preguntarle.



IKurt Diemberger y Wolfgang Stefan escalaron la cara norte del Eiger en 1958, famosa por la caída de piedras, con unos nuevos cascos prototipos de montañismo. Las noticias de esta trágica pared solían salir en muchos periódicos de la época. Diemberger cuenta: "La aparición de nuestras fotografías con cascos en varios periódicos activó las ventas. No obtuvimos ningún beneficio, pero es agradable pensar que, gracias a la publicidad dada a este útil accesorio, nuestro ascenso contribuyó a aumentar la seguridad de muchos montañeros".



Kurt Diemberger y Wolfgang Stefan cuando escalaron la cara norte del Eiger.

Ya venía de atrás lo de inventar un casco para escalar. El alpinista de Munich Paul Hübner se asoció con la tienda y fabricante SPORHTHAUS SCHUSTER en la década de los 50 y desarrolló el primer casco de plástico del mundo para uso en la montaña, que llegó al mercado y su producción a gran escala en 1960. Al principio no tuvo muy buena acogida ya que lo veían un cascaron poco favorecedor.

El muchacho protagonista de nuestro relato pudo sentir cierta seguridad debajo de su casco de bicicleta tipo champiñón cuando tuvo que cruzar el famoso paso de La Bolera en su ascensión a la normal del Mont Blanc. Este paso es famoso por la cantidad de piedras, algunas veces grandes, que caen, donde los montañeros se sienten como si fueran bolos en las manos de la lotería de ser alcanzados. Acabado su periplo montaño, decidieron pasar un par de días de turismo en el valle de Chamonix y como hacía mucho calor y sol en esos días, nuestro muchacho se compró algo para que le protegiera del sol en la cabeza. Sus amigos le dijeron que estaba muy “mono” con ello, pero que era un poquito fuera de lugar.

Terminada su estancia en Chamonix se separó de sus amigos y fue, primero en tren y luego haciendo autostop hasta la famosa meca de la escalada deportiva, en ese tiempo, el cañón del Verdón. Allí apareció con poco equipaje, porque había podido darles a sus amigos casi todo el equipo que no necesitaría en este lugar. Eso sí, mantuvo sus pies de gato, su arnés y su curiosa protección de la cabeza para el sol.

El casco de bicicleta tipo champiñón, junto con otro equipo de nieve, se lo entregó a sus amigos, que volvían a España en coche y se lo llevarían hasta su casa. Hubiera sido un sacrilegio haber aparecido con casco en el Verdón. La meca de la escalada deportiva y de la estética de mallas de colores, cinta en el pelo y escaladores hippies más preocupados por la graduación de las vías y por la calidad de la marihuana, que de la seguridad de sus cabezas.

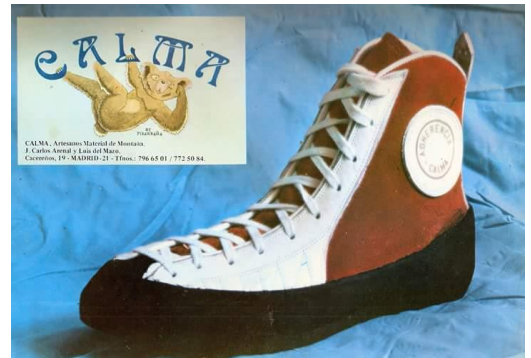
Se instaló nuestro muchacho en el camping más barato, y más cutre, del pueblo de La Palud y allí encontró a algunos amigos de su club de montaña en España y otros escaladores conocidos de ellos. Él estaba un poco fuera de contexto con esta gente, ya que como dijimos antes, él navegaba entre dos aguas. Era un medio escalador mediocre clásico y deportivo al mismo tiempo y además montaño, que venía de intentar subir cumbres de nieve en los Alpes, cosa que para la mayoría de los escaladores que había en el camping era una actividad aburrida, sin interés, cansada y absurda. Pero tuvo la suerte de que en el grupo que encontró allí, que parecían más la tripulación de un barco pirata que alpinistas, había una pareja más madurita de su club de montaña que solía tocar todos los palos de los deportes de montaña y que además llevaba una vida un poco más ordenada que el resto del grupo. Por lo que rápidamente conectó con ellos y estuvo escalando con ellos esos días algunas vías que nuestro muchacho podía acometer en las impresionantes paredes del Verdón acorde a su nivel de escalada que no pasaba del sexto grado inferior. Nuestro muchacho cada mañana se enfundaba sus mallas, una camiseta vieja, sus pies de gato BOREAL modelo Fire, su arnés ROCA y su peculiar protección para el sol en la cabeza que había comprado en Chamonix, y disfrutaba de escaladas preciosas con esta pareja.

Pierre Allain, escalador francés y parte de la historia de fabricantes e inventores de material de montaña, es reconocido como el inventor de los pies de gato modernos. A Pierre Allain en la década de los 30, se le ocurrió pegar una suela de goma lisa a botas de loneta. Este sistema proporcionaba bastante agarre a la roca. A su calzado de escalar lo bautizó PA, sus iniciales de nombre y apellido. Años después sus botas PA estaban siendo utilizadas por escaladores de todo el mundo. Su medio socio y escalador Edouard Bourdonneau introdujo más tarde las botas "EB" en 1950, después de comprar la compañía de Pierre, que tenían suelas de goma más suaves y se hicieron muy populares en las décadas de 60 y 70.



Pies de gato E.B. fabricados por Edouard Bourdonneau

Tras este inicio francés, la historia de los pies de gato se escribe en España con las empresas CALMA y BOREAL. Luis Mazo, fundador de CALMA junto con Carlos Arenal en los inicios de los 80, llevan a cabo la idea original de poner una goma muy particular, de ruedas de aviones, en los pies de gato, copiando a un zapatero que la usaba para recauchutar los de unos escaladores de la época en Madrid. De esa idea nacieron pies de gato de muy buena adherencia en roca y apreciados por un buen número de escaladores.



Por otro lado, el otro fabricante de pies de gato de la época es BOREAL fundada por Jesús García López en Villena (Alicante). En 1979 BOREAL diseñó y produjo un modelo que se convertiría en el conocido pie de gato Firé. Fue llamado así después de haber sido utilizado para abrir una ruta en el Mallo Firé, una espectacular torre de conglomerado de 300m en Riglos, Huesca, España.

En 1980, los hermanos Gallego, escaladores de grandes paredes de la época, usaron estos pies de gato para abrir la primera ruta no estadounidense en El Capitán. La llamaron Mediterráneo. De vuelta de la apertura de la vía, ya en el valle de Yosemite, los hermanos mostraron sus pies de gato a los escaladores de allí. John Bachar probó el Fire sobre el problema de boulder clásico Midnight Lightning y le sorprendió la revolucionaria goma adherente. Posteriormente Bachar, junto con los hermanos Gallego y BOREAL, llevó un cargamento de pies de gato Fire a Yosemite y se vendieron en el primer día de venta. Los gatos de BOREAL tuvieron tanto éxito, que en poco tiempo los mejores escaladores usaban esta marca.

Como la pareja veía que el muchacho, aunque sin mucho grado de escalada, se defendía con cierta seguridad escalando de primero por las vías del Verdon y cumplía bastante bien con lo básico de seguridad en una pared, le propusieron acompañarlos, en su vuelta a España en coche, y pasar a escalar la pared sur de Peña Santa de Castilla en los Picos de Europa antes de llegar a sus destinos de residencia. Al muchacho le pareció una idea fantástica, una vez que supo que la vía que querían hacer no pasaba del quinto superior.



El autor escalando en Peña Santa de Castilla con su sombrero.

Después de un largo viaje en coche, con parada intermedia en Donostia, llegaron con el coche hasta el mismo refugio de Vegabaño, ya que en esos tiempos estaba permitido, y desde allí caminaron con todo el material hasta la base de la pared. La vía elegida fue la sur directa, una escalada alpina de más de 500 metros y de unos ocho o diez largos. Después de dormir en vivac en la base de la pared, se colocaron sus equipos de escalada, la pareja sus cascos de escalada y el muchacho, ante la falta de casco, su peculiar protección para el sol en la cabeza. Las miradas y risas de la pareja al ver al muchacho fueron acompañadas de algunas frases deseándole suerte, ya que lo que llevaba en la cabeza no era lo más apropiado para acometer la escalada que les esperaba.

En un día espléndido que apareció completaron la vía en un horario bastante respetable y descendieron con algunos rapeles por la cara norte. El lector deseara, por fin, saber qué llevaba el muchacho en la cabeza escalando en el Verdón y la sur directa de Peña Santa de Castilla. Pues un sombrero de paja de estilo entre gondolero veneciano y panamá.

RELATO 15 GRIGRI, ID Y RIG

La primera vez que el “Tronco”, vio un asegurador Grigri fue en el rocódromo donde la escuela de montaña hacía actividades de iniciación y promoción de la escalada para colegios. El “Tronco” era escalador, pero hasta ese momento siempre había utilizado un ocho para asegurar o un nudo dinámico montado en un mosquetón de pera con seguro HMS. Ahora empezaba a trabajar algunos días de diario como monitor en estas actividades escolares y la utilización del dispositivo asegurador Grigri de la marca PETZL era toda una revolución, porque facilitaba y mejoraba la seguridad de la actividad frente a como se estaba haciendo hasta ahora, usando ochos u otros dispositivos similares sin bloqueo automático. Incluso se empezó a dejar que los propios chavales aseguran a sus compañeros, siempre bajo la supervisión del monitor.

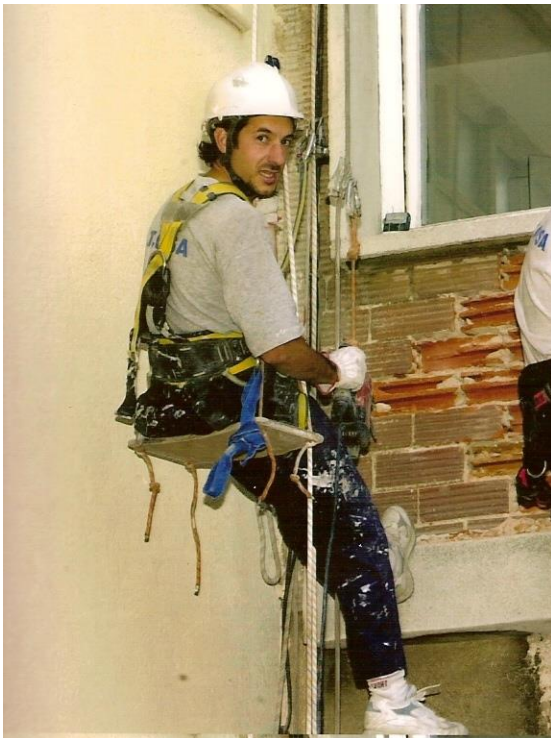


En los años 90 estaban apareciendo muchos dispositivos nuevos para la escalada y el alpinismo, pero el Grigri rápidamente enamoró a los escaladores, por su eficacia en parar una caída. Se empezó incluso a generalizar la idea, equivocada, de que te podía asegurar cualquiera, ya que el aparato hacía casi todo lo importante y la persona aseguradora solo tenía que dar cuerda con un mínimo de sentido común. Tiempo más tarde se vio que la persona aseguradora, aparte de sentido común, también debía tener unos conocimientos apropiados para una utilización correcta del dispositivo que, aunque sencilla, requería cierta práctica y técnica. Había que reconocer que el dispositivo fue toda una revolución.

El Grigri tiene un nombre peculiar, casi de chiste, pero tiene un significado profundo. Es una palabra africana que se introduce en Francia en el siglo XVI derivada del nombre gris gris, que es un amuleto protector que trae buena suerte. El amuleto consiste en una pequeña bolsita hecha de tela o de piel en la que hay una mezcla de hierbas, aceites, piedras, hueso, cabello, uñas y otros elementos. Cuando el dispositivo ya estaba preparado para salir al mercado en 1991 solo faltaba un nombre que ponerle. Surgió en las instalaciones de PETZL (Francia) cuando un miembro del equipo que lo diseñó lo sugirió. Se dieron cuenta de que este era un buen nombre para el dispositivo transcribiéndole exactamente como se pronuncia y no como se escribe.

Nuestro amigo el “Tronco”, con el paso de los años, uso el Grigri correctamente infinidad de veces, pero a pesar de la práctica, una vez cometió el error, todos somos humanos, de poner la cuerda al revés en el dispositivo, a pesar de que los dibujos que aparecen en el aparato dejan bien claro cómo colocar la cuerda correctamente.

Además, el fabricante recomienda siempre, una vez colocada la cuerda, hacerse una revisión entre los dos compañeros implicados, asegurador y escalador, para confirmar que todo está correctamente montado. Aquel día, tuvieron suerte y la equivocada acción no tuvo consecuencias porque el compañero escalador no cayó mientras que hacía una vía de deportiva. Pero si notó el “Tronco” que, al descender a su compañero hasta el suelo una vez que terminó la vía, la cuerda corría más de la cuenta por el dispositivo y el mecanismo de autofrenado del aparato no funcionaba, costándole bastante hacer que su compañero bajara a una velocidad moderada. En realidad, estaba usando el Grigri, al poner la cuerda al revés, como si fuera un ocho u otro dispositivo de aseguramiento que no tuviera autobloqueo. Finalmente, el compañero llegó al suelo sano y salvo.



El autor colgado de cuerdas en esa época profesional de trabajador vertical.

El “Tronco” después de hacer varios intentos de dedicarse profesionalmente al mundo de la montaña sin conseguirlo, optó por la salida profesional que muchos escaladores eligieron, ser un trabajador vertical. En su día, había estudiado formación profesional de electricidad y también conocía más o menos las herramientas y técnicas de la albañilería porque había ayudado a su padre a construir una casa de la familia. Por lo que nada más entregar el curriculum en una empresa donde trabajaba un amigo, le llamaron para empezar.

El ambiente de los trabajadores en estas empresas, en esos tiempos de los años noventa, era una mezcla entre llegar a una comuna hippie, alistarse a la legión y pertenecer a la tripulación de un barco pirata. El personal laboral era un conjunto de personajes peculiares, donde algunos parecían sacados de un comic o de una película surrealista y aderezado todo aquello por mucho fumeteo de porros y jerga barriobajera de la periferia de la ciudad. Aunque el personal, a la hora de rendir, no fuera especialmente eficiente, las obras y trabajos salían adelante y los trabajadores demostraban habilidades muy valiosas a la hora de reparar edificios y otros múltiples trabajos colgados de una cuerda. Y que, por otro lado, nadie tenía el valor de realizarlos, si no fuera por estos perfiles de escaladores, jóvenes, fuertes, decididos y un poco temerarios.

El “Tronco” trabajó en este sector varios años y le fue cogiendo el gusto a los diferentes aparatos y dispositivos que se usaban en las técnicas de ascenso y descenso por cuerdas en la realización de los diferentes trabajos. La mayoría de los dispositivos



eran aparatos y material del mundo de la escalada y de la espeleología, ya que en esos años no existían todavía equipos específicos para estos trabajos verticales. Por ejemplo, un tándem muy común para descender por las cuerdas en los trabajos verticales, en donde se trabajaba normalmente con doble cuerda, una para el descensor y otra de seguridad en caso de que fallara la principal, era el descensor de espeleología de PETZL modelo Stop y el bloqueador también de PETZL modelo Shunt, que todo el mundo

conocía como pico de pato. Además de estos dos dispositivos estrellas, se solían sumar cientos de metros de cuerdas semi-estática, mosquetones de todo tipo y condición, bloqueadores de puño tipo Jumar y de pecho tipo Croll para ascender por las cuerdas y otros muchos aparatejos diversos para poder moverse, con cierta seguridad, por ese universo vertical de fachadas de edificios, chimeneas de centrales térmicas, industrias diversas, antenas raras y otros miles de lugares peculiares, la mayoría de difícil acceso por otros medios o muy caros, en donde las técnicas verticales con cuerdas abarataban y acortaban los plazos de trabajo.



Fernand Petzl era un joven francés que a principios de los años 30 se convirtió en espeleólogo. Como se usaban en esa época aparatos y técnicas muy rudimentarias para esta modalidad, enseguida se animó a inventar nuevos aparatos para él y sus compañeros. Fernand revolucionó el mundo de la espeleología desde el punto de vista de la utilización de nuevas técnicas y equipos y también desde el punto de la exploración, ya que se apuntó varios récords de profundidad en grutas. Siguió mejorando sus dispositivos y equipos de espeleología: descensores, bloqueadores para ascenso por cuerdas, cascos, frontales de iluminación con pilas, etc. En 1968



Fernand Petzl comercializa sus primeros

productos y funda PETZL en 1970 junto con sus hijos. El actual presidente de la empresa, que vende sus equipos en más de cincuenta países, es Paul Petzl el hijo del fundador.

El “Tronco” después de estar unos años trabajando de “verticalero”, que es como se les llama coloquialmente a los trabajadores verticales, fue contratado por una empresa de formación de trabajos en altura y verticales para impartir cursos a trabajadores del sector o de cualquier tipo, que tuvieran que realizar una tarea profesional que acarreará el riesgo de caída en altura. Eso le obligó a especializarse en el conocimiento de muchos dispositivos y aparatos para trabajar en altura, que se usaban tanto en los



trabajos verticales como en otros trabajos en altura, como por ejemplo para trabajar en un tejado o una antena de comunicaciones. Recorría España entera y algunas veces también el extranjero, dando cursos. El sector de los aerogeneradores en ese momento estaba subiendo muchísimo y tenía mucho trabajo impartiendo cursos a decenas de trabajadores del sector, ya fuera a los que se colgaban de cuerdas

para reparar las palas, como a los que accedían por el interior del tubo del aerogenerador hasta el nacelle para montar, reparar o mantener partes de éste. Su trabajo le encantaba y disfrutaba mucho los diferentes lugares donde tenía que dar cursos. Recordaba con especial interés los cursos que dio en el Palau de Les Arts en Valencia a tramoyistas, maquinistas, técnicos de iluminación y otro variopinto personal de este lugar tan singular.

El “Tronco” cada vez disfrutaba más de tocar, aprender, observar y apreciar los dispositivos con los que tenía que trabajar. Le parecían que tenían acabados impecables, mecanismos ingeniosos, colores vistosos y tacto magnetizante, tan pulidos y perfilados. No le importaba si eran mosquetones, descensores o bloqueadores para ascenso por cuerdas. Le fascinaba tocarlos, mirarlos, hasta el caso de que una vez llegó a la oficina del centro de formación donde trabajaba un pedido de diferentes aparatos y el “Tronco” cogió un nuevo mosquetón de la caja, sin estrenar, azulito, flamante, exquisitamente acabado y empezó a frotárselo por el cuerpo, dando, suspiritos de gusto y placer

- Pero ¿qué haces? - Le preguntó la secretaria.

- Es que me pone, me gusta tanto, que no puedo resistirme a frotármelo por el cuerpo. Dijo el “Tronco” a la vez que se partía de la risa, entre gemido y gemido.



Mosquetón “Satisfyer”

Aunque algunos dispositivos, sobre todo en los últimos tiempos, han sido diseñados e inventados expresamente para cumplir su misión específicamente en el ámbito laboral, muchos de los dispositivos que se usan en el mundo profesional de los trabajos en altura, fueron inspirados y desarrollados a partir de aparatos que se inventaron para el



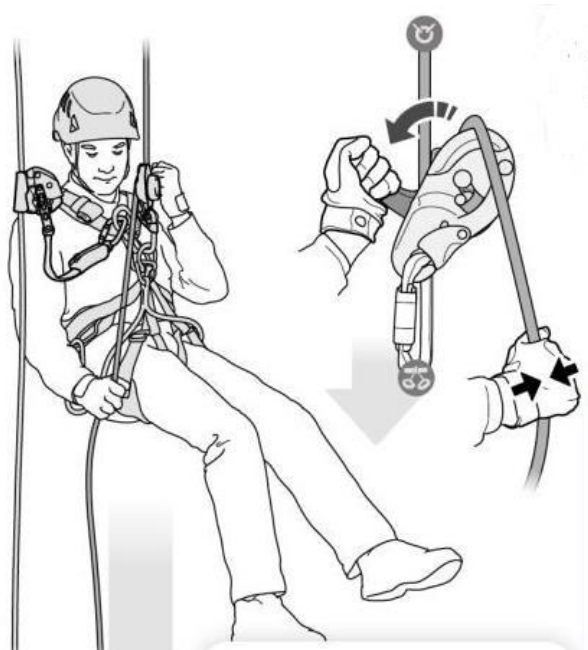
mundo deportivo de la escalada y el alpinismo. Uno de esos aparatos es el ID de PETZL, que inspirado en el asegurador para escalada Grigri, fue adaptado, mejorado y engrandecido, en todos los sentidos, para que fuera un descensor de trabajos verticales acorde con la legislación y normativa vigente. Este aparato salió al mercado en el 2001, diez años después de que los escaladores empezaran a disfrutar del Grigri. En aquellos tiempos la aparición de este aparato generó un poco de escepticismo entre los trabajadores. Primero, por la resistencia al cambio de los trabajadores de ese sector, que se apañaban y llevaban años con el descensor de espeleología Stop de PETZL. Segundo, por su “gran” tamaño, en algunos sitios le llamaban la calabaza y por último por ser un cacharro con algunos detalles técnicos, a los que había que acostumbrarse, como era la palanca antipánico y la leva antierror. Pero poco a poco, como había pasado antes con el Grigri y los escaladores, los trabajadores verticales empezaron a

convencerse de que el cacharro era una herramienta, útil, segura y versátil. Posteriormente se sacaron otras versiones mejoradas de este aparato, que se había convertido en un imprescindible en el mundo de los trabajos en altura. Además, para los que todavía se quejaban de su excesivo tamaño, PETZL sacó al mercado una especie de variante del ID, más pequeño, sin antipánico y solo para uso de personas expertas con el nombre de RIG.

Merece mucho la pena mencionar la historia de los libros de instrucciones de los aparatos que fabricaba PETZL. En el año 1986, Peter Popall, un trabajador alemán de PETZL afincado en Francia y gran colaborador y asesor en temas relacionados con la seguridad de los aparatos en la empresa, propone incluir una ficha técnica con recomendaciones de utilización en cada uno de los dispositivos o equipos que se comercializan.

PETZL había sido llevada a los tribunales dos años antes por parte de un escalador que estaba usando el Shunt (pico de pato) para escalar en solitario un desplome con una cuerda previamente instalada arriba. Este dispositivo no ha sido diseñado para este tipo de maniobras, sino solo para autoasegurarse en los rapeles. El dispositivo no funcionó como el escalador esperaba y este cayó al suelo. La empresa explicó en el juicio que el aparato no estaba diseñado para ser usado de esta manera, pero aun así perdió el juicio. Por lo que incluir un libro de instrucciones o manual explicando claramente cómo usar los equipos y más importante, cómo no usarlos, parecía una muy buena idea. PETZL enseguida se dio cuenta que, para hacer un buen libro de instrucciones habría que añadir

buenos dibujos que aclaren e ilustren las explicaciones, que se querían dar. Una fotografía incluiría, quizás, demasiada información superflua. En cambio, un dibujo esquemático, bueno y sencillo puede resultar más útil. Paul Petzl recurrió al dibujante y diseñador del moderno logotipo de Petzl, Yves Marchad. Los trazos sencillos y claros de este dibujante hacen que las instrucciones sean fáciles de entender. Al principio este dibujante trabajaba manualmente con Rotring y, a veces, se pasaba noches sin dormir para acabar sus ilustraciones. Posteriormente, con la



llegada del diseño asistido por ordenador la cosa se hizo más llevadera. Los dibujos de este profesional son tan buenos, que algunos libros técnicos, artículos y manuales de montaña usan directamente sus ilustraciones para explicar maniobras o técnicas específicas de escalada, alpinismo, espeleología, trabajos en altura o rescate. El trabajo de Yves Marchand es verdaderamente una obra de arte.

El “Tronco”, siendo todavía formador de trabajos en altura y verticales, realizó un viaje con su pareja por los Alpes Franceses, en concreto por la zona de los Ecrins. Les pareció interesante visitar el mítico puerto de montaña de Alpe d'Huez, que no está lejos. Y como culminación de aquel viaje, desde allí, “Tronco” quería visitar, a poco más de una hora en coche, las instalaciones y central de la compañía PETZL en el pueblo de Crolles en el valle de Isère, no lejos de Grenoble. Allí fueron, sin mucho convencimiento por parte de la pareja del “Tronco”. Realmente lo que les esperaba era visitar desde fuera la fábrica, rocódromo y oficinas de esta empresa en un polígono industrial sin mayor interés. Es verdad que el paisaje de ese valle es bastante bonito, con su impresionante pico Dent de Crolles pero poco más. Visitaron las instalaciones, básicamente desde fuera, y apenas pudieron entrar al hall- recepción de las oficinas. El “Tronco” miraba todo con ojos de admiración, como si estuviera viendo la catedral de Notre Dame, le hacía muchísima ilusión estar allí, aunque no viera gran cosa.



El autor junto a su marca preferida en una tienda de material de montaña.

De ahí salían esos dispositivos tan alucinantes que le gustaba frotarse por el cuerpo y admirar como si fueran diamantes o tesoros de incalculable valor. Se hizo varias fotografías en la entrada junto a los logotipos de la empresa e intentaba disimular la pequeña frustración de no poder entrar en las instalaciones. El “Tronco” le propuso a su pareja, que tal vez podrían quedarse en un hotel que estaba en el mismo polígono industrial, no lejos de las instalaciones de PETZL y a buen precio. Pero, como era de esperar, su pareja se negó en redondo y le dijo que era mucho más interesante ir hasta Grenoble, alojarse allí y visitar la ciudad en vez de pasear por las aceras desiertas de un polígono industrial, por mucho que una de las compañías fabricantes de material de montaña preferidas de él estuviera ahí. En fin -pensó el “Tronco”- fue bonito mientras duró.

16 TIENDA DE CAMPAÑA

Eran tiempos de renovación en la federación autonómica de montañismo después de una época más o menos oscura tras su fundación en 1982. Ahora, en los 90, eran otros tiempos y se quería renovar personas, local y logotipo. Salió una convocatoria de concurso para que todas las personas interesadas, fueran o no montañeras, presentaran sus proyectos de un nuevo logotipo. Por esa época al “Creativo”, un joven escalador de medio pelo con mucho tiempo libre y pocas perspectivas laborales le pareció una buena idea participar con alguna propuesta. No se le daba mal el dibujo y el diseño y en esos tiempos, cuando todavía se hacía todo a base de lapicero, Rotring y rotuladores de colores, se podía presentar algo digno, aunque no fueras un profesional. El premio al ganador del concurso era un jugoso cheque para gastar en una tienda de material de montaña.



Así que nuestro escalador “Creativo” se puso manos a la obra e inspirándose en la silueta del pico más alto de la comunidad autónoma y en la laguna que hay a sus pies, hizo un diseño sencillo y moderno adornado con un trazo gordo rojo en lo que sería el cielo, como si fuera una nube y las estrellas de la bandera de la comunidad autónoma en su interior. Lo presentó y parece que gustó, ya que a los pocos días le llamaron para informarle de que había sido el ganador.

En los siguientes años, su dibujo sería el nuevo logotipo e imagen de una federación que ya nunca sería la misma, más moderna y renovada y no tan rancia como en años anteriores. Le faltó tiempo para ir a la tienda de montaña y gastar el cheque. Se compró una de las mejores tiendas de campaña que había en el mercado. Una VAUDE modelo Space Explorer.



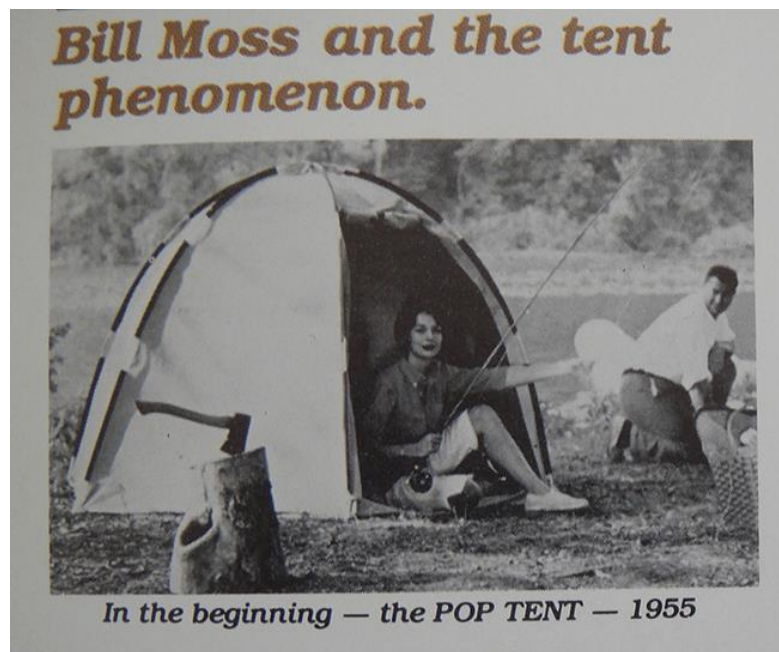
En el año 1974 se funda la empresa familiar alemana VAUDE junto al lago Constanza. Su fundador fue Albrecht von Dewitz, y su hija, es la actual directora general. VAUDE lanzó al mercado en 1983 la tienda Space, la primera tienda de cúpula (iglú) de doble pared que, gracias a sus innovadores canales de armado, podía montarse muy rápidamente. Su hermana mayor, el modelo Space Explorer, era una verdadera tienda de alta montaña. VAUDE siempre ha sido una empresa muy comprometida con el medio ambiente y en 2024 fue galardonada como la empresa textil más sostenible de Alemania.



Casi nada que decir nuevo al lector sobre el origen e historia de la tienda de campaña. Muchas civilizaciones desde la antigüedad la utilizaron. Los nativos de Norteamérica (Tipis), los romanos en sus campañas militares, las tiendas de los bereberes y árabes (jaimas), muchos ejércitos las han usado a lo largo de la historia y la yurta de Mongolia es francamente sofisticada. En España es a partir de 1960 cuando emerge el boom del campismo, sobre todo con tiendas de estilo canadiense (a dos aguas) y también las familiares, más grandes, aunque ya en otros países, se fabricaban y usaban las tiendas iglú.

En 1955, el americano Bill Moss diseñó la legendaria Pop Tent, un iglú de algodón y barras fijas de fibra de vidrio.

Bill Moss nació en 1923 en Detroit (EE.UU.) y estudió arte en la Universidad de Michigan. En 1960 fundó su propia firma de diseño y en 1975 él y su mujer Marilyn Moss cofundaron MOSS TENT WORKS en el estado de Maine, para diseñar y producir tiendas de campaña, productos de jardín y playa, y marquesinas de tela. Bill



dejó la empresa en 1983 y posteriormente trabajó como pintor y diseñador en Arizona hasta su muerte en 1994 a la edad de 72 años.

La primera tienda iglú creada con nylon y una estructura moderna plegable, fue comercializada por JANSPORT alrededor de 1971.

La tienda de campaña VAUDE del escalador “Creativo” viajó con él a muchos sitios de montaña en España y siempre tuvo un rendimiento fantástico, incluso las veces que llovía muchísimo.

Una vez, nuestro “Creativo” fue a Sierra Nevada (Granada) con dos amigas para acampar en las laderas del Mulhacén siguiendo la vereda de la estrella. Montaron la tienda y después de cenar se fueron a los sacos. La tienda Espace Explorer de VAUDE tiene un pequeño ábside que se crea con la prolongación del doble techo, en el que dejaron las botas, un pequeño infiernillo, una de las mochilas y una bolsa de comida y otra pequeña con restos de basura.

Hacia la una de la mañana se oyó como un animal intentaba acceder al ábside, por lo que el “Creativo” abrió rápidamente el interior de la tienda para asomar la cabeza al ábside y vio claramente como un zorrillo alcanzaba con su boca, por debajo del doble techo, la pequeña bolsa de basura y salía corriendo con ella. El “Creativo” se puso las botas y salió para intentar recuperarla, pero el zorro ya se había encargado de romperla y esparcir parte de su contenido alrededor de la tienda. Recogió lo que pudo en otra bolsa, en la oscuridad de la noche y con la linterna frontal alumbro en la lejanía por si veía algo más. Allí estaba el “cabroncete” del zorro a no más de veinte metros, esperando, para hacer más de las suyas.

El “Creativo” volvió a la tienda y puso piedras grandes alrededor de los faldones del ábside, para que el zorro no pudiera acceder a donde tenían las cosas, se metió en la tienda, cerró la cremallera y se metió de nuevo en el saco. A los pocos minutos, allí estaba de nuevo el zorro, intentando mover las piedras y haciendo un ruido de la leche, que no les permitía dormir. A los pocos segundos, los tres de la tienda, oyeron el crepitar de la bolsa de plástico que estaba dentro del ábside. ¿Cómo podía ser? Si las piedras impedían al zorro acceder dentro del ábside.



El “Creativo” abrió de nuevo la cremallera y vio como la pata del zorro se metía entre dos de las piedras y tocaba la bolsa de plástico de la comida. Pero qué osado era este zorro. De nuevo salió el “Creativo” al ábside y metió dentro de la tienda la bolsa de la comida y la dejó en una esquina junto a la almohada donde reposaba la cabeza de una de sus amigas. De esta manera el zorro se quedaba sin oportunidad de acceder a la bolsa.

A los pocos minutos se oía de nuevo al zorro merodear alrededor de la tienda y sin mayores preámbulos se metió un poco por debajo del faldón del doble techo y con las uñas de sus patas delanteras intentaba romper la tela de la tienda de campaña exactamente en el esquinazo que habían dejado la bolsa de la comida. Tanto fue así, que acabó rompiendo un poco la tela y se le tuvo que dar un golpe a través de la tela de la tienda para que abandonara su intento.

El “Creativo”, ya desesperado, salió de nuevo de la tienda, puso piedras todo alrededor del faldón del doble techo y colocó la bolsa de comida dentro de su saco de dormir. Aunque el zorro siguió merodeando junto a la tienda, al poco rato no se le escuchó más, quizás convencido de que parecía imposible acceder a la comida. Por fin, esa noche, ya a las dos de la mañana el “Creativo” durmió tranquilo junto a un fuet, una bolsa de pan, algo de jamón serrano, varias barritas energéticas y un paquete de galletas. ¡Cabrón de zorro!

17 RELATO ASEGURADORES DE ESCALADA

La mañana era un poco fría a primera hora del día, pero la previsión decía que a media mañana las temperaturas subirían y la sensación térmica se iba a quedar perfecta para escalar en las paredes de granito de la zona. El “Cuidadoso” y su hermano tenían en mente escalar una vía sencilla en Cancho Largo o como lo llamaban algunos, El Pajarito de la Cabrera.



El “Cuidadoso” intentaba, siempre que escalaba, hacer todo según marcaban los manuales de escalada, los procedimientos de seguridad y los libros de instrucciones de los fabricantes. Era raro ver que el “Cuidadoso” dejara un mosquetón de seguro sin cerrar y le gustaba chequear y ser chequeado constantemente no sea que tuvieran un despiste y cometieran un error y tuvieran un accidente. El “Cuidadoso” también era un poco sentimental y daba valor a esas cosas pequeñas, pero que tenían sentido para él. Algunas veces, cuando escalaba, se ponía un pañuelito en el cuello que hacía años le había dado su madre cuando, siendo muy joven, fue a una expedición de montaña a los Andes y que aún conservaba. El pañuelito era bastante feo, estampado, muy de señora, pero con valor sentimental. Con él anudado al cuello tenía un poco el aire de los escaladores hippies de los setenta y eso le gustaba.

Disfrutaban el “Cuidadoso” y su hermano, de una escalada en roca franca de granito, de no demasiada dificultad, en un día espléndido. El “Cuidadoso” hacía ya un tiempo que venía usando para asegurar y para rapelar un nuevo dispositivo salido al mercado que había comprado y que al parecer mejoraba en seguridad estas maniobras. El dispositivo era el ATC Guide de la marca BLACK DIAMOND. Por supuesto había leído en

su momento el libro de instrucciones de este aparato y con la práctica que había tenido los meses anteriores, lo utilizaba con bastante soltura.



El asegurador y rapelador ATC Guide es un dispositivo catalogado como de los aseguradores tubulares evolucionados, es decir una mejora de los tubos (cestas) y placas tipo Sticht para asegurar. Tiene una frenada asistida, pero dinámica y diferentes posiciones que permite asegurar a un primero, a segundos y rapelar en dos posibles velocidades. Al parecer, el nombre con el que bautizaron a este dispositivo es una pequeña “broma” del fabricante BLACK DIAMOND al llamarlo ATC (Air Traffic Controller) controlador de tráfico aéreo, en español.

El nacimiento de la empresa americana BLACK DIAMOND está ligada íntimamente a la historia del americano Yvon Chouinard, el dueño de la actual PATAGONIA. En el año 1989 Yvon estaba un poco cansado de pleitos y problemas por varias demandas sin fundamento que le hicieron a su compañía de fabricación de material para escalada CHOUINARD EQUIPMENT. Por ello decidió abandonar la fabricación de material de escalada y centrarse solo en la ropa y vender la parte del negocio de la fabricación de los equipos de escalada a sus empleados.

Peter Metcalf, Maria Cranor y otros empleados de CHOUINARD EQUIPMENT tomaron el control de esa parte de la empresa, cambiaron el nombre a BLACK DIAMOND y se mudaron a Salt Lake City en el estado de Utah, junto a las montañas Wasatch.



Black Diamond®

Peter Metcalf y Maria Cranor fueron los impulsores de esta “nueva” empresa. Se dice que Peter era más el cuerpo de la empresa y María el alma, una mujer con mucha fuerza interior que entró en el mundo de la escalada en roca en 1974 y fue una inspiración para el pequeño grupo de mujeres que había en esa época en la escalada. Lynn Hill decía en un artículo: “María estaba en Big Rock, en el sur de California, el primer día que fui a escalar con mis hermanas mayores. Recuerdo su sonrisa luminosa y su cálido entusiasmo cuando me vio liderando mi primera escalada a la edad de 14 años. María era una de las pocas escaladoras fuertes de aquella época y se enorgullecía de escalar con el mejor estilo posible”.

“A María le encantaba la escalada, hasta el punto de aceptar un trabajo muy por debajo de su nivel intelectual por trabajar en CHOUINARD EQUIPMENT en 1984”. Decía uno de sus antiguos compañeros de trabajo.

Dentro de la empresa BLACK DIAMOND, era como una madre y ayudaba mucho a los empleados nuevos, convirtiéndose para muchos de ellos en una persona muy influyente en sus vidas.

Cuando tuvo poco más de cincuenta años y pensaba que ya no estaba para grandes escaladas y que había hecho todo lo que podía como directiva de BLACK DIAMOND, le pegó una vuelta



increíble a su vida. Se dedicó a estudiar física y llegó a ser profesora de la Universidad de Utah. María Cranor falleció en 2022 a los 76 años.

Terminada la escalada después de casi cuatro largos, llegaron a la cumbre y un poco por debajo de ésta, se monta un solo rapel que te deja, como por la parte de atrás de la pared, de nuevo en el suelo. El “Cuidadoso” preparó escrupulosamente el rapel y se dispuso a bajar él primero. Siguiendo las recomendaciones de seguridad a la hora de bajar en rapel, el dispositivo de descenso ATC Guide no lo conectó directamente al arnés, sino que para dar más seguridad al rapel que se disponía a realizar, lo conectó a través de una cinta de unos treinta centímetros que previamente había colocado en su anilla ventral del arnés. De esta forma el descensor le quedaba un poco más alto, como a la altura del pecho y la anilla ventral del arnés quedaba más despejada para unir a la cuerda que baja del dispositivo de descenso ATC un nudo marchard con un mosquetón a la anilla ventral. Con esto se conseguía, que en caso de que el escalador soltara la cuerda del rapel, el descenso se bloquearía y el escalador no caería a plomo hasta el suelo. Era ésta una maniobra que el “Cuidadoso” conocía perfectamente y había usado muchas veces.

Una vez que estuvo preparado para bajar, revisó todo y se hizo revisar por su hermano, y empezó a bajar con cuidado y despacio. Cuando ya había bajado algunos metros, la pared hacía un escalón, por lo que superado éste, ya no se veía dónde estaba anclada la cuerda en la parte de arriba y perdió de vista a su hermano, que esperaba su turno para bajar. El “Cuidadoso” siguió bajando despacio y giró un poco la cabeza mirando hacia un lado para disfrutar del paisaje y el entorno vertical que le brindaba el descenso. En ese preciso momento una puntita del pañuelo que llevaba atado al cuello entró en el dispositivo ATC y al pasar la cuerda hacia dentro del aparato fue absorbiendo progresivamente el pañuelo hacia dentro. Esta situación era muy peligrosa, ya que si en ese mismo instante no se para el descenso y se corta el elemento que ha entrado en el aparato, sea un pañuelo, la camiseta o el pelo del escalador, las consecuencias pueden ser muy graves. Aparte de quedar bloqueado en el descenso en todos los casos, en el caso del pelo, te suele arrancar el cuero cabelludo

y en el caso del pañuelo, puedes quedar estrangulado porque el efecto final, si es que entra en su totalidad el pañuelo dentro del aparato, es como si quedaras ahorcado por tu propio peso colgando de la cuerda del rapel.

El “Cuidadoso” al notar levemente el primer tirón del pañuelo en el cuello, giró rápidamente la cabeza para mirar el dispositivo que se estaba tragando el pañuelo y paró inmediatamente el descenso, teniendo ya cierta tensión en el cuello, que le estaba empezando a ahogar. Con la mano izquierda, que le quedaba libre, empezó a tirar con todas sus fuerzas del pañuelo para intentar desgarrarlo y que se liberara su cuello de tan peligrosa y traumática situación. Aunque llevaba un pequeña navajita en el arnés para cualquier situación imprevista en la que pudiera ser útil, su instinto de supervivencia y la obsesión por actuar rápido, no le permitió ni siquiera valorar esa opción. Por lo que continuó tirando del pañuelo con todas sus fuerzas y al tercer intento consiguió rasgarlo y quitar la tensión en su cuello. Intentó tranquilizarse durante unos segundos, después, casi lo que más le molestó en ese momento, fue haber cometido ese error, del que tantas veces había oído hablar y del que muchos fabricantes avisan en sus libros de instrucciones. Hasta los “cuidadosos” son humanos y pueden cometer errores en los momentos y formas menos esperadas.



El autor (derecha) y su hermano ese mismo día al terminar la vía.

18 RELATO BOTAS

Una pesadilla recurrente en los sueños de cualquier montañero es la de ver cómo la suela de su bota de montaña se desintegra, se deshace o se agrieta y se rompe en varios trozos en un abrir y cerrar de ojos, sin aviso y a una velocidad asombrosa. Te puedes quedar sin suela en escasos segundos y al mover y tocar la suela con intento de entender que está pasando, lo único que uno consigue es desprender más trozos de la suela de la bota y terminar de quedarte sin suela. Esta mala experiencia si te ocurre en un calzado en la ciudad, en tu casa o en el coche, no tiene consecuencias muy graves, más allá de quedarte sin calzado, pero si te ocurre en un lugar a todavía cinco horas de caminata hasta el coche o en el primer día de treking de una actividad de varias jornadas, las consecuencias pueden ser dramáticas.

Esto es lo que le había pasado al “Indeciso” en el refugio de Arrémoulit en los Pirineos franceses, justo al llegar e instalar la tienda de campaña donde él y un amigo dormirían a la espera de subir al pico Pallas al día siguiente. El refugio estaba a unas cuatro horas desde el coche, por lo que la eventualidad de quedarse sin botas para la vuelta era un problema, además de tener que renunciar a la ascensión del día siguiente.

Era una situación muy triste, porque después de hacer 500 kilómetros desde Madrid en coche y subir hasta el refugio cargando con todo en las mochilas para el fin de semana y poder hacer la ascensión de un bonito 3.000, ahora todo se tornaba bastante gris. Pero a veces la casualidad le sonríe a uno. El amigo que acompañaba al “Indeciso” en la aventurilla, en el último momento, había echado en la mochila unas zapatillas ligeras de montaña para estar más cómodo en el refugio y poder quitarse las botas. Aunque su amigo calzaba dos números más, el “indeciso” se probó las botas de su amigo y también las zapatillas ligeras y parecía que las botas



con dos pares de calcetines podían ser una posibilidad para al día siguiente hacer la ascensión y lo más importante, volver al coche desde el refugio. Pero esto implicaba que su amigo tenía que hacer toda esta actividad con unas zapatillas poco apropiadas para una ascensión bastante montañera, pero como no quedaba otra opción, esto fue lo que hicieron y así salieron del apuro.

El “Indeciso” nunca supo a ciencia cierta qué había pasado con las suelas de sus botas, por qué se habían desintegrado. Tiempo después leyó algo sobre que el proceso químico de hidrólisis en el poliuretano de algunas suelas de calzado genera este problema, más común de lo deseado. La cosa es que el “Indeciso” se tenía que comprar unas nuevas botas de montaña y eso siempre era para él era un proceso largo, laborioso, cansado y algunas veces estresante, al no estar nunca seguro de qué marca y modelo comprar. Por lo que iba a empezar ese peregrinaje por tiendas de montaña a la búsqueda de sus futuras botas.

El “indeciso” siempre decía que él tenía un pie estrecho, por lo que le iban mejor las hormas de bota de mujer. En realidad, era un dato fundamentado en nada, quizás era más una sensación. Ya había tenido algunas botas y zapatos de montaña de modelo femenino, buscando que se adaptara mejor a su pie, a pesar de la insistencia del vendedor de turno por hacerle ver que no era una buena decisión, estúpidamente, más por el color del calzado que por otros motivos más técnicos.

Mientras caminaba a la primera tienda en la que buscaría sus nuevas botas, intentó hacer memoria sobre cuales habían sido sus primeras botas de salir al monte. Le venía a la memoria que realmente las primeras botas que podían llamarse “de montaña” o al menos algo que se le pareciera que se calzó, fue aquel legendario modelo de bota antiguo de CHIRUCA que nada tiene que ver con las modernas y técnicas botas de la marca actualmente. Era una bota super sencilla de tela con suela de goma que había nacido de la mano de la familia catalana Fontfreda hacía ya más de ochenta años. En realidad, al “Indeciso” le hubiera gustado tener en esa época, que eran los ochenta, una bota más de montaña de verdad que por aquel entonces eran las *Cletas* o las KAMET modelo Sexto Grado. Pero como eran las CHIRUCAS antiguas las que tenía, se conformó e hizo la bromita de, con un rotulador gordo dibujar en los laterales de sus sencillas botas el símbolo y nombre de las botas KAMET Sexto Grado.

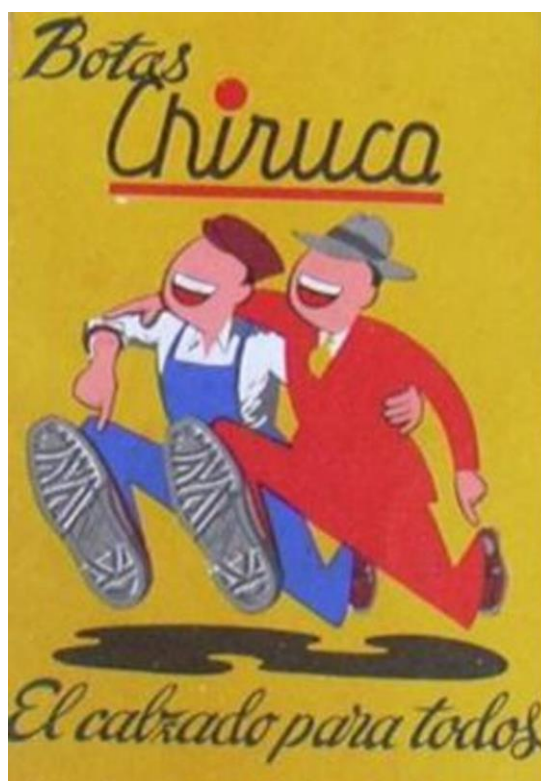


La empresa CHIRUCA se puede decir que nació en la comarca gerundense de la Garrotxa, junto al Pirineo catalán. En 1914 Esteban Fontfreda, perteneciente a una familia burguesa dedicada a la industria textil y que había estado estudiando en Alemania como ingeniero, fabrica un calzado imitando a los que traían los refugiados franceses que cruzan los Pirineos huyendo de la Primera Guerra Mundial.

Es posible que alguna familia francesa refugiada, del sector del calzado, compartiera sus conocimientos con Fontfreda y le permitiera a éste hacer un prototipo más adelante de

bota de suela de goma, lo que era una revolución para la época en España. La bota tuvo muy buena acogida y media España se las calzó, Agricultores, jornaleros, ganaderos e incluso el ejército.

En los años cuarenta, como la bota y la empresa no tenían nombre, se la bautiza con CHIRUCA, en honor a la esposa de Esteban Fontfreda que se llamaba Mercedes y este nombre es el diminutivo en gallego. En esos años Joan y Lluís Fontfreda, los dos hijos de Esteban, se hacen cargo del negocio. A mediados de los cuarenta, la factoría había vendido 700.000 pares, y alcanzó la cifra de tres millones en 1949. De hecho, según estudios de la época, el 80% de los españoles había calzado ya al menos un par de estas botas.



En los años sesenta la bota CHIRUCA se convierte en un emblemático calzado de la sociedad española contraria al régimen franquista, el movimiento estudiantil y obrero y llevarlas es un símbolo de rebeldía. Pero curiosamente, también Franco las usaba para ir de caza... ironías de la vida.

En los años setenta el éxito de la bota CHIRUCA se ve ensombrecido por la aparición de las zapatillas de deporte y la población empieza a cambiar sus gustos, quedando la CHIRUCA, como un calzado antiguo, pasado de moda y un poco de pobres.

En 1987 CHIRUCA tras más de diez años sin estar en el mercado, es comprada por la empresa CALZADOS FAL de la Rioja. Esta empresa decide orientar su fabricación hacia el nuevo concepto de botas modernas de montaña, el senderismo y la caza.



En 1992, la compañía firmó un acuerdo con GORE-TEX, por el que CHIRUCA podía incorporar a sus botas la membrana de la multinacional, que garantiza impermeabilidad y transpirabilidad.

En el año 2023 la fábrica tuvo un incendio de dimensiones catastróficas, pero con tesón y gran motivación se están recuperando para abrir de nuevo la fábrica en 2025.

Antes del incendio, todos los calzados se fabricaban en Arnedo, La Rioja, en una factoría de 14.000 metros cuadrados en la que trabajaban cerca de 200 personas. Las instalaciones se están reconstruyendo en el mismo lugar.

Una de las cosas que tenía en mente el “Indeciso” a la hora de comprar unas botas de montaña, era que la suela tenía que ser VIBRAM. Es verdad que es un tipo de suela de un alto prestigio a nivel mundial y larga trayectoria, pero hoy en día ya hay también suelas para calzado de montaña de otras marcas de una calidad igual a VIBRAM. Pero para el “Indeciso” VIBRAM era sinónimo de calidad y sensación de seguridad y ya sabemos que los montañeros siempre tenemos esas opiniones y criterios que rozan a veces la fe dogmática, como postulados incuestionables que nos hacen sentirnos poderosos y con fuerzas para emprender nuestras empresas montaÑeras.



Cuando Vitale Bramani, un montañero italiano nacido en 1900 se enteró del accidente de montaña mortal que habían sufrido unos amigos suyos en los Alpes en 1935 a causa de un mal calzado de montaña y en concreto por culpa de unas suelas inapropiadas, decide ponerse manos a la obra para inventar una suela para botas de montaña moderna y con buen agarre en todas las condiciones de terreno y que dejara en el olvido las famosas suelas claveteadas con TRICOUNI de la época. Los TRICOUNI eran unas pequeñas piezas metálicas que se ponían en la suela de las botas de suela de cuero para que no escurrieran en barro, hierba, nieve dura o hielo, pero que tenían una limitada eficacia en otros terrenos.



A Vitale Bramani se le ocurre la idea de poner en la suela de las botas una goma similar a las que usaban las ruedas de los coches, y se puso al habla con Leopoldo Pirelli que ya producía excelentes neumáticos. Bramani y Pirelli juntos fabricaron las primeras botas con suela Vibram utilizando la técnica de vulcanización inventada por Charles Goodyear. Vitale Bramani diseñó el dibujo de la

suela y lo llamó “Carrarmato”, como las bandas de rodadura de un tanque. Tras numerosas pruebas, Vitale Bramani y Ettore Castiglioni conquistaron la cara noroeste de Pizzo Badile con una de las primeras muestras de la suela “Carrarmato”, que posteriormente fue patentada en 1937 como suela VIBRAM, combinando para el nombre sus iniciales.

Cuando uno entra a una tienda de montaña buscando unas botas de montaña, es tal la variedad y repertorio disponible, que como no tengas más o menos claro lo que quieres, puedes quedar mareado por marcas, modelos, características y vendedores agobiantes excesivamente formados que te sueltan la perolata de las características del producto con muchas palabras difíciles de entender. Por eso el “Indeciso” tenía ya aprendido de casa lo que quería y no otra cosa: bota de montaña flexible de media caña, con membrana impermeable y transpirable, con suela VIBRAM, horma estrecha y cierre por cordones.

Ya en la tienda el “Indeciso” se colocó unos calcetines de montaña que él mismo traía para que el número elegido fuera el correcto y pidió al vendedor un par de modelos de botas que le parecían que era lo que él estaba buscando.

Se probó un par y anduvo por la tienda un buen rato, le entraban dudas de si ese era su número. Pidió al dependiente el número superior y también lo probó dando paseos por la tienda. Pasó luego a probarse el otro modelo de bota que había pedido con la primera y en este caso, después de seguir dando paseítos y subir y bajar algunos escalones de la entrada a la tienda, pidió el número inferior porque le parecían un poco grandes. Al terminar de probarse el último número que le habían traído y con los pies descalzos sobre una alfombrilla, miró con atención a los dos modelos de botas que le habían traído. Miró las costuras, el dibujo de la suela, tocó con delicadeza la goma de la suela, como probando su adherencia. Sacó las plantillas interiores y las observó con atención. Luego empezó a darles vueltas a las botas en sus manos, les colocó las plantillas y volvió a probarse los números de los modelos que creía que eran los suyos. Esta vez, además de dar paseítos, también caminó unos pequeños paneles que había en el suelo simulando unas rocas y unos troncos de madera, en donde los clientes pueden hacerse una muy, muy ligera idea de cómo se comportan las botas en terrenos de montaña. Ya llevaba el “Indeciso” mucho tiempo en la tienda, sin llegar a ninguna conclusión. Para sorpresa del dependiente le pidió otro modelo diferente de bota que le pareció al “Indeciso” que podría ser lo que buscaba. Después de realizar de nuevo todo el ritual de probarse este nuevo par y de haber estado en la tienda más de una hora y media, le dio las gracias al dependiente y le dijo que quizás volvería, porque todavía no lo tenía claro.



Primera suela VIBRAM creada por Vitale Bramani. La Carrarmato.

Cuando llegó a casa indagó en internet información sobre los modelos de botas que se había probado. Entró en foros, leyó artículos de opinión de expertos y por supuesto entró en las propias páginas de los fabricantes. Los días sucesivos visitó otras tiendas y estuvo comparando precios de los modelos que se había probado el primer día, además de probarse algún que otro modelo más. Se sentía atraído por un modelo de BESTARD el TURO LADY, para mujer, porque le daba la sensación de ser una horma más estrecha. El “Indeciso”, pasada esta fase, entro en otra que él denominaba de “reposo” de la decisión y así pasaron unas dos semanas.

Antonio Bestard funda BESTARD en 1940 en la isla de Mallorca fabricando calzado de caballero a medida y en los años 70 se especializó en calzado de montaña. Todavía siguen en esta isla con la fábrica y gran parte de la producción.



SINCE 1940



Bestard Turo Lady.

Finalmente, como el “Indeciso” ya estaba seguro de la marca, modelo y número de bota que quería comprar, fue a la tienda donde las encontró más baratas. Se las pidió al vendedor, y cuando se las trajo estuvo unos minutos probándolas de nuevo, como para estar seguro de su decisión. También estuvo un rato echando una última ojeada a los otros modelos de botas en la tienda. Por fin el “Indeciso”, después del largo proceso de selección que le había llevado varias semanas, pagó y salió de la tienda con sus flamantes botas metidas en una caja y cuando subía la cuesta de la calle que le llevaba a la parada de autobús para volver a casa, se preguntó: ¿Sería ésta una buena compra? ...y por unos segundos pensó que quizás se había precipitado.

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES DE DOCUMENTACION.

- Alpinismo, la saga de los inventos - Gilles Modica
- Desde las profundidades de Petzl - Sophie Cuenot y Hervé Bodeau.
- Enciclopedia de montaña – Juan José Zorrilla
- Que mi gente vaya a hacer surf – Yvon Chouinard
- El 9º grado, 150 años de escalada en libre - David Chambre
- Pedriza. Historia de 32 sendas de la vertical - César Castro
- Crónica alpina de España. Siglo XX - César Pérez De Tudela
- Hielo, nieve y roca – Gaston Rebuffat
- Técnica de hielo – Yvon Chouinard
- La técnica del alpinismo – Andrea Mellano
- Escaladas en Yosemite. Una nueva dimensión del alpinismo – George Meyers
- Climbing tools, Eber Cameselle.

Aparte de los libros que se mencionan, se han utilizado cientos de fuentes en internet tanto en español como en otros idiomas. Desde páginas de fabricantes de material, periódicos, revistas, blogs de aficionados y practicantes de alpinismo, documentos en páginas de clubs de montaña, entrevistas disponibles en internet de los protagonistas que se citan en el libro, Wikipedia, videos técnicos e históricos de YouTube, etc., etc. Sería prácticamente imposible mencionar todas las fuentes utilizadas de internet, pero a modo de ejemplo y por ser unas webs que se han consultado varias veces, se adjuntan las siguientes:

- Historia y evolución del material de escalada. La Societat Excursionista de València.
- Montaña y alpinismo clásico. Carlos Gallego.
- El piolet de madera. Teo
- Desnivel. Editorial Desnivel
- Guara Vertical
- Scottish Mountain Heritage Collection
- Karabin Climbing Museum, Marty Karabin.
- Nut Museum, Stéphane Pennequin
- Vertical Devices verticalmuseum.com de Gary D. Storricks

El libro ha sido ilustrado con fotos de dos fuentes diferentes. Por un lado con fotos antiguas del autor rescatadas de diapositivas y fotos en papel o realizadas expresamente a equipos y material de montaña para este libro. Y por otro lado, algunas han sido obtenidas en las páginas web y las fuentes de documentación anteriormente citadas. En ambos casos las fotografías han sido incorporadas para que la lectura del libro sea más interesante, amena y didáctica.

INDICE

Introducción.....	2
1 EXCÉNTRICO.....	5
2 FRIENDS.....	8
3 SPIT y MAZA CASSIN.....	11
4 FISUREROS, BICOINS Y STOPERS.....	16
5 ROPA PATAGONIA.....	21
6 PIOLET.....	26
7 CLAVOS Y PITONES.....	32
8 ROPA DE MONTAÑA.....	35
9 MOCHILAS.....	45
10 CUERDAS Y MOSQUETONES.....	54
11 CAMILLA.....	63
12 EL OCHO.....	66
13 SACO DE DORMIR.....	71
14 CASCO Y PIES DE GATO.....	77
15 GRIGRI, ID Y RIG.....	82
16 TIENDA DE CAMPAÑA.....	89
17 ASEGURADORES DE ESCALADA.....	93
18 BOTAS.....	97
Bibliografía y fuentes de documentación...	103